Libros

Recensiones

Sahlins, Marshall D., *Apologies to Thucydides: Understanding History as Culture and Vice Versa*, London, The University of Chicago Press, 2004, ISBN 0-226-73400-5, 334 pp.

List of Illustrations; Acknowledgments; Author's Note; Introduction; Chapter 1: The Polynesian War, With Apologies to Thucydides; Chapter 2: Culture and Agency in History; Chapter 3: The Culture of an Assassination; Bibliography; Index

Algunos debates historiográficos recientes han puesto sobre la mesa la oposición entre el subjetivismo y el determinismo cultural a la hora de valorar el papel de los agentes históricos; una antinomia que alude a la pareja individuo–sociedad y que entronca con una larga tradición intelectual, que va desde Tucídides a Durkheim, pasando por San Agustín, Hobbes y Marx. Para llamar la atención sobre esta continuidad hacía falta un autor como Marshall Sahlins, cuya capacidad teorizadora es bien conocida. Sin ella, sus trabajos sobre la historia de los pueblos del Pacífico nunca se hubieran difundido más allá de un reducido círculo de especialistas. En sus ya clásicos trabajos sobre las guerras polinesias siempre surgen discusiones generales sobre las ideas de "acontecimiento", "estructura" y "acción social" (*agency*). En esta ocasión, Sahlins nos traslada de la Polinesia del siglo XIX al Peloponeso del V a.C., y de allí a las ligas norteamericanas de béisbol de mediados del XX y al debate en torno a Elián González –el niño balsero que desató pasiones enfrentadas en Cuba y Miami entre noviembre de 1999 y abril del 2000– para regresar finalmente de nuevo a Polinesia. Todo ello sin abandonar el hilo argumental que une los tres capítulos del libro: la *Guerra del Peloponeso* de Tucídides, un libro escrito hace 2400 años. Historia comparada en estado puro.

Sahlins dedica el primer capítulo de su ensayo a la comparación –siguiendo a Tucídides– de la "dimensión histórica" de dos imperios marítimos, Bau (en Fidji) y Atenas, así como de sus *alter-egos*: Rewa y Esparta, dialécticamente enfrentados pero estructuralmente conectados con los primeros a través de la historia y la cultura. Pese a las enormes diferencias que separan ambos mundos, Sahlins entresaca algunas similitudes significativas: la "insularidad", no sólo geográfica sino también cultural, que marca el organigrama urbanístico de las dos ciudades y la atención constante a los asuntos del mar (aunque Atenas no sea propiamente una isla); la indisolubilidad de la expansión comercial y política que provocan el éxito de sendas ideologías "economicistas" y que obliga a una expansión constante; la creación de imperios hegemónicos sin soberanía, opuestos al colonialismo de conquista y ocupación; el predominio del poder político sobre el religioso (en comparación con Rewa y Esparta); el dinamismo social y empresarial (frente a la rigidez de sus enemigos); y el origen genealógico-mítico "mestizo", que les lleva a reconocerse a sí mismos como mezcla de linajes nativos y

extranjeros y que los convierte, simbólicamente, en advenedizos frente a las genealogías de Rewa y Esparta. Sahlins sugiere la aplicación de este modelo a otras potencias marinas como Venecia. En general, el autor demuestra un buen conocimiento de la historiografía clásica (Heródoto, Aristóteles, Platón, Pausianas, Diodoro Sículo, Plutarco) y de la bibliografía actual sobre historiografía griega, aunque evidentemente este trabajo no supone (ni pretende serlo) una aportación fundamental a ese campo.

En el segundo capítulo, partiendo de la "disturbadora presencia de los individuos en la obra de Tucídides", señalada por A. Momigliano, Sahlins plantea la interdependencia narrativa entre tipos de "sujeto" y "cambio" históricos. Toma como ejemplo las trayectorias antitéticas, "estructural" y "coyuntural", de las ligas nacionales de béisbol de 1939 y 1951. Mientras la primera se interpretó como el resultado de una "tendencia" generada por el buen hacer a lo largo de toda la temporada del equipo de los *New York Yankees*, la segunda sigue siendo recordada como una historia épica, decidida en el último instante por la acción individual de un solo jugador. Sahlins compara ambas realidades con los dos tipos de cambio histórico que el historiador de la ciencia T. Kuhn asignó a la "ciencia normal" y a los "cambios de paradigma"; rastrea dicotomías análogas sobre lo individual y lo colectivo en Aristóteles, San Agustín, Hobbes, Hume, Freud, Durkheim, Gramsci, Sartre, Aaron, Althusser, Foucault y algunos científicos sociales norteamericanos, y define esta continuidad como "el núcleo folklórico del pensamiento social occidental". La etapa actual de esta tradición se caracteriza por la afirmación de que "la cultura es poder". El "poder" pasa a ser la "función" de casi todas las instituciones y la "subjetividad" se convierte en el origen inescrutable de las acciones humanas ("a black whole and a black box"). Frente a esta tradición polarizadora, Sahlins recuerda que no existe una correspondencia mimética entre los individuos y los grupos sociales porque ambos están vinculados a escalas epistemológicas diferentes. El caso de Elián González pertenece también al tipo de protagonismo "coyuntural" y permite a Sahlins explorar las formas populares contemporáneas de mitificación e interpretación histórica, que se apoyan tanto en tradiciones folklóricas y religiosas como en ideologías (comunismo y liberalismo) y en los medios de comunicación de masas (prensa, televisión, internet).

El tercer y último capítulo está dedicado a un solo hecho: el asesinato del joven noble Ratu Raivalita el 5 de agosto de 1845 por orden de su hermanastro, el heredero al trono de Bau, Ratu Cakobau, cuando el primero se disponía culminar una conspiración para acabar con él. Las consecuencias de este hecho fueron muy importantes para la posterior historia de todo el archipiélago de Fidji aunque el desenlace del encuentro pudo haber sido otro. Pero ¿por qué Ratu Raivalita quería matar a Ratu Cakobau? Aquí entra en juego el proceso de "racionalización de la contingencia". A medida que

Sahlins analiza las luchas y bandos dentro de Bau, así como el estado de las siempre tensas relaciones con Rewa, el acontecimiento gana profundidad histórica. Al describir el sistema de parentesco denominado "Vasu", basado en el intercambio de hermanas como esposas y caracterizado por el respeto entre hermanos y sobrinos y el odio entre primos y hermanastros, lo que termina resultando extraño es que el intento de asesinato no se hubiera producido. Lo "significativo" de un hecho histórico (en las dos acepciones del término: su importancia y su significación) reside en el orden cultural y en el sistema de relaciones que lo determinan. Pero nunca lo determinan totalmente. Si la pistola que portaba el acompañante de Ratu Raivalita no se hubiera encasquillado en el último momento…

Para Sahlins es más importante aclarar la relevancia de la coyuntura en que sucede un hecho que descubrir supuestas versiones alternativas, subalternas, polifónicas, de género, del hecho en cuestión. Al plantear la sustitución de lo "culturalmente relativo" por lo "culturalmente relevante" propone el retorno a temas tan clásicos (y tan denostados por las tendencias posmodernas) como la historia política y los estudios del parentesco. Poniendo el énfasis en el juego estructura-acontecimiento, Sahlins muestra la relevancia de los "hechos históricos": aquellos que llegan a transformar el orden cultural, convirtiéndose en responsables de la evolución histórica de las culturas. Por su parte, el parentesco se convierte en un medio para investigar las estrategias políticas colectivas (redes, alianzas, dinastías) y la imaginación genealógica, en torno a la cual se construyen los mitos de origen que forman las identidades colectivas.

Readaptando una frase de Bajtin, Sahlins rompe el nudo gordiano de la antropología posmoderna sentenciando que simplemente: "it takes another culture to know another culture" (el argumento no es tan simple como parece puesto que encierra una concepción inter-subjetiva de los hechos sociales y de las identidades colectivas). Sin embargo, su objetivo no es añadir más leña a la eterna hoguera de las discusiones intelectuales sino superar los criterios relativistas imperantes en las interpretaciones de las culturas y la historia contemporánea. Precisamente, lo que le lleva a criticar el discurso académico de moda son las actuales circunstancias históricas "reales". A lo largo del libro se encuentran varias menciones a G. W. Bush. La reducción a mero producto histórico de la ideología "universalista" de Tucídides y Atenas (y de todos los que desde Hobbes y Hume han minusvalorado el sesgo cultural del concepto de naturaleza humana), puede verse como una crítica a la ideología que dirige la política exterior estadounidense, sobre todo después de haber leído unas páginas antes, al referirse al imperio ateniense, que: "if one requires a familiar example of an archē like Athens, similarly built on exemplary force, cultural spectacle, and the export of democracy, how about the modern American empire?" [p. 111]

Aunque apenas aporte nuevos materiales etnográficos y documentales, el interés antropológico de Sahlins por aclarar qué es un "hecho histórico" supone una contribución novedosa al campo de la epistemología histórica, hoy en día dominada por autores que subrayan la dimensión narrativa de la historia (H. White, F. Ankersmit, P. Ricoeur) frente a su faceta de hecho social. La perspectiva empírico-comparativa hace de *Apologies to Thucydides* un libro interesante para cualquier investigador preocupado por las cuestiones teóricas que surgen tanto en la interpretación de los "hechos históricos" como en la "historización" (individual y social) de la experiencia.

Marshall D. Sahlins (1930–) es profesor emérito de Antropología y Ciencias Sociales en la Universidad de Chicago y doctor *Honoris Causa* por las universidades de Paris X-Nanterre, Michigan y St Andrews. Algunas de sus obras son: *Las sociedades tribales*, Labor, 1972; *Uso y abuso de la biología*, Siglo XXI, 1982; *Islas de historia: la muerte del capitán Cook***.** *Metáfora, antropología e historia***,** Gedisa, 1997; *Waiting for Foucault*, Prickly Pear Press, 2000; *Culture in Practice: Selected Essays*, Zone Press, 2000.

Julián Díez Torres
Universidad de Navarra

Thapar, Romila, *Somanatha. The many voices of a history*, Londres, Verso, 2005. XXI+265 pp. ISBN: 1844670201.

Preliminaries, ix; Preface, xix; 1. The context, 1; 2. The setting, 17; 3. The Turko-Persian narratives, 36; 4. Sanskrit inscriptions from Somanatha and its vicinity, 73; 5. Biographies, chronicles and epics, 101; 6. The perceptions of yet others, 140; 7. Colonial interpretations and nationalist reactions, 163; 8. Constructing memory, writing histories, 195. Maps, 226; Bibliography, 229; Index, 241.

Tal vez uno de los aspectos más positivos del actual panorama historiográfico sea el que aporta la ruptura de los modelos tradicionales en cuanto a la perspectiva y en cuanto al ámbito elegido. De una historia política europea, se dio el paso a una historia social crecientemente consciente de la existencia de mundos más allá de Occidente. Sin embargo, incluso en iniciativas de la talla de *Past & Present* se dieron cuenta de que pese a sus intenciones globalizadoras, pese a su voluntad de incluir entre sus páginas ámbitos más allá del europeo, todavía a comienzos de los años ochenta ese seguía siendo el eje geográfico fundamental. No es de extrañar, por tanto, que desde el mundo extraeuropeo comenzasen a surgir voces reclamando mayor protagonismo historiográfico, una mayor presencia de culturas a las cuales –cuando aparecían– siempre se colocaban al margen. Surgió así la historia subalterna en la India, un intento de romper la asfixiante centralidad occidental en el análisis histórico. Aunque con una evidente marca ideológica, esta iniciativa y otras similares consiguieron poner de manifiesto la necesidad no sólo de incorporar otros espacios geográficos y culturales a

una verdadera historia universal, sino de tener en cuenta la existencia de iniciativas metodológicas y propuestas de renovación más allá de las habituales. Tal vez una plataforma para conseguir esta globalización haya sido la consolidación de la renovada historia cultural, una etiqueta que esconde básicamente la necesidad de tener en cuenta factores múltiples a la hora de explicar la complejidad. Esta plataforma historiográfica cuenta además con la ventaja de proporcionar instrumentos de análisis de valor universal, pues no parte de presupuestos cerrados, sino que invita a la integración, al análisis de la diversidad de factores en juego.

Este libro que comentamos bien pudiera encajar en esta línea, pues es un análisis en el que el juego entre culturas resulta determinante. Como la misma autora señala: "This book is an attempt to explore the interpretation of one event that has been projected in the last two centuries as central to the relations between two communities in South Asia, the Hindu and the Muslim" (p. ix). En él se analiza un hecho concreto: el sultán Mahmud, gobernante de Ghazni en Afganistán, regía uno de los territorios más al este del Islám. A comienzos del s. XI asaltó diversas ciudades con templos en el norte y oeste del subcontinente sud-asiático. Aparecía así a ojos del Islám como un iconoclasta y además financiaba sus ambiciones políticas en Asia central. Entre esas incursiones una destaca por su fama posterior, el asalto al templo de Somanatha en Gujarat el año 1026.

Lo allí ocurrido se conoce a partir de las crónicas turco-persas, generalmente poemas elogiosos y crónicas cortesanas de Ghazni, y después por los textos generados en las cortes de sultanes de la India. Otros puntos de vista de fuentes diversas no se tuvieron en cuenta. Influyó en ello además la división de la historia de la India en tres partes por el británico James Mill a comienzos del s. XIX: civilización hindú; civilización musulmana y período británico. Todo ello introdujo un severo desenfoque, dado que el relato de los hechos se realizaba exclusivamente a partir de un único y parcial tipo de fuentes, y de un enfoque centrado en la diferencia religiosa. De ahí que el libro sea, primariamente, un estudio historiográfico, "attempting to explain how the interpretation of an event can change when a wider range of sources is introduced" (p. x). Inevitablemente, se convierte en una crítica a la versión recibida desde hace siglo y medio y nunca cuestionada del todo. Todo esto no dejaría de ser una curiosidad erudita si no fuese porque, "the raid of Mahmud on Somanatha has become, in a current political ideology, an icon of the projected antagonism" (p. x). La repercusión contemporánea de un hecho acontecido a comienzos del s. XI obliga al examen de la memoria social, que no es la historia, sino el conjunto de percepciones del hecho. Además, jugó en ello un papel significativo la interpretación británica de la historia de la India, que no sólo no cuestionó la versión recibida, sino que la potenció, elevándola a causa principal del enfrentamiento entre confesiones. Hubo un

uso político del hecho como parte de la política colonial, que se complicó con una lectura nacionalista que aceptó esa versión. El resto de las voces que no la aceptaban fueron silenciadas. Tras la independencia, el templo de Somanatha se convirtió en un icono del resurgimiento nacionalista hindú y pasó a integrar los manuales escolares. Así, cuando en 1992 se produjo el asalto a una mezquita en Ayodhya, hubo voces que lo consideraron la venganza por el ataque lanzado por Mahmud contra Somanatha. El uso del pasado como instrumento político, por tanto, se habría convertido en un factor digno de análisis por las evidentes repercusiones en el presente.

Todo parte del asalto del año 1026. La opinión dominante considera que este hecho marcó la cristalización de actitudes de saqueadores y saqueados, y ambas se mantuvieron enfrentadas desde ese momento. De hecho, la autora pretende estudiar las relaciones entre un hecho y la historiografía que creció a su alrededor situando las narrativas en su contexto histórico, pero sin dejar de lado la ocultación o ignorancia de ese hecho. En ese complejo proceso de reelaboración se suceden varios aspectos: la historia posterior, la historiografía y la memoria reconstruida. Los tres están interconectados, pues los dos primeros hacen referencia a lo que ocurrió y a cómo fue interpretado; el tercero se fija en el punto del espacio y el tiempo en el que la memoria se introduce en la interpretación. En definitiva, y con una base empírica sólida, defiende la autora la diferencia entre memoria e historia. Esto implica ver no sólo el hecho, sino los niveles de percepción y significado dados a su historia. Trata de ver la política de estos textos, pues a partir de las diversas narrativas que se refieren al tema y proceden de tradiciones distintas, ésta es históricamente reveladora.

Esto le lleva a examinar seis grupos de fuentes: las mayoritarias, persas y árabes, leídas en muchas ocasiones de forma acrítica y sesgada; las inscripciones de Somanatha y cercanías escritas en sánscrito, muy poco tenidas en cuenta, y complementadas por las excavaciones realizadas en 1951; biografías y crónicas Jaina así como la épica de las cortes de Rajput, una versión radicalmente diferente de mayoritarias; la percepción del asaltante, Mahmud, a nivel popular, especialmente en la tradición oral; la intervención británica a través del debate que al tema dedicó su Parlamento en el siglo XIX, la primera ocasión en la que se habló del posible trauma de los hindúes con motivo del asalto al templo y de la existencia de una sed de venganza por ello; y la reconstrucción nacionalista india del hecho, que lo interpretó como el símbolo de la India sojuzgada.

En la bibliografía reciente sobre la cuestión, la autora sigue apreciando lagunas y una interpretación dependiente de las primeras conceptualizaciones de la historia india como disciplina moderna, muy dependiente de conceptos coloniales como, por ejemplo, la idea del permanente enfrentamiento entre las dos comunidades. Esto cuajó de forma

política con la creación de dos estados en 1947, ambos con la necesidad de recibir la sanción de la historia, que rastreó la separación de ambos desde la aparición de los musulmanes en el s. XI: "It was argued that this became a foundational event that created hostility between Hindus and Muslims since the raid could neither be forgiven nor forgotten" (p. 12).

En el primer capítulo contextualiza la región en la que se asienta el templo de Somanatha, las primeras referencias a él en el *Mahabharata* y en los *Puranas*, y su conversión temprana en un centro de peregrinación. Además de esta centralidad religiosa, la zona tenía también un significativo potencial económico, agrícola y comercial. Budistas, y sectas como la *Vaishnava*, *Jaina*, *Shaiva* y *Shakta*, acudieron a la prosperidad comercial y agrícola. Desde el s. VIII esta riqueza atrajo las primeras incursiones musulmanas, pero también un paulatino asentamiento y convivencia bajo la égida de los Chaulukyas, a uno de los cuales, Mularaja, se le atribuyó la construcción del templo en Somanatha, manifestación de la voluntad de asociar el culto a una dinastía recién establecida. Hasta el s. XIV fue un tiempo de crecimiento económico y desarrollo, de intenso comercio con los puertos del Golfo Pérsico y cercanías. Este tráfico constante obligaba a cierta flexibilidad religiosa, manifiesta en la presencia pacífica de varias confesiones. Este comercio repercutió en los templos hasta el siglo XV, en que los cambios económicos provocaron su empobrecimiento.

En ese contexto se produjo el famoso asalto del 1026, del que existen muchas versiones en las fuentes turco-persas, analizadas por la autora en el capítulo segundo. Fueron éstas tanto contemporáneas a los hechos como posteriores, aunque destaca la de Al-Biruni, autor de *Kitab al-Hind* y ejemplo de una cierta "persización" cultural del territorio de Mahmud. En esa obra describió los acontecimientos, lo que se hizo con el templo y las reliquias e imágenes en él depositadas. Sin embargo, más allá de este tipo de relatos, tiene en cuenta Romila Thapar las diversas motivaciones subyacentes al saqueo (iconoclastia; la tradición de razzias de las tribus nómadas turcas; una forma de obtener esclavos o tropas…), que le llevan a concluir lo poco extraordinario de algo así en los asaltantes. Por otra parte, considera la dificultad de delimitar de forma cultural a los asaltantes, por la diversidad de procedencias de los mismos (en muchos casos mercenarios de religión hindú). El asalto al templo de Somanatha no parecería cuestionable como hecho, pero cabría preguntarse por su utilización, envuelta en una serie de relatos, vinculada a las historias de comunidades y sus identidades, y que se remonta al s. XI. Alguna de estas narrativas cabría considerarla descriptiva y otras míticas, pero en todas habría diferentes estrategias de representación y politización para dar forma a las identidades (p. 43).

Analiza por ello la versión de Farrukhi Sistani. Para éste, el asalto de Mahmud al templo de Somanatha se interpretaba como una suerte de

venganza divina, la culminación del proceso de destrucción de los antiguos ídolos, pero también se le hacía protagonista de la lucha contra los musulmanes heréticos, los no sunníes, convirtiéndolo en defensor del Islám. A partir del siglo XII la historia se fue embelleciendo. Las riquezas capturadas se incrementaron. La descripción del ídolo destruido variaba de forma considerable. En el siglo XIV los cronistas comienzan a describir a Mahmud como el impulsor del dominio musulmán en el norte de la India, algo que no es cierto, pues ni dominó esa zona ni fue el primero, pero representarlo de esa manera servía para legitimar y mostrar la continuidad del poder político y las conexiones con los turcos. A Mahmud se le veía como el punto de partida de un dominio musulmán continuado, por lo que su campaña se interpretaba como una lucha a favor del Islám. Dos historiadores, Barani e Isami, escribían ya desde la India y mostraban una versión en la cual ese territorio formaba parte del Islám, no era simplemente un lugar para el saqueo o para desarrollar la iconoclastia. Para ambos, la historia era instrumento de educación y justicia.

En el siglo XVI las crónicas dieron al asalto un papel político de elevado simbolismo, dado que sería el primer paso para la presencia y conquista de la India por los musulmanes. En estas narrativas se sucedían la destrucción del ídolo y la conversión del templo en mezquita, un esquema retórico que no se correspondía con la realidad ni con los relatos en sánscrito que señalaban la continuidad del culto hindú. En definitiva, eran versiones contradictorias, pues carecían de afán de verosimilitud, buscando construir una imagen de poder tanto para Mahmud como para el Islám en su conjunto.

En el cuarto capítulo analiza las narrativas en sánscrito, todas ellas del período posterior al asalto y en general tenidas en cuenta de manera muy parcial. La mayor parte de ellas tenía como finalidad ofrecer la versión de los hechos desde una perspectiva local, lo que las hace diferir de los relatos árabes, pero también de los jainas. En ellos se resaltaba reiteradamente el papel del monarca de Gujarat, Kumarapala Chaulukya, que en el siglo XII, habría realizado la reconstrucción del templo. También habría una finalidad política en estos relatos, de refuerzo dinástico. En cualquier caso, las fuentes sánscritas no hablarían de destrucción, e incluso mencionarían su convivencia con una mezquita. Cabría por tanto preguntarse si hubo asalto o, más bien, si sólo se rompieron los ídolos, se saqueó y quedó en manos de los cronistas fantasear sobre los hechos. En esa zona la competencia comercial fue más fuerte que la religiosa y el hecho de que se levantara la mezquita indicaba más la potencia económica de los musulmanes que su supremacía religiosa, así como una presencia tolerada. Por ello se plantea Thapar la necesidad de atender, tal vez, más que a diferencias religiosas, a las reacciones por grupos sociales y en situaciones específicas.

Por su parte, en el capítulo quinto analiza las biografías y crónicas jainas de los siglos XI al XV, así como los poemas épicos al final de ese período. Todas ellas revelaban su propia política a través de la narración. Pese a ser conocidos, estos textos han sido poco usados, en buena medida por estar escritos en sánscrito y en Prakrit, y por haberse estudiado la historia de la India a partir del 1200 a través de fuentes persas y árabes. Incluso se ha argumentado que, dado que los hindús carecen de sentido histórico, sus historias no son más que una colección de leyendas poco útiles para conocer el pasado. En cualquier caso, en ellas hay apenas dos referencias de pasada sobre el asalto al templo, lo cual lleva a preguntarse a la autora si realmente fue un acontecimiento tan importante como lo recogieron las fuentes turco-persas. Ni siquiera apareció en el *Rajatarangini* de Kalhana, pese a que tocaba con profusión las campañas del líder musulmán. En épocas posteriores al s. XI hay referencias a Somanatha, pero incluidas en relatos que buscan mitificar algunos de los grupos dominantes-reinantes, siempre desde la perspectiva jaina. En general, estas fuentes mostraban más convivencia que enfrentamiento. Incluso los relatos épicos, de expresión formuláica, aunque recogían la animadversión hacia los musulmanes, mostraban también ejemplos de la amistad mutua. En definitiva, las relaciones entre hindúes y musulmanes fueron complejas, y aunque no hay que excluir motivos religiosos en el enfrentamiento, es preciso tener muy en cuenta un elevado número de elementos, por lo que una explicación dicotómica no parece realista. De hecho, incluso las denominaciones de los "otros", los "ajenos", son significativas. Así, *Yavana* se utilizaría para señalar a cualquiera procedente del oeste, por ejemplo los griegos de Alejandro, pero también los árabes, o los turcos. *Shaka* y *Turushka* fueron términos antiguos para definir a pueblos procedentes del centro de Asia. A los árabes también se les llamó *Tajiks*, y *mlechchha* se usaba para referirse a alguien ajeno al sistema social de castas y además de unas épocas muy antiguas. En estas definiciones identitarias no había referencia a la religión, sino a una cierta continuidad histórica apoyada en la geografía. La continuidad histórica de estos términos llevaría a reflexionar sobre cómo los diversos grupos se percibían unos a otros, y cómo las visiones previas darían forma a las posteriores (p. 138). En definitiva, señala Thapar, "[t]he historian therefore has to shift the literal from the trope. This requires that the historian listen to many voices, where available, before assessing the cause of a historical process. It also requires the evaluation of a range of possibilities in ascertaining causal links. Even more relevant is the need to appreciate that there may be alternative experiences of a particular past and that these should be included when reconstructing that past and appraising the priority of causes" (p. 139).

Además de las versiones mencionadas, analiza en el capítulo sexto las de carácter más popular en las que en ocasiones se mezclan elementos de las

anteriores, y que han recibido escasa atención por parte de los historiadores debido a su carácter legendario. Y sin embargo, pueden ser una guía útil hacia la percepción de los hechos del pasado. No son fuentes necesarias para reconstruir los hechos, sino para entender por qué hubo quien propagaba y creía ciertas versiones de esos hechos. Todos los temas en ellas recogidos adquirían un significativo valor por su mezcla con elementos folclóricos de orígenes muy diversos que proporcionaban un trasfondo adecuado para su transmisión oral. Esto llevaba incluso a la intersección entre Hinduismo e Islám, creando nuevas formas religiosas de carácter popular muy alejadas en ocasiones de la lectura de los hechos realizada por unas elites que buscaban identificar las tradiciones islámicas o hindúes. Introducir a Mahmud en la tradición oral es interesante, pues ésta adapta hechos y pasa a formar parte del proceso histórico aunque no necesariamente de la historia. A menudo es diferente de la tradición literaria, pues la oralidad proporciona mayor flexibilidad y facilita el cambio. Refleja una sociedad diversificada, no homogénea. Estas composiciones y su popularidad cuestionan la imagen de las religiones en la India como monolíticas, uniformes y autosuficientes.

El capítulo siete toca la interpretación colonial y nacionalista del asalto a Somanatha. A lo largo del siglo XIX se argumentó que este hecho hizo aparecer un trauma entre los hindúes y un odio inveterado hacia los musulmanes, a pesar de que las fuentes hindúes apenas lo mencionaran. Una de las obras occidentales clave de esta visión fue *History of Hindostan* (1767-72), de Alexander Dow, seguida, entre otros, por Gibbon (ver su *Declive y caída*, cap. 57). El interés colonial por este hecho creció por dos factores: porque el enfoque turco-persa resaltaba el antagonismo; y porque la idea de que Mahmud se encontró un jardín y lo convirtió en un desierto serviría para que el poder colonial replantara el desierto y lo convirtiera en un jardín de nuevo, enfatizando la destrucción y el poder musulmán posterior. Esto conectaba además con el continuado mito popular occidental sobre el barbarismo islámico frente a la civilización cristiana, como mostró Edward Said. Las crónicas cortesanas en persa, además, se tomaron como históricamente exactas por los británicos pues tenían un formato familiar, con una cronología clara y una narrativa secuencial que no requería preguntarse por las intenciones del autor o de la crónica. Además, estaba también la incuestionada asunción de que el dominio musulmán había sido uniformemente tiránico y opresivo hacia los hindúes.

Ninguna de las fuentes existentes dan muestra, pese a sus evidentes diferencias, de trauma alguno, ni de un deseo de venganza entre las víctimas. ¿De dónde salió entonces la idea de que ese hecho provocó el enfrentamiento entre ambas comunidades si carece de apoyo alguno en las fuentes históricas? No son, dice la autora, fuentes remotas, sino del propio s. XIX. Lord Ellenborough, Gobernador-General, puso en marcha lo que se denominó "La

proclamación de las puertas" en 1842. Había oído que las puertas de madera de sándalo del templo de Somanatha se las había llevado Mahmud a Ghazni, colocándolas en la entrada de su mausoleo. Decidió entonces que esas puertas debían volver. No se sabe de dónde extrajo esa información, pues no hay referencia a ello en las fuentes turco-persas. Ya a fines del s. XIX se encargó investigar esta cuestión a Sir Bartle Frere, que constató que no había referencia a las puertas en las fuentes, por lo que la idea pudo probablemente surgir del relato de algunos viajeros al administrador Mountstuart Elphinstone. En cualquier caso, Lord Ellenborough ordenó al general Nott, jefe del ejército británico en Afganistán, que recuperase las puertas. Es probable que en el trasfondo de la decisión del Gobernador-General estuviesen las discrepancias entre diversos candidatos a los tronos de la zona, deseosos todos de ganarse el favor británico y éste deseoso a su vez de verse apoyado en sus campañas en Afganistán. Lo que es evidente es que no fue el sentimiento religioso el que motivó el traslado de unas puertas que un viajero que pasó por Ghazni en 1840 consideró escasamente hindúes.

Fue la proclamación de Ellenborough de 1842, la que hablaba de la venganza de un insulto que duraba ya 800 años. Sin embargo, tal proclama tuvo escasa repercusión entre los hindúes o sus príncipes. Había también leyendas que señalaban que si las puertas regresaban, el reino Sikh declinaría y es posible que esta leyenda llegara a oídos de Ellenborough, cuyas intenciones eran múltiples, tendiendo siempre al afianzamiento del poder británico en una zona compleja. En 1842 los temas de la India estaban muy presentes en Inglaterra y el propio debate sobre las puertas en el Parlamento Británico causó controversias entre el gobierno y la oposición. Los primeros defendían el traslado por constituir un trofeo nacional y no un icono religioso, importante en cualquier caso para los hindúes. Los segundos resaltaban las consecuencias de promover un enfrentamiento entre comunidades. Triunfaron los primeros, pero sus argumentos marcaron la percepción histórica sobre las consecuencias del asalto de Mahmud. Al final las puertas regresaron, pero no a Somanatha, sino al arsenal de Agra. En 1951, ante una reclamación de Pakistán, Nehru negó que esas puertas hubieran regresado y su rastro se perdió.

La idea británica en torno a lo ocurrido tras el asalto a Somanatha creció a partir de la idea fija de que las relaciones entre hindúes y musulmanes no se concebían desde el punto de vista religioso, sino del antagonismo. Esta fue la comprensión general en todo el s. XIX, que no prestó atención a lo que se escribía por parte de hindúes en otro idioma que no fuese el inglés. De hecho, hubiesen visto que el asalto de Mahmud se había interpretado como un mero acto de pillaje y enriquecimiento y no como una cuestión de enfrentamiento religioso. El hecho es que lo que hasta el siglo XIX no había planteado enfrentamientos, pasó a ser el choque entre dos

comunidades segregadas, monolíticas y formuladas por medio de la historia con la que se las interpretaba. Fuesen cuales fuesen las razones para esta dicotomía, ideológicas, administrativas, de mala interpretación histórica, la división se puso en vigor en forma de un determinismo dualista que previamente no había existido.

A fines del s. XIX surgió un nacionalismo anti-colonialista en la India que pretendía crear un estado independiente. De forma paralela surgió un nacionalismo religioso tanto hindú como musulmán, menos anticolonialista que vinculado a la creación de dos naciones marcadas por la religión. En ambos casos estas posiciones se asentaban en las familiares interpretaciones coloniales sobre el pasado de la India. A partir de la misma fuente, se consolidaron como imágenes opuestas una de la otra. Aunque el nacionalismo anti-colonial, mayoritario, no veía con buenos ojos el enfrentamiento religioso por la fragmentación a la que podía conducir, había ya elementos comunes entre ambas formas de nacionalismo. De hecho, esta cercanía se pondría de manifiesto en la reconstrucción del templo de Somanatha y en la posterior controversia. Así, la idea de la relación y de la equivalencia entre arios e hindúes, perturbados por la presencia islámica, se comenzó a plasmar en novelas históricas como las de K.M. Munshi (1887-1971), muy influidas por Walter Scott. En ellas señalaba que fue la incapacidad de los monarcas hindúes para unirse la que favoreció la conquista musulmana. En 1937 publicó su novela más conocida, *Jaya Somanatha*, centrada en el asalto al templo. En ella los papeles se distribuyen con claridad, con los musulmanes como los malos y los hindúes como los buenos, y el mensaje de que para mantener la pureza de la raza y la cultura, era preciso excluir a los musulmanes. Raza, cultura y lenguaje formaban una base sobre la que se superponía la religión. Estas ideas no recibieron atención por parte de los historiadores, en buena medida por plantearse fuera de sus círculos propios. Sin embargo, cuando Munshi se convirtió en ministro del gobierno central, comenzó a influir en la cuestión de la restauración del templo dentro del marco de su campaña en torno al protagonismo del Gujarat en la construcción de la India como nación. El templo se convertiría, así, en un símbolo de la pureza indígena, es decir, aria y luchadora frente al Islám. Cuando en 1951 se planteó la reconstrucción, primero se tomó conciencia de la necesidad de excavar los restos, pero no para conservarlos, sino para tratar de confirmar las ideas previas y anular la historia, legitimando los actos del nacionalismo hindú. Hubo protestas de historiadores y arqueólogos y se acusó a Munshi de vandalismo.

El templo se reconstruyó en 1951 con un considerable apoyo gubernamental, a pesar de que Nehru era reacio a ese apoyo y procuró evitarlo atendiendo al carácter secular del Estado. Pese a todo y a sus consejos en contra, el presidente indio Rajendra Prasad acudió a la inauguración.

En el último capítulo analiza Thapar la relación entre memoria e historia y constata que, aunque la percepción más dualista sobre lo ocurrido en Somanatha ha sido puesta en cuestión por los historiadores, sigue siendo aceptada a nivel popular. De hecho, analiza los argumentos historiográficos y los expone como ejemplos de la ausencia de motivos en los que apoyar planteamientos dualistas, principalmente por la complejidad de los propios sentimientos religiosos, difícilmente vinculados con posiciones inmutables, pues los musulmanes estaban fragmentados entre turcos y árabes, entre sunníes y otros; los hindúes se dividían por credo religioso y por pertenencias políticas, por situación social, etc. Evidentemente, cada uno de estos grupos daba su propia versión al perseguir intereses particulares. Lo que confirmaría esta complejidad es, fundamentalmente, la imposibilidad de explicar lo ocurrido desde una concepción dicotómica. Estas relaciones variaron de acuerdo a intereses particulares, lo que afectó a múltiples identidades y compromisos. La historiografía colonial redujo convenientemente todo ello a dos y la historiografía posterior aceptó esta construcción de la sociedad india por su potencial de movilización política. Además, desde la perspectiva de la historia subalterna, ninguna de las demás historiografías habría visto el pasado desde la óptica de los más bajos en la escala social. De haberlo hecho, hubiesen apreciado lo inapropiado del dualismo, pues la evidencia de las percepciones populares desafiaba esas categorías (pp. 205-6).

En definitiva, reflexiona Thapar: "Where a historical event of a distant past is described as embedded in memory, there memory has to be understood from many perspectives: the historical point at which it was articulated, its context, and the process of its being handed down. Analysing a 'memory' can be a perplexing exercise" (p. 206). La memoria puede ser social y, por tanto, recibida y creada en cada generación; en último término, la memoria puede formularse de cualquier forma, pero eso difiere del proceso histórico que atiende más al análisis y al discurso histórico. Así, la construcción de una memoria social puede sobreescribir la historia de un hecho como parece haber ocurrido en el caso de Somanatha, objeto de construcción de unas identidades que no son, en historia, ni permanentes ni sin cambios. En el caso del asalto a Somanatha, "[t]he memory becomes more important than the event and is used to build identities, and to legitimize some and exclude others in the politics of the present" (pp. 221-2). De hecho, son algunos sectores sociales, la *intelligentsia*, los que crean la imagen del pasado, y a partir de ese momento se generaliza como la memoria de la nación. Esto implica reconocer que una visión única y homogénea aparece mediante el desplazamiento de otras múltiples percepciones. Cada grupo recuerda el pasado de formas distintas, lo que se aprecia yuxtaponiendo narrativas del mismo segmento histórico. Apreciar las diferencias y analizar sus razones puede iluminar la complejidad de las relaciones sociales. Y en ese proceso es

imprescindible atender al papel del historiador y al del contexto historiográfico, así como a la forma de construcción de la memoria, algo que este libro ejemplifica con maestría, en la línea de la invención de la tradición.

La profesora Romila Thapar estudió en la Universidad Panjab. Se doctoró en la School of Oriental and African Studies de la Universidad de Londres en 1958. Fue profesora de Historia de la India Antigua en la Universidad Jawaharlal Nehru de Nueva Delhi, de donde es emérita en la actualidad. Ha sido profesora visitante en Cornell, Pennsylvania y el College de France. Presidenta del Congreso de Historia de la India en 1983 y Correspondiente de la British Academy en 1999. En 2004, fue elegida como la primera en ostentar la cátedra Kluge en países y culturas del Sur de la Library of Congress. Entre sus obras destacan: *A history of India*, 1966; *Asoka and the decline of the Mauryas*, 1961 y 1998; *Ancient Indian social history: some interpretations*, 1978; *Interpreting early India*, 1993; *Early India: from origins to AD 1300*, 2002; *India: historical beginnings and the concept of the Aryan*, 2006.

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Halévi, Ran, *L'expérience du passé. François Furet dans l'atelier de l'histoire*, París, Gallimard, 2007. 116 pp. ISBN: 9782070783823. 11'90€.

Avant-propos, p. 7. L'école de l'adversité, p. 13; La religion communiste, p. 21; Les gages du métier, p. 48; Levée d'écrou, p. 56; L'atelier de l'histoire, p. 63; La lente découverte du radicalisme révolutionnaire, p. 73; La tradition républicaine, p. 88; Les jeunes nations démocratiques, p. 95; Le désenchantement de la gauche, p. 110. Índice onomástico, p. 115.

La expresión "réputation sulfureuse" (p. 9) recoge bastante bien la que tal vez ha sido una de las trayectorias más controvertidas de la historiografía francesa en el siglo XX, la de François Furet (1927-1997), acusado y rechazado por algunos de sus colegas de profesión, sobre todo a raíz de la publicación de *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siècle* (1995), aunque ya hubiese quien le criticara por haber creado y sustentado la fundación Saint-Simon desde 1982 a 1999, a la que se consideraba una avanzadilla neoliberal; o su papel en defensa de Ernst Nolte cuando éste desató una sonora controversia en 1986 en relación a la naturaleza de los totalitarismos estalinista y nazi. Muy significativamente señala el autor que Furet reemplazó a Raymond Aron "dans la galerie des ennemis du progrès" (p. 11).

En este libro que comentamos se tratan de entender los por qués de la actitud de Furet, los motivos que le llevaron de la pertenencia al PCF a la crítica del comunismo y ello a través de su obra, dado que, como señala el autor, fueron pocas las ocasiones en que el propio Furet habló de su pasado. De ahí la necesidad de recurrir a sus escritos y a los rastros que en ellos fue depositando, en su triple faceta de universitario, de periodista y de hombre

público. Como señala Halévi, su itinerario personal "c'est tout un chapitre de notre histoire politique et intellectuelle depuis plus d'un demi-siècle" (p. 9).

Hace un recorrido, por tanto, desde su infancia, en ocasiones con un cierto afán justificativo, como cuando señala la formación del carácter del futuro historiador frente a la adversidad ya desde la infancia, enfrentado a la experiencia de la adversidad. Relativiza los orígenes familiares, a los que no considera responsables de ninguna desviación burguesa, ni siquiera en lo referente a su posterior carrera académica, a la que, señala, no la rigió el afán de poder. Como resume, "il avait assez vécu, et assez jeune, pour ne pas repaître sa vie d'adulte de petits pontificats ou de grandes rancunes" (p. 16). Es más, su red de amistades, la sociabilidad personal que se fue construyendo en torno a su labor de animador intelectual y sus afinidades, "n'obéissaient pas davantage à la tyrannie des spécialisations universitaires. Et elles étaient toujours individuelles, jamais 'organiques'" (p. 18).

Especialmente interesante es el capítulo dedicado a su incorporación al comunismo, donde muestra el atractivo que desde fines de los años cuarenta tenía un movimiento cuya mejor caracterización fuese tal vez la del carácter indefinidamente abierto de la ilusión comunista, su capacidad de seducción. En 1947 se suma Furet a él y se pregunta el autor por qué. La respuesta le conduce a una serie de posibilidades: por el descrédito de la democracia burguesa, derrotada en 1940, y frente a la cual la única alternativa parecía ser la comunista; por el cesarismo que conllevaba el gaullismo, carente de modelos y referencias; por la confianza ciega en la capacidad todopoderosa de la razón, de un modo muy similar a lo que ocurrió durante la Ilustración; por el aura positiva del comunismo en un tiempo de pasiones ideológicas que beneficiaron sobre todo al victorioso, a la que el autor denomina la religión comunista, cuyo pasado quedaba olvidado por el éxito futuro. En esa religión comunista en la que el deseo de creer adormecía la voluntad de saber, los intelectuales se convertían en compañeros de armas de la clase obrera; las predicaciones de lo porvenir se inscribían en una ciencia orgullosa de la historia; pretendía conocer todo y ofrecer remedio para todo; a la vez democrática y anticapitalista; permitía establecer lazos con la revolución francesa, glorioso antecedente.

Pero además de estos motivos genéricos, también los había personales, señala Halévi, como la necesidad de "estar", es decir, dado que entrar en el comunismo venía a ser una forma de integración social, era imperativo pertenecer. Con ello se tenía la oportunidad "de pouvoir suivre la mode au nom des principes, avec la satisfaction supplémentaire d'oeuvrer en esprit et par le verbe, sans autre sacrifice, au plus gran bien de l'humanité" (p. 34). Sin embargo, matiza el autor el grado de compromiso de Furet, al que considera poco dado a plegarse a la servidumbre de la vida militante, demasiado escéptico y pesimista como para ser un comunista devoto. A partir

de 1954 las cosas comenzaron a cambiar y el éxodo desde el Partido Comunista Francés fue amplio, con el problema añadido del destino ideológico en el que refugiarse, dentro de la izquierda, que en el caso de nuestro historiador será el PSU. Fue éste un paso en el que manifestó más la crítica a las formas que al fondo del comunismo francés, más al sueño dogmático de sus dirigentes que a la ideología. De alguna manera, ésta va a ser una constante en la trayectoria de Furet, el rechazo a los dogmatismos, a la necesidad de acomodar la verdad histórica a las verdades oficiales. Esta actitud se tradujo en los dos temas que ocuparon fundamentalmente su investigación: la idea democrática y la pasión revolucionaria, es decir, dos temas que exploraba en el pasado pero cuya conexión con el presente, con la experiencia de su propia época, era insoslayable (p. 51). Este compromiso lo justifica el autor al señalar que "il ne pouvait envisager le métier d'historien comme un refuge préservé des clameurs de la cité, comme un jardin de curiosités savantes, indifférentes aux sollicitations et aux interrogations du présent" (p. 52). Y en esta forma de hacer frente a su propio tiempo lo compara con Tocqueville, dos autores en busca de un gran tema, la igualdad el primero, el hecho revolucionario Furet.

Ya en la década de los sesenta, aún bajo los efectos del post-estalinismo, el alejamiento del comunismo se hace más amplio en Furet y, en general, en la izquierda, que busca un receptáculo ideológico de sustitución, especialmente en torno a 1968. Esa alternativa va a ser, en opinión del autor, el interés por lo salvaje, como una forma de reducir al ser humano a un objeto natural y, de forma asociada, el interés hacia el tercer mundo como tierra prometida de la revolución. Tras una historia preñada de revolución, la revolución sin historia; junto al marxismo, el estructuralismo. Es en este contexto en el que las críticas de Furet comienzan a hacerse más visibles, como en los reproches a Sartre o en el artículo sobre los intelectuales y el estructuralismo que publica en 1967. Aunque no sea sino un detalle más en su toma de postura, hay una cercanía a Raymond Aron bien significativa.

Pero ¿y como historiador? ¿dónde situarlo –si es que fuera posible hacerlo–? No cabría encuadrarlo en *Annales*, aunque se sintiera cercano en algunos momentos a la deriva cuantitativista y al duo Braudel-Labrousse, aunque no aceptara la historia total. Sin embargo, cada vez se sintió más atraído por la historia política y, por ello, rechazó el ostracismo al que los *annalistes* la habían condenado. Tampoco cabe encuadrarlo en la nueva historia, a la que consideraba sólo como una forma de huir de la política. ¿Cuál era entonces su hilo historiográfico, su guía en el laberinto? Una historia conceptual, despojada de todo determinismo, donde tomen la palabra los protagonistas y sus voluntades, con lo buscado y lo contingente, con la mirada, en definitiva, de sus admirados historiadores del s. XIX, cuya relación con el presente dirigía sus preguntas al pasado. Las consecuencias

prácticas de esta postura, ya desde fines de los años sesenta, fueron el primado de la política como lugar de acceso privilegiado a la comprensión del conjunto de los fenómenos del pasado. Una primera obra en esta línea fue la historia de la revolución francesa publicada con Denis Richet en 1965-66, ortodoxa aún con el momento historiográfico, pero muy criticada, especialmente por saltarse la ortodoxia revolucionaria de mediados de los sesenta, para la cual 1789 anunciaba 1917; o por haber renunciado al análisis de la revolución como un bloque. Claude Mazauric será uno de los críticos más contundentes de esta obra a partir de una ortodoxia marxista estricta, resumiendo los cargos contra ella –que incluían incluso la acusación de antipatriotismo– con un término: "revisionista". En defensa de su postura, Furet publicó un artículo en *Annales*, en 1971, significativamente titulado "Le catéchisme révolutionnaire". En él no solamente respondía, sino que se obligaba a repensar el s. XVIII frente a la visión preestablecida, claramente marcada por un uso del marxismo que fosilizaba el concepto de revolución burguesa.

Este proceso iba a marcar su obra posterior, bien visiblemente manifiesta en *Penser la Révolution française* (1978). Este *tournant* le llevó a eliminar de la historiografía sobre la revolución "des certitudes dogmatiques qui l'ont dominée, et appauvrie, depuis un demi-siècle" (p. 83). Sin embargo, señala el autor, este giro historiográfico no implicaba hostilidad hacia la Revolución, a la que siguió considerando como un "alba luminosa". Su vínculo con la tradición republicana era estrecho y en esa tradición buscó referentes previos, encontrando en su búsqueda a Jules Ferry o a Jean Jaurès. Su admiración por ellos venía del análisis que ambos realizaron del auge democrático de 1789, aunque no de los excesos posteriores. Tal vez por esta mirada benévola hacia este momento del pasado, su interés se dirigió también a las dos naciones que consideraba como los productos por excelencia de la era democrática: EE.UU e Israel. En ambos casos consideraba la nación como el factor unificador de las diferencias identitarias, al que había que añadir, en el caso israelí, el factor religioso.

Por último, analiza Halévi la situación de Furet en el período post-1989. Básicamente se podría resumir en la constatación del mayor alejamiento con respecto a la izquierda, a la que consideraba sin ideas, y con una actitud fundamentalmente negativa. Esta actitud de Furet, señala el autor, no le condujo a la derecha, en parte por su renuencia a pertenecer, a militar; en parte por el compromiso con el legado de la izquierda republicana del s. XIX y, sobre todo, porque no compartía las sensibilidades de la derecha clásica. En el fondo, "il était, pour la gauche, ce qu'était Aron pour la droite: un critique éclairé et sans complaisance, que le camp adverse aimait lire" (p. 112).

No cabe duda de que su actitud, su carácter, su escritura histórica, vivieron los altibajos de cincuenta años convulsos, pero por encima de

valoraciones o justificaciones a posteriori, nos encontramos ante uno de los grandes historiadores franceses de la segunda mitad del siglo XX, partícipe activo en su contexto y, por tanto, testimonio en su obra historiográfica de ese tiempo. Entenderlo a él, nos ayuda a asomarnos a una situación a la que nunca habremos de privar de nuevos elementos con los que analizar su complejidad.

Ran Halévi (1950-) es director de investigación en el CNRS y está vinculado al Centre de recherches politiques Raymond Aron (CRPRA). Es también director de colecciones en la editorial Gallimard. Amigo y colaborador de François Furet en libros como *Orateurs de la Révolution Française* (París, 1989) y *La Monarchie Republicaine: La Constitution de 1791* (París, 1996). Ha escrito *Les loges maçonniques dans la France d'Ancien Régime. Aux origines de la sociabilité démocratique* (París, 1984); *Le savoir du prince: du Moyen Age aux Lumières* (París, 2002).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Türk, Egbert, *Pierre de Blois. Ambitions et remords sous les Plantegenêts*, Turnhout, Brepols, 2006, 731 pp. ISBN 978-2-503-51805-3. 65, 00 €.

Introduction. Abréviations. À propos de la traduction. Sinopsis. Partie I – Avant 1166. Lettres 1 (36) à 19 (94). Partie II – Le séjour à Palerme (1166-1168) et ses conséquences. Lettres 20 (90) à 36 (10). Partie III – Pierre de Blois entre deux pôles (1170-1190). Lettres 37 (1W) à 81 (10R). Partie IV – Le temps de l'instabilité. Lettres 82 (116) à 114 (8R). Partie V – L'archidiacre de Londres. Lettres 115 (151) à 150 (75R). Index Nominum. Bibliographie et sources. Table des Matières.

El siglo XII, y más en concreto la época de los Plantagenêt, constituye un verdadero punto de inflexión en la historia europea. El llamado "renacimiento" del siglo XII vino caracterizado, entre otros muchos aspectos, por el gran crecimiento urbano y desarrollo mercantil, el progreso en el afianzamiento del poder monárquico y el perfeccionamiento de la administración regia, la lucha entre el poder temporal y espiritual, el redescubrimiento del derecho romano justinianeo, el auge de las escuelas catedralicias y de los estudios urbanos, embriones de las futuras universidades, y la aparición de un nuevo grupo social: los *magistri* o "intelectuales". Dichos *magistri*, procedentes casi en su totalidad del estamento eclesiástico, fueron expertos en las técnicas de composición escrita y en el manejo de la retórica epistolar, avezados en el conocimiento del derecho civil y canónico, además de conspicuos teólogos, moralistas, tratadistas, cronistas, literatos, poetas, diplomáticos e incluso médicos. Por otro lado, la necesidad de letrados cualificados que hicieran funcionar las incipientes y cada vez más complejas estructuras administrativas monárquicas, hizo que estos *magistri* poblaran las cortes regias europeas, medio propicio para la obtención de pingues beneficios

económicos y para el ascenso en la escala social, y más en concreto, en la jerarquía eclesiástica. Pues bien, uno de los más destacados representantes de este grupo fue el maestro Pedro de Blois (1130/35-1212). Vinculado a la prestigiosa escuela catedralicia de Chartres, experto en el manejo de la gramática y retórica latinas, poeta en su juventud, estudiante de derecho en Bolonia y de teología en París, conocedor de algunos preceptos de medicina, autor de sermones, tratados de gramática, moral y teología, preceptor de Guillermo II de Sicilia, colaborador y embajador de Enrique II Plantagenêt, rey de Inglaterra, y secretario personal de Leonor de Aquitania y de los sucesores de Tomás Becket en la silla arzobispal de Canterbury, Blois fue una de las personalidades intelectuales más complejas y pujantes de su época.

No obstante, la figura de Pedro de Blois posee una característica que la diferencia del resto de sus contemporáneos y sobre todo, la hace mucho más atractiva e interesante para el historiador de la época medieval; en concreto, se trata del rico y variado epistolario que dicho personaje fue elaborando a lo largo de su vida, iniciado en la década de 1160, y que publicó, con algunas modificaciones respecto a los originales y como ejemplo modélico de composición y estilo epistolar, durante los últimos años de su vida, desde finales de la década de 1180 en adelante. En este caso, la novedad y potencialidad del caso estriba en el hecho de que haya llegado hasta nosotros un amplio repertorio de cartas personales escritas en el siglo XII por un personaje de primera talla intelectual. De hecho, en el campo del medievalismo, resulta muy frecuente la realización de colecciones diplomáticas o lo que es lo mismo, la edición crítica de textos, ya sea de documentación real, monástica o municipal. Por el contrario, resulta inusual o poco frecuente, la traducción, edición y publicación de epistolarios relativamente extensos para una época como el siglo XII; no porque los hombres de letras de dicha centuria no escribieran cartas, sino que la dificultad estriba en el hecho de que dichas misivas, por su carácter meramente privado, se conserven. En este caso concreto, la razón de que el epistolario de Blois haya llegado hasta nuestros días se debe a la edición que el propio autor, por motivos puramente "pedagógicos", realizó de sus cartas en vida, lo que hizo que dicho compendio epistolar alcanzara un gran éxito a lo largo de toda la Edad Media e incluso posteriormente.

No obstante, hay que apuntar aquí que buena parte de la correspondencia escrita por Pedro de Blois —compuesta por 251 cartas, 29 de las cuales fueron escritas al servicio de otros dignatarios como la reina Leonor o el arzobispo de Canterbury, y de la que no se conservan las respuestas de los destinatarios de las mismas— ha sido ya parcialmente publicada en los diferentes trabajos que sobre su figura han realizado R. W. Southern, L. Wahlgren, P. Bourgain, E. S. Cohn, R. Köhn, y E. Revell, entre los más destacados. Sin embargo, en este caso el profesor Türk ha optado —a la

espera de una edición moderna y completa de toda la correspondencia, como él mismo reconoce— por escoger, editar y traducir del latín medieval al francés un total de 150 cartas dirigidas principalmente al rey de Inglaterra, a papas, prelados, abades, canónigos, cortesanos, amigos de estudio y familiares. Para ello, ha ordenado la publicación de las misivas en cinco períodos cronológicos —antes de 1166 (19 cartas), de 1166 a 1168 (17 cartas), de 1170 a 1190 (45 cartas), de 1190 a 1200 (33 cartas), y por último, de 1200 a 1212 (36 cartas)— relativos a cinco momentos diferentes en la vida de su autor, siendo introducidas las epístolas de cada etapa por un completo estudio biográfico sobre el personaje durante esos años. Estas semblanzas biográficas se construyen por una parte gracias a las aportaciones de los estudios históricos sobre la figura de Pedro de Blois, y por otra, mediante el recurso a las cartas publicadas en esta edición, a los fragmentos de otras no incluidas aquí, así como del resto de escritos de Blois.

En cuanto a los diferentes aspectos de la edición de las cartas, hay que decir que para su datación, puesto que no llevan fecha en el cuerpo final del texto, Türk ha optado por seguir la cronología propuesta por R. W. Southern; por otro lado, y como referencia a la fuente original, el autor reenvía cada carta a las diferentes ediciones en las que éstas han sido ya publicadas, como la Patrología Latina y las obras de Revell, Wahlgren o Wollin; mientras que por último, también se indican las referencias bíblicas, patrísticas y de los autores clásicos de las que proceden algunos fragmentos de las cartas, lo que permite atisbar las fuentes que su autor utilizó para componerlas y articular su discurso.

En otro orden de cosas, hay que resaltar que el libro conjuga de manera muy acertada la edición epistolar con la biografía, construyendo con las cartas la vida, pensamientos y reflexiones del autor de las mismas, y permitiendo a su vez al lector comprobar y profundizar en dichas afirmaciones mediante la consulta directa de la correspondencia, es decir, la fuente original. En cualquier caso, a través de la edición y comentario de las cartas de Pedro de Blois, el autor quiere profundizar e incidir en el conocimiento tanto del pensamiento y la visión que este hombre de letras tenía sobre los problemas de su tiempo y que atormentaban a su espíritu y a su existencia, así como sobre la impresión que tenía de los acontecimientos y el mundo que le rodeaba. En concreto, se trata del mundo complejo y apasionante de Enrique II de Inglaterra y Leonor de Aquitania y sus conflictivos hijos; el mundo de la Tercera Cruzada —empresa de la que Pedro fue un ferviente defensor a través de sus escritos—; de la pugna entre el *regnum* y el *sacerdotium*, es decir, entre el poder temporal del rey y el poder espiritual del papa o el arzobispo de Canterbury; entre la vida activa y lucrativa en la corte regia y la vida contemplativa y espiritual más propia del monje y el

sacerdote; y por último, entre el respeto, acatamiento y cumplimiento o no por parte de los eclesiásticos, de los preceptos morales de la vida cristiana.

Por otro lado, la elección de la segunda parte del título del libro —*Ambitions et remords sous les Plantegenêts*— responde perfectamente a la atormentada personalidad de Pedro de Blois. Su vida, como queda reflejada en las cartas, fue una constante pugna y debate interior, espiritual si cabe, por una parte, entre la ambición personal y el deseo de obtención de bienes materiales y glorias mundanas, personificadas sobre todo en sus años de servicio en las cortes siciliana e inglesa; y por otra, entre las preocupaciones de orden espiritual y contemplativo, más propias del *ordo sacerdotalis*, inquietudes estas últimas que le llevarán finalmente, en el ocaso de su vida, a consagrarse presbítero en 1200. También queda plasmada a través de las cartas otra de las constantes en la vida de Pedro de Blois, como fue la dolorosa sensación que tuvo siempre de sentirse un extranjero en los lugares donde residió la mayor parte de su vida, como Sicilia y sobre todo, Inglaterra.

En definitiva, con esta interesante y exitosa combinación de estudio biográfico y repertorio epistolar, el profesor Türk nos presenta por un lado, la época Plantagenêt tamizada por la atenta, inteligente y a su vez angustiada mirada de un hombre de letras del siglo XII; y por otro, la experiencia vital y humana de un intelectual medieval, cuyos problemas existenciales y vitales respondían y estaban perfectamente insertados en el ambiente y contexto histórico de la época que le tocó vivir.

Egbert Türk es profesor honorario en la Universität des Saarlandes (Saarbrücken, Alemania). Reconocido especialista en el mundo de los Plantagenêt, ha publicado varias monografías y estudios sobre esta época, haciendo especial hincapié en la teoría política y en la figura de los intelectuales. Destaca su monografía de 1977: *Nugae curialium: le règne d'Henri II Plantegenet (1145-1189) et l'éthique politique*; así como más recientemente, dos contribuciones en obras colectivas: "*Pierre de Blois revisité: doutes et certitudes d'un intellectuel dans l'orbite des Plantagenêts*" (2000), y "*Les intellectuels et la réforme judiciaire d'Henri II Plantegenêt en Angleterre: l'exemple de Gautier Map*" (2003).

Iñigo Arzoz Mendizábal
Universidad de Navarra

Pomata, G. y Siraisi, N. (eds.), *Historia: Empiricism and Erudition in Early Modern Europe*, Cambridge, MIT Press, 2005, 338 pp. ISBN: 0292731213.

Introduction. *I The Ascending Fortunes of Historia*: 1 The Identities of History in Early Modern Europe: Prelude to a Study of the *Artes Historicae* (A. Grafton). 2 Natural History, Ethics, and Physico-Theology (B. W. Ogilvie). 3 *Praxis Historialis*: The Uses of *Historia* in Early Modern Medicine (G. Pomata). 4 White Crows, Graying Hair, and Eyelashes: Problems for natural Historians in the Reception of Aristotelian Logic and Biology from Pomponazzi to Bacon (I. Maclean). 5 Antiquarianism and Idolatry: the *Historia* of religions in the Seventeenth Century (M.

Muslow). 6 Between History and System (D. R. Kelley). *II The Working Practices of Learned Empricism:* 7 Conrad Gessner and the Historical Depth of Renaissance Natural History (L. Pinon). 8 *Historia* in Zwinger's *Theatrum humanae vitae* (A. Blair). 9 Histories, Stories *Exempla*, and Anecdotes: Michele Savonarola from Latin to Vernacular (C. Crisciani). 10 *Historiae*, Natural History, Roman Antiquity, and Some Roman Physicians (N. G. Siraisi). 11 Description Terminable and Interminable: Looking at the Past, Nature and Peoples in Peiresc's Archive (P. N. Miller). Bibliography.

Durante los siglos XVI y XVII la distinción entre ciencias de la naturaleza (generalizadoras) y ciencias de la cultura (individualizadoras) carecía de vigencia práctica. A pesar de lo cual, los historiadores de ese periodo no habían prestado hasta el momento la suficiente atención al uso del término griego *historia* en disciplinas alejadas de las humanidades. Este fue el objetivo de un seminario interdisciplinar, que tuvo lugar en Berlín y cuyos resultados se recogen en este libro. Los participantes pertenecen a ámbitos académicos diversos, desde la historia de la ciencia a la historia de las religiones, pasando por la historia de las ideas y la de la historiografía.

En la introducción, a cargo de las editoras, se describen paralelismos en la forma de combinar la experiencia directa y la erudición en la historiografía y la medicina durante la Edad Moderna. El término *historia* no sólo servía para describir fenómenos diacrónicos (en historia política y en diagnósticos médicos) sino también sincrónicos (en historia natural y anatomía). A pesar de la concepción aristotélica de la historia como reino de lo particular, ésta también abarcaba conocimientos sistemáticos como la clasificación de lugares, animales y plantas. Progresivamente, el paradigma de la verdad histórica se trasladó del hecho ejemplar (*exempla*) al dato empírico, y a finales del XVIII, las dimensiones empírica y temporal se separaron, dando lugar al concepto moderno de "la historia" como fenómeno universal y singular. Este capítulo ofrece también una valoración global de las ponencias.

La primera parte del libro esta formada por seis estudios de temática general. Grafton analiza la tradición de los *artes historiae* (tratados sobre la historia), impulsada a mediados del XVI desde Italia. Grafton presta especial atención a los discursos de personajes como herramienta hermenéutica y al debate entre Le Clerc y Perizonius, en el paso del XVII al XVIII, sobre la crítica de fuentes, la retórica, el anacronismo y la idea de lo moderno. Ogilvie estudia el género de la historia natural, que destacaba la función ética de la historia como *exempla*, atribuyendo características humanas a animales y plantas. Las historias naturales se popularizaron a mediados del XVI, siguiendo los modelos de Plinio y Aristóteles. En el XVII, el componente ético va desapareciendo a medida que el término "historia natural" se populariza. En el XVIII, el género se convierte en disciplina independiente. Pomata muestra cómo el término *historia* se extendió en la literatura médica a

medida que la medicina renacentista se fue imponiendo a la escolástica. Frente a la definición escolástica de la historia (descripción de algo sin explicar sus causas), los médicos humanistas recuperaron la noción griega, pre-aristotélica, de la *historia* como conocimiento en general. El Renacimiento también impulsó un tercer tipo de historia médica: el conocimiento a partir de la observación individual, heredero de la tradición hipocrático-galénica, basada en la combinación de experiencia y comparación (*autopsia* e *historia*). Maclean, desde un punto de vista teórico, analiza las formas de conocimiento en el siglo XVI a través de las clasificaciones de especies naturales, así como de los conceptos de causalidad, experiencia y autoridad. Muslow analiza una serie de historiadores de las religiones del XVII (aunque entonces no se usaba el término *historia* para este tipo de estudios) y enmarca sus ideas dentro de las teorías de la idolatría, las *fabulae*, los cultos solares y los *vestigia* del conocimiento de Dios entre los paganos. Los modelos difusionistas se desarrollaron debido al peso de la concepción bíblica de la historia. Por su parte, Kelley aporta una visión panorámica de los significados de la historia en sentido amplio (no del término griego *historia*). La historia se vio afectada por la distinción entre contenido y forma (cognición y narración), lo que le llevó a asociarse con la retórica ciceroniana, la exégesis de tradición medieval, los relatos de viajes y las antigüedades. Kelley resalta las raíces renacentistas de las futuras definiciones "sistemáticas" de la historia en la Ilustración y el XIX.

En la segunda parte se recogen una serie de trabajos más monográficos. Pinon estudia la obra de Gessner, un autor del XVI interesado por las clasificaciones naturales, que ejemplifica el uso de metodologías y prácticas comunes en la historia natural y humana. A pesar de destacar la importancia de la experiencia directa, la mayor parte de especies animales que clasificó eran de origen libresco. Blair analiza el caso de Zwinger dentro de la tradición de los *exempla*, en la que subyacía la concepción de la historia como almacén de experiencias del que sacar enseñanzas y modelos de comportamiento. Zwinger creía en la superioridad de los casos concretos sobre los principios generales y distinguió tres métodos por los que el historiador obtenía y verificaba la experiencia de sus testimonios: *autopsia* (testigos de vista); *akroasis* (informes orales); *anagnosis* (fuentes escritas). Crisciani estudia a Savanarola, uno de los representantes de la medicina del XV, así como otros médicos, que vivieron en un periodo científico y cultural "de transición". Siraisi rastrea el uso del término historia por parte de varios médicos romanos del XVI, estudiosos de las antigüedades romanas, que trataron de aplicar sus investigaciones a la lucha contra las inundaciones y el mal saneamiento de su propia ciudad. Algunos de ellos usaban la historia estadísticamente mientras que otros preferían centrarse en casos singulares. Por último, Millar estudia el archivo personal de Peiresc, un erudito

renacentista de la escuela de Padua, que llevó a cabo trabajos de anatomía, arqueología, historia del arte, astronomía, botánica, epigrafía, historia, numismática, paleontología y zoología. Peiresc se interesó también por la Edad Media, el dibujo, la botánica, el comportamiento de animales e insectos, la óptica y las costumbres del mundo.

La perspectiva global, interdisciplinaria y colegiada de *Historia: Empiricism and Erudition in Early Modern Europe* se refleja en la bibliografía común (tal vez demasiado larga para ser manejada con comodidad) y en la presencia de citas cruzadas a lo largo de los capítulos. Sin embargo, son más frecuentes las referencias a autores y textos concretos que a grupos sociales y tendencias culturales. Por otro lado, aunque se supera el tradicional predominio de contenidos anglosajones y franceses mediante la inclusión trabajos sobre Alemania e Italia, los mundos ibérico e iberoamericano vuelven a presentarse una vez más –en tanto que no se les dedica ningún capítulo– como periféricos dentro de la cultura europea.

Nancy G. Siraisi, profesora retirada de la Universidad de Nueva York, es la autora de: Medieval and Early Renaissance Medicine (1990) y The Clock and the Mirror: Girolamos Cardano and Renaissance Medicine (1997). También ha coeditado: Natural Particulars: Nature and the Disciplines in Renaissance Europe (1999). Gianna Pomata es profesora de historia en la Universidad de Bolonia y ha estudiado la relación entre medicina e historiografía en la Edad Moderna. Ha coeditado un número de Quaderni storici titulado Fatti: storie dell'evidenza empirica (2001) y el libro The faces of Nature in Enlightenment Europe (2003).

Julián Díez Torres
Universidad de Navarra

MacCormack, S., *On the wings of time: Rome, the Incas, Spain, and Peru,* Princeton, Princeton University Press, 2007, ISBN 9780691126746, pp. 320.

Gratiorum Actio. Illustrations. Preface. 1. Universals and Particulars: Themes and Persons. 2. Writing and the Pursuit of Origins. 3. Conquest, Civil War, and Political Life. 4. The Emergence of *Patria*: Cities and the Law. 5. Works of Nature and Works of Free Will. 6. "The Discourse of My Life": What Language Can Do. 7. The Incas, Rome, and Peru. Epilogue: Ancient Texts: Prophecies and Predictions, Causes and Judgements. *Bibliography. Index.*

La imagen de Roma funcionó desde el Renacimiento como una especie de lente con la que la cultura europea interpretaba las novedades históricas y culturales. Al mismo tiempo, cuanto más se estudiaba y conocía el legado romano, mayor se hacía la sensación de distancia con respecto a él. Un caso significativo de este proceso se encuentra en el virreinato peruano, donde Roma sirvió para configurar la imagen de lo inca; pero –a diferencia de lo inca– terminaría desapareciendo en el imaginario nacional moderno. Este es el tema que se propone abordar McCormack combinando las tesis del

gran historiador de la historiografía clásica Momigliano y las de peruanistas como O'Gorman y Pease. El resultado es un original conjunto de ocho ensayos, basados en una extensa bibliografía clásica y colonial y abundantes fuentes visuales, en los que se rastrean las huellas de Roma en la historiografía colonial peruana.

El primer capítulo empieza contextualizando el legado clásico de la crónica de Pachacuti dentro del auge de los estudios helenísticos y romanos en la España del XV y XVI. A continuación se analizan en los mismos términos otras obras de distintos géneros históricos para justificar la validez del marco teórico. En el segundo capítulo se estudia la lógica mítica de la búsqueda de orígenes, estableciendo un paralelismo entre los cronistas castellanos tardo-medievales y algunos historiadores coloniales indígenas. Un caso interesante es el de Garcilaso, cuya referencia se convertiría en el XVIII en fuente tanto de autoridad (Lafitau) como de identidad (Tupac-Amaru). El tercer capítulo trata sobre la historiografía de la conquista y las guerras civiles peruanas, mostrando ciertas continuidades entre autores como Gómara, Oviedo, Cieza, Zárate o Herrera, y Plutarco, Livio, Salustio o Tácito. El cuarto capítulo estudia el concepto de patria local a través de las crónicas sobre la fundación de ciudades y la ordenación del territorio. El quinto se centra en las descripciones de la naturaleza y en el género de las historias naturales y morales. En el siguiente capítulo se analizan las teorías de Garcilaso sobre la traducción y de fray Domingo de Santo Tomás sobre la lengua quechua, comparándolas con las tesis de Nebrija sobre las lenguas latina y castellana. El capítulo séptimo aborda la famosa distinción entre los incas (pueblo con "policía") y otros pueblos (agrupados en "behetrías"), que influiría en la caracterización opuesta de Perú y Chile. En el epílogo se analizan varios casos de profecías y teorías de la historia de la época, como las versiones sobre la muerte de Atahualpa, las profecías sobre el fin de los incas, las teorías bíblicas sobre el origen de los indios y el papel de la providencia en la conquista.

McCormack investiga los relatos históricos como medio para acceder a la cultura histórica del Perú virreinal. Pese a señalar abundantes filiaciones entre autores peruanos y romanos (en vez de las tópicas alusiones genéricas a "lo clásico"), ninguno de los capítulos se ciñe a un sólo autor o a una sola obra. La autora, dejando de lado las preocupaciones habituales de los estudios sobre crónicas, se preocupa más por la función social de la historia que por las características literarias de los textos. Esta perspectiva le lleva a identificar una serie de cuestiones poco estudiadas pero de gran interés para entender el contexto en el que se escribieron las crónicas peruanas. Una de ellas es la relación entre la curiosidad académica por la genealogía de los reyes incas y el proyecto político del virrey Toledo. Durante este gobierno se fomentó la divulgación de crónicas que justificaban la conquista a la vez que

se consolidaba, a nivel político, la autoridad real y la presencia de las instituciones tras los turbulentos años de las guerras civiles. Otra cuestión interesante es la diferencia entre los historiadores del mundo indígena del XVI, que vivieron la conquista en alguna de sus distintas fases, y los del XVII, que participaban de las preocupaciones e intereses de la sociedad criolla. Con el tiempo, la preocupación de los cronistas se trasladó desde los hechos de la conquista y la historia incaica inmediatamente anterior hacia la historia pre-incaica vinculada con las fuentes patrísticas. Esta transición refleja un cambio de interés en la historia desde su dimensión judicial y política a su papel en la construcción de identidades colectivas. Otra evolución señalada por la autora es el paso, dentro de la historiografía de acontecimientos políticos, del modelo de Livio (historia como colección de ejemplos morales) al de Tácito (atención al sistema político). Éstas y otras cuestiones tratadas a lo largo del libro abren nuevas líneas de investigación de carácter interdisciplinar.

Cada uno de los temas abordados por MacCormack daría para una monografía independiente. Esto, además de justificar el interés del libro, también indica sus limitaciones. Por ejemplo, la cuestión de la evolución de la historiografía indígena en el XVII podría haberse desarrollado mediante la comparación con las teorías sobre Quetzalcoatl novo-hispanas o con otras teorías existentes en la península ibérica, frente a las cuales los autores peruanos tal vez buscarían distinguirse. La evolución de la moda historiográfica de Livio a Tácito se hubiera podido integrar dentro de una tendencia más amplia en el mismo sentido que tuvo lugar en toda Europa a finales del XVI. También podría haberse prestado más atención al denominado ciclo Antártico, que engloba una serie de historias de diverso tipo que tienen como punto común la creación de un territorio imaginario desde Nueva Granada y Perú hasta el estrecho de Magallanes. Por otro lado, el argumento de varios de los capítulos resulta excesivamente parecido, lo que puede generar un cierto estado de confusión en el lector. Esta sensación podría deberse a que, en última instancia, la tesis de la influencia de Roma en los cronistas no puede explicarse a sí misma. Estableciendo un símil con la historia del arte, podría decirse que la autora señala acertadamente los motivos iconográficos romanos de las crónicas pero no termina de desarrollar la motivación histórica del uso de esos motivos. En cualquier caso, conviene recordar una vez más que MacCormack aporta abundante información sobre los modelos romanos de la historiografía virreinal y que, además, deja totalmente demostrado que los cronistas tenían en mente la imagen (cambiante) de Roma al interpretar y escribir la historia del Perú.

Sabine MacCormack es doctora en historia por la universidad de Oxford (1974) y profesora en la universidad de Notre Dame, en donde enseña cursos sobre la antigüedad clásica y el Perú virreinal. Sus publicaciones tratan sobre estos dos campos (*The Shadows of Poetry: Vergil in the Mind of Augustine*, Berkeley, 1998; *Religion in the Andes: Vision and Imagination*

in Early Colonial Peru, Princeton, 1991; así como numerosos artículos). Se ha destacado por señalar la incidencia de la tradición clásica en la historiografía peruana del XVI y XVII.

Julián Díez Torres
Universidad de Navarra

Rivera García, Antonio, *Reacción y revolución en la España liberal,* Madrid: Biblioteca Nueva, 2006, 355 pp., ISBN: 84-9742-525-1.

Introducción. 1808-1874: Pensamiento político de liberales, reaccionarios y demócratas; Primera Parte: La revolución liberal; I. Libertad y constitución en el liberalismo doceañista; II. La monarquía liberal isabelina: moderados y progresistas; Segunda Parte: La reacción; III. Reacción contra la crisis de la autoridad: la libertad católica y teología de la historia; IV. Reacción contra el parlamentarismo liberal; V. La constitución de la monarquía católica y tradicional; Tercera parte: La revolución demócrata; VI. El republicanismo liberal de la democracia: libertad, democracia federal y asociación.

Detrás de la convulsa historia política española que discurre entre la guerra de Independencia y la Restauración canovista, se libra una intensa batalla de las ideas. La revolución liberal es el eje histórico que da lugar a tres grandes escuelas de pensamiento político, que enumeramos por el orden en el que se estudian en el libro, si bien no con las denominaciones que le da el autor: el *moderantismo isabelino,* que trata de encontrar un justo medio entre los principios revolucionarios gaditanos y la tradición española; la *reacción tradicionalista,* que desde el integrismo católico, rechaza desde sus más íntimas raíces la revolución moderna; y, por último, el *democratismo republicano,* que partiendo del ala izquierda del liberalismo desemboca en la teoría federal. Cada escuela es analizada a través de un corpus relativamente limitado de publicistas de notable relevancia; así, entre los tradicionalistas Donoso y Balmes aparecen como las referencias más recurrentes, Pi y Margall se convierte en el principal protagonista del republicanismo federal, mientras que el elenco de autores resulta algo más variopinto en el caso de los liberales clásicos. Cada uno de los sistemas de pensamiento se fundamenta en unos pocos principios axiomáticos, que son los que marcan las diferencias radicalmente, es decir, de raíz. Derivados de ellos, se concluyen respuestas diversas a los problemas de la sociedad, que en ocasiones producen convergencias casuales entre cosmovisiones sustancialmente enfrentadas. Problemas recurrentes en la discusión son los relativos al concepto de libertad, los derechos y libertades del individuo, especialmente la libertad religiosa y de imprenta, la cuestión de la soberanía, la reivindicación de la tradición española, la separación de poderes y las atribuciones de cada uno de ellos, el sufragio, la cuestión de la dictadura, la vida política de municipios, provincias y regiones, la cuestión social y el derecho de propiedad, etcétera.

Este libro, aunque escrito por un filósofo y centrado en el análisis de ideas de filosofía política, es indudablemente un libro de historia. Esto es así por dos razones. En primer lugar, porque las problemáticas filosóficas que se desarrollan en sus páginas están radicalmente insertas en el devenir histórico de la España decimonónica y resultan incomprensibles fuera de ese marco. Por otro lado, aunque muchos de sus elementos se prestan a interesantes desarrollos abstractos, la lectura atenta de esta monografía resulta de gran utilidad tanto para el historiador preocupado por los fundamentos ideológicos de la historia política del siglo antepasado, como para el interesado en el mundo de las ideas españolas del siglo XX, ya que no resulta difícil encontrarse a lo largo de estas páginas con los genuinos antepasados de planteamientos que alcanzarán en la siguiente centuria su más plena realización.

La primera parte recibe el título de «La revolución liberal» y se ocupa de los herederos ideológicos de la Constitución de 1812. En las discusiones gaditanas y después, de forma más nítida, en el Trienio y tras la muerte de Fernando VII, se registra la divergencia básica entre los liberales llamados moderados y los apellidados progresistas. El moderantismo político surge como la evolución de la mayor parte de los sectores ilustrados del absolutismo monárquico hacia una postura en la que se reconoce o asume el aporte histórico de la Constitución gaditana, al tiempo que se critican muchos de sus puntos más relevantes. El progresismo, sin embargo, tras sus breves y traumáticas experiencias de gobierno y la aparición del Partido Demócrata a su izquierda y de la Unión Liberal a su derecha va a acabar quedándose sin un espacio político claro. Los demócratas van a acusar a los progresistas de falta de lógica en sus principios y el partido se va a ir desdibujando de forma irreversible. La mayor parte del análisis del autor se centra por lo tanto en los liberales moderados, que se presentan a sí mismos como la respuesta de la sensatez, de la mesura y del pragmatismo político para hacer frente a la necesaria convivencia de revolución y tradición. El moderantismo va a evitar pronunciarse sobre los grandes conceptos, es más, va a criticar el «prurito de discusiones metafísicas y el empeño de cimentar el régimen de una gran nación en principios absolutos y en vagas teorías». Tales asambleas, en lugar de convertir a los intereses reales, actuales, de la sociedad en centro de la política, hicieron de las abstractas declaraciones la pieza fundamental del enfoque político. Desde el enfoque moderado, la única alternativa válida a la soberanía monárquica y a la nacional, ambas basadas en la fuerza y la voluntad, se encuentra en la soberanía de la inteligencia. La razón pública se convierte así en el fundamento de la política, y el sistema representativo en el medio imprescindible para alcanzar tales objetivos racionales. De este modo, la libertad de imprenta, la publicidad de los debates parlamentarios, la libre discusión en definitiva, no son sino el instrumento necesario para que prevalezca la soberanía de la inteligencia, no tanto un derecho del hombre, de

suyo ilegislable. El moderantismo tiende con frecuencia a erigirse como el justo medio entre la revolución y la reacción. De este modo, para los moderados, reacción y revolución persiguen un fantasma, bien porque sus objetivos pertenecen a una época pasada que ya no se puede restaurar, bien porque ponen todas sus esperanzas en una utopía, en algo imposible y que siempre estará por llegar.

Bajo la denominación de «La reacción», el autor aborda en la segunda parte del libro el pensamiento político tradicionalista. El tradicionalismo diagnostica su contemporaneidad como el penúltimo estadio de un proceso que comienza con la revolución religiosa de la Reforma protestante, que reemplaza la autoridad de la Iglesia por el libre examen del individuo. La revolución religiosa del protestantismo trajo como consecuencia inevitable la revolución política, a la que seguirá, vaticinan, la revolución social. La raíz de todo el proceso está, por lo tanto, en el rechazo del hombre a la autoridad de Dios que revela y se revela. El tradicionalismo detecta en el desorden e inestabilidad de los regímenes liberales la desaparición del «suave freno de la religión», que hace necesario emplear la fuerza de la violencia policial para imponer el orden. Sin la caridad ni la obediencia cristianas, los estados modernos se debaten entre la anarquía y el despotismo. Sin embargo, el pensamiento tradicionalista no es meramente contrarrevolucionario o, por así decirlo, restauracionista; la crítica de los reaccionarios alcanza también la época del despotismo ilustrado del siglo XVIII, del que la revolución liberal decimonónica no es sino lógica sucesora. De hecho, el tradicionalismo buscará asideros en el mismo mundo contemporáneo cuando contempla con moderada benevolencia la constitución histórica de los ingleses –a la que comparan con los fueros vascos– o manifiestan las diferencias entre la revolución norteamericana, que invoca a Dios en todos sus textos, y la impía revolución francesa. Aún más, el tradicionalismo tampoco quiere divorciarse por completo del mundo moderno y presenta a la revolución precisamente como el diabólico intento del hombre de hacer el papel de Dios y acelerar el tiempo, tratando de emular la inmediatez divina. El progreso es precisamente la lenta evolución de la tradición, de modo que las construcciones verdaderamente estables y prósperas sólo pueden ser el resultado de un paciente devenir histórico. La propuesta tradicionalista pasa por lo tanto por regresar a las esencias verdaderamente cristianas del pueblo español, recreando en algunos casos instituciones tradicionales corrompidas por el despotismo absolutista de los siglos anteriores, construyendo un parlamento de corte corporativista y, sobre todo, uniendo íntimamente Iglesia y estado.

Finalmente, en la tercera parte, «La revolución demócrata», Rivero analiza el desarrollo de la evolución por la izquierda del progresismo liberal: la democracia o republicanismo. Los primeros demócratas desean subrayar las diferencias con sus antiguos compañeros de facción, a los que tachan de

pusilánimes e incoherentes, mientras que éstos motejaran a los republicanos de anárquicos, disolventes y antisociales. Sólo el retraimiento de los progresistas a partir de 1864 permitirá crear la entente necesaria para la revolución que derrocaría a Isabel II, pero a costa de crear la extremadamente inestable coalición que dio inicio al Sexenio Revolucionario. En esta última parte del libro, el autor se detiene sobre todo, como ya se ha dicho, en explicar la doctrina política de Francisco Pi y Margall. El teórico del federalismo quiso resolver desde la más pura abstracción racional, aunque también sobre una base empírica histórica, el conflicto que necesariamente se da entre la libertad del hombre y su naturaleza social. Todo orden político descansa en dos principios conexos, opuestos e irreductibles: libertad y autoridad. Leyes e instituciones poseen una autoridad segunda o derivada de la libertad. El orden, armonía o equilibrio entre libertad y autoridad se obtiene a través del pacto federal. El orden social y la convivencia política son una necesidad antropológica, puesto que sin el concurso de los demás el hombre no es verdaderamente hombre. La libertad natural e ilimitada de los individuos debe estar restringida por la autoridad de las leyes. El problema de la libertad y de la autoridad es el problema de cómo solucionar la irrenunciable pluralidad individual con la necesaria unidad nacional. El pacto federal no puede ser por lo tanto de individuos, sino de «grupos dados a priori por la naturaleza». Pi identifica esos grupos naturales con el municipio, con la provincia, con una unidad territorial pequeña en definitiva, donde los ciudadanos o jefes de familia pueden precisamente ejercer la libertad política en el mayor grado posible. De este modo, la federación debe construirse de abajo arriba. En una federación los límites de las libertades individuales, municipales y provinciales se convierten en barreras infranqueables. Los derechos municipales o provinciales están por encima de los federales y los individuales por encima de todos. Pi considera además que la forma federal es la más adecuada para la historia y diversidad españolas, proponiendo extender a todas las provincias las libertades vascas. Los federalistas confían en que el pacto federal opere como conjuro definitivo del separatismo e incluso que deje la puerta abierta al iberismo, pero reconocen que, de acuerdo con su lógica, la voluntad de alguna de las partes pudiera llevar a la secesión. El gran problema del pacto federal es la dificultad que tienen sus teóricos para distinguir entre una sociedad pública y una sociedad privada. El individuo siempre puede entrar y salir de una sociedad privada, ¿pero de una pública? En parte, este conflicto entre la necesaria coerción del espacio público y la autonomía individual se resuelve reduciendo al mínimo imprescindible el tamaño de ese espacio público, es decir, del estado. En este sentido, Pi es defensor de un estado reducido, también en el campo económico. Sus propuestas para la cuestión social no pasan por un estado cada vez más fuerte sino por la participación política de todos, por medio del sufragio

universal, y por el derecho de asociación voluntaria que permita no la supresión de la propiedad, que ya empezaban a propugnar los socialistas de la Internacional, sino su generalización a todas las clases sociales.

Antonio RIVERA GARCÍA es Profesor de Filosofía Política en la Universidad de Murcia. Interesado fundamentalmente en la historia de las ideas políticas, es autor de los libros *La política del cielo. Clericalismo jesuita y Estado moderno, Republicanismo calvinista* y *El dios de los tiranos. Un ensayo sobre el absolutismo y la teología política*. Entre sus artículos y colaboraciones cabe destacar «Federalismo y derecho cosmopolita en el marco de la crisis global de la soberanía», «Fuerza y estructura del Estado: una aproximación crítica al Estado del siglo XX», «Crisis de autoridad: Sobre el concepto político de "autoridad" en Hannah Arendt», «Teología política: consecuencias jurídico políticas de la "Potentia Dei"», «Relativismo e historia de los conceptos políticos», «La idea federal en Pi y Margall», «Las propuestas reformadoras de Campomanes a la luz de la historia de los conceptos políticos» y «Juan Andrés y la historia del derecho natural: una aproximación a la heterodoxia jesuítica».

Rafael Escobedo Romero
Universidad de Navarra

Casaus Ballester, María José, *La pinacoteca de la Casa Ducal de Híjar en el siglo XIX. Nobleza y coleccionismo*, Institución "Fernando el Católico", Zaragoza, 2006, 375 págs., ISBN: 84-7820-841-0

Presentación, por Aránzazu Lafuente Urién. Prólogo. Introducción. Notas sobre el coleccionismo (siglos XV-XIX). Estudio. Bibliografía. Genealogía de la Casa de Híjar (encarte). Anexos: I. Tasación de pinturas. II. Resumen general de la tasación. III. Inventario de los muebles y efectos existentes en la casa de Agustín de Silva Fernández de Híjar (*1773, 1808-†1817) y Mª Fernanda Fitz-James Stuart y Stölberg-Gedern (*1775-†1852), X duques de Híjar. Índices: I. Onomástico. II. Cuadros. III. Anexos.

Las páginas de presentación que preceden al estudio introducen un tema de gran valor para el conocimiento de la historia cultural española. Se trata del coleccionismo artístico que auspiciaron y protagonizaron algunas familias y linajes nobiliarios peninsulares desde el advenimiento del renacimiento en el siglo XVI hasta que entrado el siglo XIX fue también una opción de la más selecta burguesía urbana. Y si bien este libro se centra en uno de esos ejemplos, en concreto sobre la colección pictórica reunida por los duques de Híjar del siglo XIX, no cabe perder de vista el trasfondo que enmarca este ambicioso y minucioso trabajo.

El análisis del patrimonio artístico de las más destacadas casas hispanas en este, pero en cualquier ámbito cronológico, supone la apertura de una vía de estudio que completa, y en definitiva, enriquece la visión del marco cultural de una época. Los repertorios de obras y piezas artísticas de las más diversas tipologías y procedencias son los instrumentos materiales más adecuados para evaluar la capacidad económica, incluso la formación cultural, y los gustos de las más destacadas familias. De manera que a través

de un análisis relacional e interdisciplinar de dichos elencos artísticos es más fácil profundizar sobre algunos aspectos de la situación y posición sociales y económicas de una estirpe nobiliaria, dentro del concierto y contexto políticos de una época.

Qué duda cabe que los inventarios *post mortem* contienen una de las mejores fuentes de información para impulsar estos nuevos caminos de la investigación histórica. Así este libro recurre a uno de ellos, en concreto a la "Tasación extrajudicial de todos los bienes, muebles, alhajas y efectos que han quedado por fallecimiento del Ex[celentísi]mo S[eñ]or d[o]n Agustín Pedro González Telmo Silva y Palafox, duque de Híjar, marqués de Oraní, conde de Aranda, etc." realizada desde el 9 al 18 de septiembre de 1818. Agustín, décimo duque de Híjar, falleció en Madrid el 12 de diciembre de 1817 y poco tiempo después, en septiembre del siguiente año Francisca Javiera, su hija y única heredera. De manera que al no haber descendientes directos fue cuando se hubo de realizar este inventario judicial, con el objeto de cuantificar los bienes del fallecido y satisfacer las deudas pendientes por parte del nuevo depositario del patrimonio y títulos en cuestión. El nuevo titular de la casa de Híjar sería José Rafael Silva Fernández de Híjar, hermano de Agustín, que ocuparía el palacio de la carrera de San Jerónimo, en cuyas estancias estaban los objetos tasados en el inventario.

Entrando ya en el contenido, el trabajo se divide en tres bloques. En un primer término, y tras los protocolos previos de la presentación —hecha por Aránzazu Lafuente, directora de la sección Nobleza del A.H.N.—, prólogo e introducción, se esboza un completo cuadro del coleccionismo privado en la Península Ibérica entre el siglo XV y XIX, atendiendo a los diferentes linajes y grandes personajes que lograron reunir colecciones pictóricas y artísticas reseñables, tanto cuántica como cualitativamente. De esta forma la autora, con el capítulo *Notas sobre el coleccionismo (siglos XV-XIX)*, trata de encuadrar y contextualizar la formación de la pinacoteca de esta casa tomando como punto de referencia el cambio cultural producido en Europa desde los albores del Renacimiento y que dió lugar a la formación de un nuevo gusto artístico seguido de una inquietud coleccionista. Así se presta atención a un total de setenta y una familias hispanas comenzando por la de Mencía de Mendoza, hija del primer marqués de Santillana (siglo XV), para seguir, por mencionar las más destacadas, con la de Ana de Aragón Gurrea y de Borja, vizcondesa de Evol (s. XVI); Juan Fernández de Velasco, VI condestable de Castilla y gobernador de Milán (†1613); Juan Francisco Alfonso Pimentel Ponce de León, conde y duque de Benavente (†1652); Diego Felipe de Guzmán, marqués de Leganés y virrey y capitán general del principado de Cataluña (†1655); Gaspar Méndez de Haro, VII marqués de Eliche y VII conde del Carpio (†1687); María Regalado Funes de Villalpando, marquesa de Osera (†1738); los duques de Osuna y en especial Pedro de

Alcántara y Mª Josefa; la casa de Medinaceli, y en último término el aragonés Romulado Nogués y Milagro, general de brigada (†1899).

Todos ellos ejemplifican una especial preferencia por la recopilación, en mayor o menor número, de obras y objetos de valor para satisfacer gustos, curiosidad o incluso su piedad personales. Pero el largo listado de personajes, glosado según la importancia o relevancia de la colección, pretende algo más pues el detallado aparato crítico, tanto documental como bibliográfico, evidencia que el hecho de poseer buenos y excepcionales cuadros y tablas pictóricas, esculturas u otro tipo de piezas bibliológicas y suntuarias es un claro reflejo de la conexión existente entre una capacidad económica, la sensibilidad artística y el acceso a unos mercados de carácter exclusivo.

Tras la relación de las más reseñables colecciones artísticas españolas, se continua con segunda parte que se centra en el *Estudio* del patrimonio artístico de Agustín Pedro Gonzalo Telmo Fadrique de Silva Fernández de Híjar y Rebolledo de Palafox Abarca de Bolea, un hombre que representa no sólo el escaparate de una familia de alta alcurnia y grandes recursos financieros. Así caben destacar sus actividades de rango cultural pues además de ser académico de la Real Academia Española de la Lengua, honorario de la de Bellas Artes de San Fernando y director de la Real Sociedad Económica de Madrid, escribió obras literarias como el *Elogio* a su tío-abuelo Pedro Pablo Abarca de Bolea o las tragedias *Las Troyanas*, *Los celtíberos* o *Rómulo y Remo*, entre otras. A lo largo de las páginas de este segundo bloque, no obstante, se hace una descripción de la situación exacta del palacio madrileño y el interior del mismo, aludiendo a las pinturas de cada una de las estancias. Además se introducen una serie de tablas indicativas y comparativas de la colocación de la pinacoteca en 1818 y 1863, año en el que se realizó una tasación, tras la muerte del XII duque, José Rafael.

Una tercera parte la comprenden los *Anexos*, verdadero cuerpo vertrebrador del trabajo pues no hay que perder de vista que son los Inventarios de las colecciones artísticas de Agustín, duque de Híjar, los que fundamentan el quicio y la razón de esta obra. El primero de los mencionados anexos se corresponde con el de la Tasación de pinturas llevada a cabo el año 1863 por Francisco Carrafa —pintor de cámara— y Francisco Mariscal —maestro vidriero—, peritos tasadores, al que siguen unos cuadros elaborados por la propia autora (anexo II) que resumen y clasifican los objetos y bienes tasados guardando el orden originario y, también, su valor monetario. Y el último se corresponde a la trascripción del Inventario de los muebles y efectos existentes en la casa de Agustín de Silva (1818), que resulta ser un texto de lo más sugerente pues se procede recorriendo las diferentes estancias del palacio. De forma que se nos proporcionan bastantes datos sobre la decoración de las salas y habitaciones palaciegas, constituyendo un vivo

retrato del interior y los modelos de aprovechamiento de los espacios domésticos nobiliarios hispanos.

El trabajo, como bien explicita la autora no se corresponde con una investigación de historia del arte, pues lo que se ha propuesto es realizar la valoración de ese conjunto de información y relacionarlo con su linaje, los recursos, gustos y el interés por el coleccionismo artístico de una de las estirpes más destacadas en el suelo peninsular desde la Edad Moderna. No obstante, llama la atención el esfuerzo realizado en la trascripción de la tasación, pues esta se presenta en versión crítica. Así se singulariza la serie pictórica, saliendo a la luz toda su riqueza y calidad pues figuran cuadros de Bartolomé Esteban Murillo, Andrea Vaccaro, Pedro Pablo Rubens, Antón van Dyck, Caludio Coello, Salvador Rosa, Antonio de Pereda y Salgado, Luis de Morales, Aníbal y Ludovico Carracci, José de Ribera, Giovanni B. Tiépolo, Francisco Zurbarán, Giovanni A. Canal o Canaletto, Joaquín Inza o Diego Rodríguez de Silva Velázquez.

Dicho esmero crítico, para este caso en los datos de las autorías de la pinacoteca, —ya advertido anteriormente— viene a ser un denominador común de toda la obra, aportando una constante rigurosidad de método. De hecho, y por citar un ejemplo, cada uno de los personajes mencionados sobre el texto está hábilmente engarzado en un completo árbol genealógico, al que acompañan todo tipo de datos cronológicos. Ello, además, presupone el aval prosopográfico del estudio, quedando plasmado en el desplegable de la genealogía de esta estirpe entre los años 1268 y 2006 que figura antes de los anexos.

Si bien, y a primera vista, parece que tantos datos pueden distraer la esencia de los objetivos propuestos, cabe afirmar que conforme se conoce el contenido y se profundiza sobre la temática se llega a la conclusión de que la autora domina todos los aspectos vinculados a la familia y su patrimonio, en todos los sentidos. Y así queda ratificado cuando se conoce más a fondo su trayectoria investigadora, centrada en el *Fondo Híjar* del Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, que fue cedido por la casa de Alba e Híjar al Gobierno de Aragón en el año 1989.

Sorprende, por otro lado, el partido que se saca a unas, aparentemente, sencillas tasaciones nobiliarias que podían haber acabado en el olvido o convertidas en un listado sin más de obras de reseñables pintores europeos. Por ello, no hay duda de que el tratamiento de los textos originales está avalado por unos objetivos bastante serios y ambiciosos dando lugar a una obra de referencia dentro de su género. Una obra que suscita, además, la inquietud por los estudios interdisciplinares o transversales, pues dados los resultados obtenidos se multiplican las cuestiones planteables acerca del contexto cultural del momento, otros ejemplos nobiliarios, el mercado artístico y las inversiones de este tipo de estirpes en este campo. Por tanto,

dentro de un panorama como el actual que prima actividades culturales ligadas a pinacotecas u otras colecciones artísticas públicas y privadas, se nos recuerda la necesidad de conocer el origen y características de esas colecciones, dejando de lado la mera impronta mediática.

En suma, esta obra saca a la palestra, a través de la pinacoteca de la casa de Híjar, que el coleccionismo nobiliario es el barómetro que refleja la formación y sensibilidad artística y cultural de una época, además de unos hábitos, un gusto o una intención por la posesión personal de objetos de valor. Todo ello, igualmente, está en relación con el prestigio social y la singular personalidad de unos individuos capaces de desarrollar y proyectar su propia capacidad de admiración, la satisfacción de sus gustos, el interés por las piezas exclusivas y la necesidad de corresponder a sus deleites artísticos.

Mª José Casaus Ballester es doctora en Historia por la Universidad de Valencia. Oriunda de La Puebla de Valverde en Teruel (1958), ha trabajado en diferentes archivos turolenses como el Archivo Municipal, el Archivo Histórico Provincial, el de la Excma. Diputación Provincial de Teruel y en el Archivo Municipal de Calanda. Su investigación viene centrándose en el *Fondo Híjar* del Archivo Histórico Provincial de Zaragoza. Asimismo ha colaborado en la publicación de diversos catálogos sobre archivos municipales turolenses, destacando otras obras y artículos sobre diferentes aspectos de este linaje, como *Archivo ducal de Híjar. Catálogo de los fondos del Antiguo Ducado de Híjar (1268-1919)*, Valencia, 1997; "La administración del Ducado de Híjar (siglos XV-XIX)", en *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 74, 1999, pp. 247-276; "Acumulación de posesiones y títulos nobiliarios de la casa de Híjar (Teruel) siglos XIII-XVIII", en *Anales de la Real Academia matritense de Heráldica y Genealogía. Homenaje a don Faustino Menénmdez Pidal*, vol. VIII/1, 2004, pp. 213-250 o "Bio-Bibliografía sobre la casa de Híjar", en *Boletín del Centro de Estudios Bajoaragoneses*, Alcañiz, 2005, pp. 107-123. En la actualidad está trabajando en el proyecto de identificación y descripción de documentos de casas nobiliarias catalanas del *Fondo Híjar*, por encargo de Arxiu Nacional de Catalunya. Además de que ha puesto en marcha junto con Víctor Manuel Guíu, a través del Centro de Estudios del Bajo Martín, el proyecto Archivo Ducal de Híjar- Archivo abierto con la intención de recuperar los fondos de dicha casa nobiliaria para dar a conocer al conjunto de la sociedad las posibilidades y recursos históricos que ofrece dicho fondo nobiliario.

Julia Pavón Benito
Universidad de Navarra

Agirreazkuenaga, J., Alonso, E., Gracia, J., Martínez, F. y Urquijo, M. (dirs.), *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia (1876-1939),* 3 vols. Eusko Legebiltzarra-Parlamento Vasco, Vitoria-Gasteiz 2007. ISBN: 84-87122-87-6.

Es un motivo de satisfacción general la publicación de un *Diccionario biográfico* con las semblanzas personales de los 317 diputados y senadores electos de la Vasconia de entresiglos (1876-1939). Puede decirse que, por definición, este tipo de obras son siempre valiosas, necesarias y útiles, y que

la presente, desde luego, no desmerece, sino todo lo contrario, la relevancia que se espera de ella.

Qué duda cabe que reconstruir la trama de vida de los tres centenares largos de personalidades que representaron en el Parlamento español a las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa, Álava y Navarra en los tiempos de la Restauración y la II República contribuye a mejorar notablemente nuestro bagaje de conocimientos sobre aquella etapa, pero quizá tan importante que el caudal de contenidos sea la mirada decisiva que el presente estudio aporta a la comprensión histórica del período, una mirada que observa y analiza los hechos desde la escala personal e individual. Los autores de la obra que ahora comentamos no dejan de subrayar ésta como su primera apuesta: el género biográfico supone una aportación sustantiva a nuestro modo de interpretar la realidad histórica, pues permite superar exclusivismos y paradigmas cerrados, y por el contrario, favorece un enfoque integral, que combina lo político, lo económico y lo social a la medida humana. Su diccionario de parlamentarios ha de entenderse, por ello, como una contribución tanto histórica como historiográficamente valiosa -y todavía poco transitada- a nuestra interpretación histórica del período contemplado.

Así pues, si el primer rasgo destacable es la revalorización del enfoque biográfico, el segundo es la oportunidad del estudio. La presente colección de biografías viene a completar, en este sentido, una obra anterior de 1993 sobre los Parlamentarios de Vasconia entre 1808 y 1876, lo cual nos va a permitir conocer a toda la elite política regional ante Madrid a lo largo de las experiencias del parlamentarismo liberal y republicano. Hay que decir, además, que el conjunto de ambas publicaciones constituye una contribución pionera en el panorama nacional, en el que todavía no se ha puesto en marcha un proyecto español de tal envergadura, si bien ya han comenzado a publicarse otras recopilaciones biográficas regionales (Galicia, Cantabria, Castilla-León, Cataluña), con diversa cronología. La publicación del presente Diccionario tampoco desconoce, desde luego, los principales referentes europeos y norteamericanos, y aspira él mismo a convertirse en una obra modélica entre las de su género.

Probablemente, haya varias claves que expliquen que nos encontremos ante un buen diccionario biográfico. En primer lugar, no está de más constatar que en él se cumplen los dos requisitos que los autores señalan como propios de un trabajo científico de esta naturaleza, a saber, haber sido elaborado a partir de información de primera mano, particularmente de documentación de archivo, y asimismo haber consignado en cada voz las fuentes utilizadas por el autor a fin de que el lector pueda contrastarlas.

También es digna de destacarse la amplísima y completa nómina de fuentes manejadas para la confección de los tres volúmenes de los que consta el presente diccionario. De hecho, puede decirse que los autores han

consultado todas las obras de referencia, bases de datos, enciclopedias, colecciones e índices biográficos que versan sobre el período estudiado. Además, como es preceptivo, a este rastreo sistemático y exhaustivo de fuentes bibliográficas han añadido la laboriosa recogida de datos de numerosos archivos públicos, cuya relación parece aconsejable enumerar de modo orientativo y dada la novedad que supone la consulta de algunos de ellos: Archivos del Congreso de los Diputados y del Senado, Archivo Histórico Nacional, Archivo General de la Administración, Archivo Central del Ministerio de Presidencia, y de los Ministerios de Asuntos Exteriores, Hacienda y Justicia, Archivo General Militar de Segovia, Archivo del Banco de España, Archivo General del Palacio Real, Archivo de la Guerra Civil de Salamanca, Archivos de las Reales Academias de Madrid, Archivos universitarios de Oñati (Valladolid), Deusto y Salamanca, Archivo General de la Adminstración Pública de la Comunidad Autónoma de Euskadi, Archivos Forales, Histórico Provinciales, y Municipales de las capitales de las cuatro provincias, y Archivos de fundaciones y partidos políticos. El corpus de biografías de parlamentarios se ha visto enriquecido, asimismo, con la información custodiada por los libros sacramentales de bautismo, defunción y matrimonio de varios Archivos eclesiáticos, en tanto que algunas voces, ya por último, han tenido la fortuna de poder ser completadas con la valiosa documentación contenida en varios archivos privados, como son los de las familias de Zavala, Condes de Motrico, Arrotegui, Rotaetxe, Amunategui y Chávarri.

Una tercera clave que permite caracterizar a éste como un buen diccionario biográfico estriba en el modo de concebir y presentar la vida de los personajes. Ha sido un objetivo claro y expreso por parte de los autores ofrecer un cuadro vital amplio y complejo de cada uno de los biografiados, a fin de hacer posible un análisis de la interacción existente entre los decisivos ámbitos de la familia, la formación socio-cultural, y la base material y patrimonial, con el de la adscripción política y la actividad pública en cada caso. Dicho con otras palabras, tras los relatos de vida hay una ambición de historia integral que reconoce el peso y la interconexión de todos los círculos en los que se desenvuelve cada político estudiado, y que persigue asimismo un trazo más fino del propio contexto de aquel tiempo histórico. A su vez, y dentro de esa visión de conjunto, los autores han primado, como resulta obvio, la faceta política parlamentaria de los biografiados, con especial hincapié en su actividad e intervenciones en el Congreso y en el Senado, lo cual, sin embargo, no les ha hecho descuidar en ningún caso el protagonismo político de aquellos próceres en su localidad y provincia, conscientes de la estrecha interdependencia entre lo nacional y lo local. La presentación final de cada biografía, por lo tanto, aporta un relato vital relativamente completo, y denso en lo que se refiere al aspecto político de los parlamentarios

analizados, que en la mayoría de los casos se rubrica además con el añadido siempre atractivo de una imagen o fotografía del personaje y de su firma.

No ha de pasarse por alto en esta enumeración de aciertos la impecable presentación formal del trabajo, la claridad de su estructura, y la gran utilidad de todos sus listados (de parlamentarios, de municipios, de fuentes), cuadros e índices (onomástico y toponímico), que lo convierten en un instrumento versátil tanto para la consulta como para la investigación.

Desde luego, esta ambición en los planteamientos y el rigor en los resultados no hubieran sido posibles sin un buen plantel de autores. Hay que ser historiador de la contemporaneidad, conocedor de la naturaleza y la evolución de la vida política del liberalismo español, para hacer una lectura correcta e inteligente de la abigarrada información que contienen las fuentes, y para construir un relato coherente en el que queden anudadas con sentido las distintas realidades que conforman la vida de cada personaje. El lector tendrá ocasión de comprobar que esto es así, y que el logrado esfuerzo apreciable en las páginas del presente diccionario y en las del que le precedió, avalan la idoneidad del equipo investigador, integrado por una docena de historiadores, entre catedráticos, profesores titulares, doctores y doctorandos, ligados al Departamento de Historia Contemporánea de la UPV-EHU.

Entiendo que todo lo dicho hasta el momento confirma la inicial caracterización del presente "Diccionario biográfico de los Parlamentarios de Vasconia (1876-1939)" como una obra necesaria, útil y valiosa. Por ello mismo, quizá a muchos a quienes interesa, y hasta apasiona, aquel tiempo histórico y asimismo el ámbito de lo político, el espléndido trabajo del diccionario les "abrirá el apetito" intelectual de trascender de la biografía individual a la prosopografía o biografía colectiva, en la creencia de que es en el análisis de conjunto de una élite política donde terminan de aquilatarse las trayectorias particulares, y donde igualmente se descubren las redes de relaciones sociales de la más diversa índole que acaban constituyendo los auténticos fundamentos del origen del poder político. Pero, qué duda cabe, que una aproximación al análisis de la naturaleza de la vida política y aun de la sociedad vasca de entresiglos es ya una segunda empresa de envergadura, imposible de acometer si previamente no se dispone de un buen corpus de biografías de sus clases rectoras. Que el que aquí se reseña sea magnífico puede ser el mejor punto de partida.

María del Mar Larraza Micheltorena
Universidad de Navarra

Menéndez Alzamora, Manuel, *La Generación del 14. Una aventura intelectual,* Madrid, Siglo XXI, 2006. 509 pp. Ilustraciones. ISBN: 8432312436.

Introducción. Los intelectuales de la Edad de Plata de la cultura española, p. 1. PRIMERA PARTE: DEL 98 AL 14. NEXO Y DIÁLOGO ENTRE DOS GENERACIONES CULTURALES Y POLÍTICAS. 1. El Regeneracionismo de Joaquín Costa, p. 15. 2. Unamuno, precursor desde el 98 de una nueva manera de contemplar el "problema de España", p. 33. SEGUNDA PARTE: EL PROTAGONISTA. JOSÉ ORTEGA Y GASSET, VÉRTICE AGLUTINADOR DE UNA GENERACIÓN. 3. El joven Ortega político. Pedagogía y Europeísmo en los contornos del idealismo neokantiano, p. 61. 4. El giro orteguiano de la razón ideal a la razón vital y sus consecuencias políticas, p. 77. TERCERA PARTE: LOS INSTRUMENTOS DE INTERVENCIÓN PÚBLICA DE UNA GENERACIÓN. 5. *Faro* (1908-1909): Una nueva revista para una "nueva juventud intelectual", p. 99. 6. Hacia la primera identidad generacional: Neorregeneracionismo y Cultura en la revista *Europa* (1910), p. 137. 7. El intelectual y sus voces: el grupo Joven España (1910-1911), p. 161. 8. Los intelectuales y el republicanismo posibilista (1912-1913), p. 189. 8. "Vieja y Nueva Política" (1914), p. 231. 10. La identidad escrita de la Generación del 14. El semanario *España* bajo la dirección de Ortega (1915), p. 263. Un Balance, algunas perspectivas (A modo de Epílogo), p. 343. Notas, p. 351. Cronología (1905-1915), p. 421. Bibliografía comentada, p. 481. Fuentes de las ilustraciones, p. 496. Índice onomástico, p. 497.

En la España del primer tercio del siglo XX no todo fue decadencia. A pesar del lastimoso espíritu que cundió tras el trágico cierre del siglo XIX en una España derrotada y derrotista, el viejo solar ibérico supo proporcionar a la historia universal de las artes un nada desdeñable elenco de personalidades que brillaron con luz propia, con fulgor argénteo. Sumergidos en un contexto crítico, y azuzados por la dramática contemplación del retraso económico, político, social y cultural de un país que se resistía a marchar por la modernidad de la mano de las corrientes europeas, no fueron capaces de reconocer la propia especificidad que significaron, no siendo conscientes de la grandeza que su legado iba a suponer en nuestra historia cultural. No podía ser de otro modo: la vanagloria y la autocomplacencia nunca fueron buenas musas para los aedos, sino más bien el dolor y la amargura, fuente de inspiración de las más profundas y exquisitas realizaciones. Todas las ramas de la cultura contaron con significados exponentes: Ramón y Cajal, Picasso, Gaudí, Buñuel o Manuel de Falla, pero sobre todo destaca en esta Edad de Plata española la plétora de hombres de letras, cuya prolijidad ha hecho necesaria su clasificación por generaciones.

Toda etiqueta es en parte reduccionista, de modo que la categorización en generaciones contará con no pocos detractores que le acusarán de ser un arcaísmo decimonónico inútil para el mundo globalizado actual. Sin embargo Manuel Menéndez Alzamora en su monografía *La generación del 14. Una aventura intelectual,* defiende la idea de generación "como empresa de coincidencias": no se trata sólo de una proximidad etaria, ni siquiera de una similitud de estilo existencial. La verdadera argamasa que configura la

identidad de una generación la constituye una sensibilidad propia ante la realidad, y desde luego, una misma conciencia: conciencia de pertenencia a una comunidad, y conciencia sobre la misión que su particular contexto histórico les impone. Así pues, cómo no tratarlos por generaciones cuando ellos mismos lo hacían, como queda patente en muchos de sus escritos y de sus polémicas, en las que aplaudían o criticaban la diferente actitud que les separaba de sus predecesores.

Las evidentes continuidades entre ambas generaciones dan pábulo a la crítica de la distinción generacional, sin embargo, la generación del 14 introducirá rasgos peculiares que hacen lícita la diferenciación. Inevitablemente recogerán el testigo de los noventayochistas, después de todo siguen participando del mismo clima existencial. La generación del 98 sufrió la dicotomía espiritual entre el idealismo y el positivismo, se dolieron de la crisis general de las conciencias que asoló a toda Europa, participando de la crisis de la Modernidad. Y a ello se sumaba el implacable y lacerante dolor por el problema de España, irresoluto aún en los años de la Gran Guerra. Pero la generación del 14 avanzó un paso en la confrontación del problema, convirtiéndolo en un reto. La necesaria tarea de destrucción ya había sido hecha, el diagnóstico de la enfermedad de la nación que hicieron los noventayochistas fue reconocido como acertado por los jóvenes intelectuales que tomaban el relevo, pero a ellos les correspondía ahora emprender la labor constructiva: ésa era su misión generacional. Así, se superaba el patetismo romántico que había abrumado a los hombres del 98, esa zozobra emotiva que a ojos de sus sucesores los convertía, por encima de cualquier otra consideración, en literatos, por más que hubieran sido los primeros en autoproclamarse como intelectuales, en el sentido que en la Europa post-Dreyfus el término estaba adquiriendo.

Que la misión fuese emprendida con renovado optimismo no quiere decir que previamente todo fuera apatía, el regeneracionismo clamado por Costa y secundado por sus coetáneos dan muestra de esa voluntad de actuación para sanar a España. Pero el alma romántica, impulsiva e impaciente, solía caer en desánimo sin no veía cumplidas sus utopías, refugiándose en la ensoñación. Frente a ello, se hacía necesario aplicar un metódico programa de acción, diseñado desde un conocimiento mucho más profundo y científico del problema. Este avance hacia un neorregeneracionismo de nuevo cuño tendrá un artífice incuestionable en Ortega y Gasset, eje aglutinador de la generación del 14 y por tanto, protagonista último de la obra reseñada. El libro dispone cronológicamente el seguimiento de esta evolución intelectual a través de los textos cuyos matices hacen posibles los distingos entre generaciones. De este modo, a una primera parte centrada en el análisis de esa herencia regeneracionista y noventayochista, con gran atención dedicada a Costa y a Unamuno, le sigue una segunda dedicada a la

figura cenital de Ortega y su tránsito desde el neokantismo idealista de juventud a la fenomenología. Las consecuencias políticas derivadas de ese giro serán tratadas con detenimiento en la tercera parte.

Porque España estaba enferma, pero a diferencia del regeneracionismo costista, que radicaba el problema en lo que para Ortega es la "España oficial", buscando solucionarlo a través de las oportunas reformas políticas o administrativas, el nuevo diagnóstico orteguiano recogido en *Vieja y Nueva política*, de 1914, consideraba que el problema residía en que esa España oficial corrupta había contagiado al resto de la sociedad, a la "España vital". La sanación, entonces, requería despertar la vitalidad de esa sustancia nacional, y eso sólo era posible a través de la cultura y de la educación de la ciudadanía. El notable componente político será otro de los rasgos que caracterice a la nueva generación, ya que la política era para Ortega el lugar desde el cual conseguir esa pedagogía social. Bajo el idealismo neokantiano Ortega había defendido una política metódica, inspirada por los conocimientos de la ciencia y de la técnica. El giro fenomenológico tenderá al pragmatismo, derivando en una política realista, basada en las necesidades y posibilidades reales. Pero sobre todo la política era entendida en clave civilista: era necesario educar ciudadanos. Y esa no era labor de políticos, cuyo fin último es meramente utilitarista, esto es, conseguir y mantener el poder. Eran los intelectuales, especie de profesionales de la inteligencia, los que de una forma desinteresada debían orientar esa labor pedagógica.

Aquí reside la concepción que Ortega tenía sobre el papel que les correspondía como intelectuales: debían influir sobre la opinión pública, despertar a la España vital, realizar la pedagogía social. A las tentativas en que se materializó esta empresa dedica Menéndez Alzamora una extensa tercera parte de su libro. Así, analiza la aparición y contenidos de los proyectos periodísticos que emprendieron los jóvenes del 14, que se sirvieron de la creciente pujanza de la prensa escrita como eficaz vehículo de intervención pedagógica. La evolución intelectual de esta generación es seguida a través de las páginas de las revistas *Faro* (1909), *Europa* (1910) y del semanario *España* bajo dirección de Ortega (1915). El nexo entre política y pedagogía también es rastreado a través del análisis de los proyectos políticos en que participaron, como "Joven España" (1910-1911) o la "Liga de Educación Política" (1914), y del posicionamiento de la generación ante el socialismo, el lerrouxismo o el republicanismo reformista. La atención no se agota en Ortega, sino que dará buena cuenta de la nómina novecentista a través de sus postulados y polémicas, como la desatada en torno a la neutralidad de España en la Gran Guerra.

Hablábamos del carácter de literatos de la nómina del 98, de cuya apelación romántica a las emociones a través del lirismo en prosa y verso la Historia de la Literatura ha dado buena cuenta. Sin embargo la del 14 es una

generación reflexiva, que busca influir no ya en los sentimientos sino en la razón, con la ciencia como aval y el ensayo como vehículo de expresión. Quizás este carácter más puramente intelectual y político es lo que ha hecho que mientras que nombres como Baroja, Unamuno o García Lorca sean ampliamente conocidos, no sean demasiados los que identificarían tan fácilmente a Araquistáin o Pérez de Ayala. Un vacío sigue cerniéndose sobre los representantes de la generación del 14, considerada por Menéndez Alzamora como la "generación desconocida", que no perdida, ya que aunque no del todo reconocido, su legado estuvo presente durante el advenimiento de lo que ellos tanto ansiaron, una democracia de ciudadanos. Quizás tengamos que esperar unos años hasta que la fiebre conmemorativa recupere la significación de estos maestros, como ya ocurriera en 1998 ante el centenario de los noventayochistas. En aquella ocasión, la labor historiográfica no se detuvo en la simple rememoración, sino que trabajó sobre problemáticas conceptuales que en absoluto fueron agotadas. El debate sobre la validez de la parcelación generacional, o la confrontación de pareceres sobre las características e incluso la existencia actual de la figura del intelectual, aceptarán gustosos las reformulaciones que el año 2014 favorezca con motivo del centenario de la generación novecentista.

Manuel Menéndez Alzamora es Profesor titular de Teoría Política y Pensamiento Político Contemporáneo en la Universidad CEU Cardenal Herrera de Valencia. Es autor del capítulo dedicado a la Generación del 14 en la *Historia de la Teoría Política* dirigida por Fernando Vallespín (1995). También es coautor de diferentes libros dedicados al pensamiento político y a la teoría política, entre los que destacan: *Política de la vitalidad* (1996), *Política y sociedad en José Ortega y Gasset: En torno a "Vieja y nueva política"* (1997) y *Pluralismo* (2004).

Katixa Bea Garbisu
Universidad de Navarra

Canal, Jordi, *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2006. 355 pp. ISBN: 8496467341. 24€

Prefacio, p. 11. Cap. I. La contrarrevolución en movimiento, p. 19; Cap. II. El exilio de 1876, p. 47; Cap. III. De muertes y resurrecciones, p. 77; Cap. IV. Espacio propio, espacio público, p. 97; Cap. V. Los viajes del marqués de Cerralbo, p. 119; Cap. VI. Llauder o el sacerdocio de la causa, p. 159; Cap. VII. En busca del precedente perdido, p. 199; Cap. VIII. La gran familia, p. 237; Cap. IX. Festejando el martirio, p. 275; Cap. X. Las campañas antisectarias de Juan Tusquets, p. 293; Cap. XI. "Como siempre en pie frente a la revolución", p. 323. Índice onomástico, p. 349.

Cuando, a comienzos de los años cincuenta del siglo XX, el recientemente fallecido René Rémond planteaba la posibilidad de revitalizar la historia política, no trataba tanto de resucitar el cadaver del positivismo, la

escuela metódica o la temática político-diplomático-militar, ni siquiera la tradición narrativa nacionalista y justificadora de los grandes autores del romanticismo historiográfico decimonónico, como de atender a un conjunto de aspectos del pasado sobre los que pesaba un contundente ostracismo. La historia, pese a que numéricamente siguiera dominada por muchos de esos viejos modelos, había arrinconado en el desván de la disciplina la totalidad de los métodos y de los relatos en los que no primase una visión inspirada por la sociología y respaldada por una noción de ciencia; y además, impuso un voluntario olvido sobre todo cuanto representase el humo de la historia, como lo definiera Braudel; aquello que tras el primer resplandor, se deshacía en el aire. Rémond y sus seguidores reivindicaron la centralidad de lo político, pero tamizado por una voluntad de ciencia y de renovación. A este despertar paulatino de la proscrita historia política se le sumaría el impulso que desde finales de los años setenta supuso la antropología. En definitiva, resurgía en los ochenta la que ya se llamaba una "nueva historia política", pese a que los lazos con la "vieja" historia política fuesen escasos en lo temático e inexistentes en lo metodológico. En este renacimiento o, mejor, reinstauración de lo político, cabría destacar como rasgo fundamental la atención a la multitud de componentes que enriquecen un fenómeno complejo y fundamentalmente contemporáneo. El estudio de las culturas políticas se convirtió, a partir de lo realizado en la politología desde los años cincuenta –y también convenientemente matizado– en un elemento clave. Dentro de ello se fue incluyendo lo relativo a identidades, militancia, sociabilidad... elementos todos que trataban de ofrecer una imagen más rica y perfilada de la política. Un buen ejemplo de todo ello fue el renacimiento de la biografía, como síntoma de la recuperación de un individuo que, más allá de ofrecer el modelo acabado del político, se integraba en su espacio y su tiempo y servía como plataforma para comprender mejor el alcance de lo político.

En esta línea cabe incluir el libro de Jordi Canal: "Los elementos culturales resultan básicos para entender la evolución del carlismo, como lo son, asimismo, para hacer comprensible la del resto de las culturas políticas españolas. El estudio de la cultura debe contribuir a una reinterpretación más global y más compleja de todos estos fenómenos. Solamente de esta manera se hará posible una mayor comprensión y un más adecuado encuadramiento del carlismo en la historia de la España contemporánea. Unos objetivos que, en estos momentos, debemos considerar todavía como insuficientemente alcanzados" (p. 273). Diagnóstico certero al que él trata de hacer frente cuando pone de manifiesto los dos ejes de este libro: "Se interesa por la política y por lo político, integrando tanto las ideas como las prácticas, las realidades y los imaginarios, los aspectos sociales y los culturales. Lo cultural, en particular, adquiere un papel fundamental. Existe, en segundo lugar, una clara voluntad de aproximarse a los verdaderos protagonistas de la

historia, esto es, los individuos" (p. 12). Más gráfica aún me parece una frase que, líneas más abajo, afirma: "En estas líneas no encontrará *la* historia política del carlismo entre 1876 y 1939, sino *una* historia política del carlismo en esta etapa" (p. 12). No existe voluntad de cerrar el tema, sino de proponer una mirada sobre él, una mirada que no se agote en sí misma, sino que proporcione elementos para percibir la complejidad del fenómeno. De hecho, este libro está compuesto por trabajos previos pero, como señalaban Anacleto Pons y Justo Serna en su libro *La historia cultural*, son trabajos siempre nuevos, porque en ellos se introduce el debate y el comentario, el aporte de la experiencia, la suma de perspectivas siempre renovadas, con lo que nunca estamos ante el mismo trabajo. Es un libro que parte de un trabajo previo, pero que es nuevo y, sobre todo, coherente, porque aporta una visión que pese a la suma de fragmentos, proporciona argumentos de conjunto, hace inteligible el carlismo de ese período desde una perspectiva política amplia, en la que entran los líderes, como Don Carlos o el marqués de Cerralbo, pero junto a ellos forman parte las masas, sus sentimientos, los motivos que les impulsan a la fidelidad o las formas de transmitir ésta, como la familia o los círculos, las excursiones propagandísticas o la literatura de combate, las fiestas conmemorativas o la preparación militar. Se recoge la ideología, pero también su vivencia, la sempiterna traición y la lealtad insobornable, conviviendo todo ello al hilo de los avatares de personas concretas, dirigentes o dirigidos, en el teatro de medio siglo turbulento.

En definitiva, esta forma de abordar la historia política trasciende con mucho los viejos modelos de narración teleológica, modelo de virtudes para quienes impulsaban una forma concreta de historia ideologizada; rehuye de esquemas dicotómicos, rechaza por ejemplo la contraposición radical entre modernización y contrarrevolución, pues ésta "no es inmóvil, sino que evoluciona y se transforma" (p. 19). Buena muestra de ello es el primero de los capítulos, en el que se analiza el paso desde opciones violentas, hasta 1876 o 1900 incluso, hacia el planteamiento del combate político y propagandístico en la calle más que en el parlamento o las instituciones. Soterrada o manifiesta, la violencia era una parte consustancial de un carlismo que buscaba el imposible de implantar su modelo en una sociedad que le volvía la espalda de manera creciente. Sin embargo, consiguió sobrevivir en cada ocasión, aferrándose a cuantas reformas parciales, a cuantas modernizaciones le resultasen útiles sin perder por ello lo que consideraban esencial y regresando, en cuantas ocasiones juzgasen propicias, a la violencia, "siempre en pie frente a la revolución". Aquí también podría insertarse la constante retórica de la traición, dado que las adaptaciones se cobraron un precio considerable, como las escisiones que, a partir de 1888 iban a sacudir el carlismo. De hecho, en las razones que proporciona el prof. Canal para entender el cisma integrista (personalismos, auge de la intransigencia en Europa, actitud

del carlismo ante el catolicismo y reacciones frente a la modernización del partido, p. 95) podemos ver algunos de los rasgos que van a caracterizar la lucha por la supervivencia en el seno de un movimiento que, como señala el propio autor, nunca se mantuvo inmutable, sino que cambió para seguir activo y mantener su oposición frente a un mundo que no era el suyo.

En esto radica la aparente paradoja de un sector de la sociedad española al que tópicamente se le atribuyen rasgos inmovilistas, de fosilización ideológica, pero que sin embargo manifestó cierta plasticidad y una considerable capacidad de adaptación a las circunstancias que difícilmente cuadran con el tópico al uso. Buen ejemplo de ello son los capítulos en los que se muestra la modernización de las sociabilidades políticas carlistas y, a su vez, la convivencia con modelos tradicionales sólo que actualizados. Tampoco significa esto que los tradicionalistas marcasen pautas en la innovación política e ideológica, pero es evidente que incluso ellos, pese a los tópicos, desarrollaron pautas de renovación, especialmente centradas en actitudes y estrategias y en la creación de una estructura. De ahí surgieron los círculos y las juventudes, los viajes de propaganda del marqués de Cerralbo y otros, la difusión de imágenes y símbolos a través de carteles, publicaciones, láminas, etiquetas en productos diversos, tarjetas, postales, etc.

Otro de los elementos destacables de este libro es la atención que presta al protagonismo catalán en el carlismo. También es un tópico arraigado la asociación, con cierta pretensión de exclusividad, entre este movimiento y las provincias vascas y Navarra. Sin embargo, como demuestra en diversos momentos, el carlismo catalán se mantuvo en vanguardia de muchas de las manifestaciones modernizadoras, como la extensión de los círculos, la fundamentación ideológica, el auge propagandístico y periodístico, o el enfrentamiento al nacionalismo emergente y claramente competidor. De hecho, a este último aspecto dedica un capítulo con pretensión desmitificadora: "Desde el nacionalismo catalán se han formulado y asentado algunas tesis que, como mínimo, resultan muy discutibles desde un punto de vista histórico. Entre estas sobresale la idea de que el carlismo fue una suerte de pre-catalanismo o de precedente del nacionalismo catalán, y que, en consecuencia, los carlistas catalanes evolucionaron desde el último cuarto del siglo XIX, de forma natural, lógica y necesaria, hacia el catalanismo" (p. 199). Al igual que se ha dicho desde algunos sectores del nacionalismo vasco, el carlismo supondría el paso previo necesario para la aparición del PNV, o incluso de los sectores más radicales en el siglo XX. Y sin embargo Jordi Canal muestra cómo el examen del pasado proporciona argumentos para cuestionar una asociación automática, en primer lugar por la variedad y complejidad de la evolución –si se producía– desde el carlismo a los regionalismos y nacionalismos; en segundo lugar por las divergencias en el seno de los regionalismos y, por último, por la poca utilidad de pensar en las opciones

políticas como compartimentos estancos (pp. 218-9). Lo natural a fines del siglo XIX fue la lucha entre carlistas y nacionalistas, pues ambos sectores competían por un público similar, como resulta patente en las polémicas protagonizadas por la revista *Lo Mestre Titas*.

No estamos, como señalaba el propio autor, ante una historia del carlismo –y no hay que pedirle tal–, sino ante un acercamiento a algunos de los rasgos más significativos del mismo, a un intento de comprender lo que significó entre 1876 y 1939. Este afan de comprensión resalta por encima de los tópicos y los lugares comunes que han caracterizado el examen de un fenómeno que marcó la historia de España durante una parte importante de su contemporaneidad. Libros como el presente contribuyen a situar en su lugar uno de esos aspectos que hicieron de la península ibérica el último reducto de lo exótico en una Europa que perdía particularidades para hacerse cada vez más homogénea. Sea bienvenido, por tanto, y esperemos que tenga continuidad.

Jordi Canal, es profesor en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Dedicado desde sus inicios como investigador a la historia del carlismo, ha publicado varias monografías al respecto como *El carlisme català dins l'Espanya de la Restauració. Un assaig de modernització política (1888-1900)* (Vic, 1998); y *El carlismo, dos siglos de contrarrevolución en España* (Madrid, 2000). Con J. Aróstegui y E. González Calleja ha editado *El carlismo y las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas* (Madrid, 2003).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Peloille, Manuelle, *Fascismo en Ciernes: España 1922-1930. Textos recuperados*, Ed. José-Carlos Mainer, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 2006, 175 pp. ISBN: 2858168253.

Prólogo José Carlos Mainer, p.7; 1. CLAVES DE LECTURA; Directrices, p.11; I. Entremés semántico: recorrido por la prensa de los años veinte; Bolchevismo, p.15; Cirujano de hierro, p.17; Democracia, p.21; Ejemplo ("el ejemplo italiano"), p.23; Fascismo, p.27; Liberalismo, p.28; Parlamentarismo, p.31; Reacción, p.32; Revolución, p.34; II. Octubre 1922 – Septiembre 1923: La seducción compartida, p.37; III. El lento despertar de los liberales, p.47; IV. Las bases de una forma española de fascismo (1923-1930), p.63; Colofón, p.73; 2. SELECCIÓN DE TEXTOS, p.75; Lista de textos por nombre de autor, p.158; Los periódicos, p.160; Fuentes primarias, p.163; Fuentes secundarias: bibliografía selecta, p.166; Biografías breves de los autores, p.167; Índice de nombres, p.172.

El siglo XX ha sido el siglo de las tentaciones totalitarias, sin embargo el mismo concepto de totalitarismo y más concretamente, el de fascismo, ha sido, desde su origen, objeto de controversia.

Actualmente parece comúnmente aceptado que sovietismo y fascismo son ambos regímenes totalitarios, sin embargo ¿por qué el fascismo provocó

desde sus inicios más atracción que temor, al revés que el bolchevismo soviético?. A simple vista parecen ideologías opuestas, apareciendo el sovietismo como un movimiento internacionalizado, que atenta contra la propiedad privada y defiende la dictadura del proletariado. Sin embargo el fascismo se presenta como esencialmente nacional, revolucionario desde arriba y mantiene la fusión del pueblo con el concepto de nación, desechando las luchas sociales. Intentando fundir las reivindicaciones sociales del comunismo con el nacionalismo más occidental, el fascismo pretendía presentarse como la solución final y más innovadora.

Sin embargo, el paso de los años y el desarrollo de la experiencia italiana descubrirían el peso de la realidad tras la utopía: la crudeza de un golpe de estado, aún amparado o tolerado por Víctor Manuel III, la represión de la oposición ideológica, el dominio de las milicias en todos los aspectos de la vida y el afán imperialista, amenaza para el orden europeo. A pesar de todo, el fascismo sigue viéndose hasta el último momento como menos temible y más manejable que el comunismo. La teoría de la araña venenosa, el internacionalismo agitador que levanta a las masas contra el poder establecido y la declarada dictadura de esta masa revolucionaria, traen demasiados recuerdos de la Revolución Francesa y el final de las monarquías absolutistas.

Estas dudas y reacciones cobraron especial importancia en una España en crisis, dolida aún del desastre del 98 y consciente de su retraso político y cultural. La idea del "cirujano de hierro", como bien nos demuestra Manuelle Peloille estaba presente en un amplio sector de la intelectualidad española. En semejante situación los inicios del sistema fascista italiano se vieron como una puerta a la esperanza y al desarrollo español. Esta recepción del fenómeno fascista es lo que Manuelle Peloille nos presenta en este nuevo libro.

En él, la hispanista francesa, hace tiempo especializada en el estudio del fascismo, nos presenta una serie de textos recuperados de la prensa de los años 20 que nos acerca a la comprensión de este fenómeno de atracción, e incluso ceguera, que llegó a producir en España el ascenso de Mussolini al poder.

Concebido como un instrumento de estudio más que como un conjunto de conclusiones, *Fascismo en ciernes* nos presenta una serie de textos que revelan la acogida que tuvo el experimento fascista italiano en la España de los años 20. La autora, no pretende tan solo constatar con tales textos la evolución de la atracción fascista en la prensa española, sino ampliar la recuperación de una serie de discursos de principios de siglo, que ayuden a entender como vivió España la tentación fascista, acercándonos aún más a la comprensión del fascismo en sí mismo y del totalitarismo en general.

Estructurado entorno a la idea de libro-fuente, la autora nos ofrece en primer lugar unas claves de lectura para el estudio de los textos. Por medio

de un conciso recorrido de la prensa más destacada de los años 20: *El Heraldo de Madrid, La Libertad, El Sol* o *El Debate*, y el análisis de los conceptos necesarios para la valoración del fenómeno fascista, Peloille nos acerca a la evolución de la tentación totalitaria en España. Esa reflexión conceptual nos obliga a plantearnos la vigencia de las dudas e inquietudes que han marcado el desarrollo del siglo XX.

A continuación, la autora nos presenta el desarrollo de la recepción del fascismo en España a través de los grupos intelectualmente más pujantes y agrupados entorno a los periódicos más importantes del momento. De este modo nos va trazando el paso desde la seducción inicial y compartida, hasta el comienzo del despertar de los liberales, llegando al asentamiento de las bases de una nueva forma de fascismo: el caso español.

Así, la tentación fascista se nos presenta como debió serlo en su momento: la seducción de una solución nueva, revolucionaria y casi mesiánica, basada en el poder del "cirujano de hierro", el héroe salvador. Cegados por la posibilidad de que Primo de Rivera se convirtiera en el cirujano esperado que resolviera los problemas y dejase recuperarse al enfermo por sí solo. Sin embargo, conforme el fascismo fue desenmascarándose, deshaciéndose del disfraz de la falsa constitucionalidad, los liberales españoles comenzaron a ser conscientes de esa otra cara del fascismo. Aunque hubiera casos como Rafael Sánchez Mazas siempre esperanzado por la gloria del fascismo, o intelectuales siempre opuestos como José Plá.

Un análisis realmente interesante que nos hace comprensible el auge y despertar a la tentación fascista, en una democracia en crisis como la española. No en vano se ha escrito que el fascismo fue la respuesta a la crisis de las potencias europeas más débiles. En España, a pesar de ello, el fascismo no llegó a instaurarse con la dictadura de Primo de Rivera, que permaneció fiel a la tradición del caudillaje decimonónico, ni dio lugar a ningún importante partido fascista que como años más tarde en Alemania, lograra conquistar el poder. A pesar de la crisis, España no había llegado aún a los límites de su política, harían falta algunos años para que un grupo más o menos homogéneo decidiera emular a Italia y Alemania.

Tras este estudio, los textos recuperados por la autora son una herramienta mucho más útil para acercarnos a la comprensión del posterior fascismo español. Estos, acompañados de las microbiografías de autores y periódicos al final del libro, preparan al lector para extraer de ellos su mayor riqueza.

En cuanto a la pregunta de por qué el fascismo español no se desarrolló ya en los años 20, en un momento aparentemente propicio, en el que contaba con un potencial Mussolini español, podría ser contestada en una futura obra para la que desde luego, los textos recuperados por Manuelle Peloille, otorgarían algunas de las claves necesarias para entender la cuestión.

Manuelle Peloille es maître de conferences en la Universidad de París X, Nanterre. Desarrolla su investigación en el Centre de Recherches Ibériques et Ibéro-Americaines (CRIIA) de la misma universidad. Defendió su tesis doctoral en 2001 (*La représentation du fascisme italien dans la presse espagnole*).

Mercedes Peñalba Sotorrío
Universidad de Navarra

Penella, Manuel, *La falange teórica*. 1. ed, *España Escrita ; 5*., Barcelona, Planeta, 2006, 465 pp., ISBN: 8408066781.

Prólogo, p.13; Capítulo 1. La recepción del fascismo en España, p.17; Capítulo 2. La tentación fascista en su contexto histórico, p.51; Capítulo 3. José Antonio funda Falange Española, p.83; Capítulo 4. La derecha se hace con el poder a medias, p.119; Capítulo 5. Falange Española de las JONS, un antipartido de acción directa, p.159; Capítulo 6. Con la derecha o contra ella, según la ocasión, p.193; Capítulo 7. La Falange se va quedando sola, p.237; Capítulo 8. José Antonio se radicaliza, p.265; Capítulo 9. Contra el "frente asiático", p.297; Capítulo 10. Tiempos de guerra, p.345; Capítulo 11. Hacia un simulacro fascista, p.377; Capítulo 12. Rescoldos del sueño falangista, p.413; Notas, p.433; Bibliografía, 447; Índice onomástico, p.459.

Mucho se ha escrito sobre los orígenes del que fuera el partido único del régimen de Franco. Su inicios, sus actuaciones, su carácter violento, su ideología y especialmente la figura de su fundador, han sido objeto de numerosos trabajos de investigación. Sin embargo, desde la publicación de *Falange, a History of Spanish Fascism* por Stanley Payne en 1961, la historiografía ha continuado ocupándose del tema hasta hoy.

Uno de esos últimos trabajos es el que aquí nos ocupa. Publicado en 2006, el libro de Manuel Penella retoma el estudio de Falange Española desde una nueva perspectiva: la supervivencia de la Falange Teórica a lo largo del régimen franquista.

Este historiador, a quien debemos la organización y clasificación del archivo personal de Dionisio Ridruejo, de quien fue secretario desde 1971, ha prestado su pluma a la colección España Escrita, para acercarnos de nuevo al desarrollo del sueño falangista desde sus inicios hasta su despertar. Y digo sueño, puesto que mirando hacia atrás, hoy resulta evidente que las posibilidades de actualización del programa falangista estaban sujetas a la misma virtualidad de un espejismo.

En un recorrido más sintético que erudito, Penella recorre la historia falangista en busca de esa Falange Teórica de la que tanto hablara Ridruejo. Los restos de una Falange originaria ideal, portadora de unos planteamientos teóricos que no podían ser remodelados por el franquismo.

Dado el truncado desarrollo intelectual de su fundador, el objetivo de este libro viene a ser bastante complejo. Por eso mismo, tampoco el lector ha

de dejarse llevar a confusión, puesto que esta obra no es un estudio ideológico, sino un estudio de acciones y hechos, pues las acciones son lo que define y constituye por naturaleza todo movimiento fascista.

Siguiendo esta pauta de estudio, Penella estructura su obra cronológicamente, desde el momento de recepción del fascismo en España, hasta la última pervivencia de los rescoldos de la Falange Teórica, que desaparecerían al abandonar Fraga la presidencia del Partido Popular. A través de dicho recorrido, el autor nos muestra la pervivencia de esa Falange esencial a través de los hombres que se esforzaron por mantenerla viva. Así, el estudio comienza centrándose primordialmente en José Antonio Primo de Rivera, para tras su muerte, perseguir la estela del falangismo esencial en Manuel Hedilla y Dionisio Ridruejo. Tras la guerra, pocos son los falangistas en los que Penella llega a descubrir algún rastro de la Falange Teórica: Agustín Muñoz Grandes, Gerardo Salvador Merino o José Antonio Girón. Este marco de personajes, pone en evidencia la ambigüedad a que estaba sujeto el pensamiento de José Antonio y por consiguiente el programa falangista. Por ello, pocos son los que tras sobrevivir al conflicto civil, pueden explicar realmente en qué consistía la Falange de José Antonio. Al igual que todo partido fascista, el falangismo no había logrado sobrevivir a su fundador.

Narrativamente, este trabajo logra llevar al lector a través de la historia falangista, proporcionándole las pinceladas necesarias para entender claramente la época y los hechos, sin caer en una enumeración erudita de datos y fechas. Hasta 1936 el relato es bastante detallado, amplio en análisis y en perspectiva, sin embargo, tras la guerra y al igual que los restos de la Falange Teórica, los detalles desaparecen y el relato se vuelve mucho más sintético y menos exhaustivo.

Al plantearlo más como un ensayo que como una obra propiamente histórica, como corresponde a los objetivos de esta colección, el autor ha logrado contemporizar bastante bien el contexto europeo con la situación española. Podríamos destacar también el análisis más bien psicológico de temores y actitudes suscitadas por las circunstancias del momento, que ayudan a comprender no sólo el enfrentamiento entre marxismo y fascismo, sino los factores que hacían del fascismo una opción política atractiva e incluso aparentemente inofensiva comparada con el marxismo ruso.

Desde una perspectiva más historiográfica, debemos destacar de esta obra algunas conclusiones a las que nos conduce Penella, y que nos aportan una visión más amplia de la relación entre falangismo y franquismo. El autor señala que la pervivencia del falangismo, aunque despersonalizado por el franquismo, trajo consigo dos importantes consecuencias.

Por un lado, el ejemplo de José Antonio, incluso la enseñanza católica, impuestos por el régimen de Franco, acabarían proporcionando a los jóvenes argumentos contra el régimen en sí mismo, alimentando así a su

propia oposición. Por otro lado, los rescoldos de la Falange esencial que anidaban todavía en el falangismo oficial, aportaron al franquismo un sentido social, que según Penella, facilitaría que tras la caída del régimen, políticos procedentes del franquismo mantuvieran las preocupaciones sociales que les llevarían a entenderse con la izquierda.

Así pues, lejos de ser un estudio más sobre Falange Española, el trabajo de Manuel Penella se ha convertido en una de las obras más amenas e interesantes que tratan este tema. Principalmente, el análisis de la situación española a la luz de los acontecimientos internacionales, así como la valoración de las apariencias que desde distintos bandos llevarían a un grave enfrentamiento en el caso español, y a la política del apaciguamiento en el caso europeo, hacen de esta obra una lectura realmente atractiva.

Una gran opción para quienes desean acercarse por primera vez al estudio de esta temática, y una nueva perspectiva para quienes ya conocen la historiografía fundamental. Aunque desde el rigor histórico, se le puede achacar la falta, en algunas ocasiones, de notas bibliográficas, que hubieran sido de interés, no se puede perder de vista el objetivo del libro. Como corresponde a las metas de la colección *España Escrita*, Manuel Penella ha sabido adaptarse a ese objetivo de promocionar el conocimiento de la historia reciente "no desde los supuestos de la verdad histórica absoluta, […] sino desde visiones plurales cuyo contraste permita al lector sacar sus propias conclusiones"[1].

Manuel Penella (Buenos Aires, 1951-), es doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Autónoma de Madrid y ha sido profesor del Centro de Estudios Hispánicos del Bryn Mawr College de Filadelfia. Es autor de *La Segunda República* (1980), *Dionisio Ridruejo, poeta y político. Relato de una existencia auténtica* (Salamanca, 1999) o *Los orígenes y la evolución del Partido Popular* (Salamanca, 2005). Fue secretario particular de Dionisio Ridruejo desde 1971, y a la muerte de éste, ordenó su archivo. Ha editado y prologado varios de sus libros.

Mercedes Peñalba Sotorrío
Universidad de Navarra

Burgos, Juan Manuel, *Para comprender a Jacques Maritain. Un ensayo histórico-crítico*, Madrid, Fundación Emmanuel Mounier, 2006, 177 pp. ISBN: 84-95334-96-8. 12 €.

PRESENTACIÓN: LOS MOTIVOS DE UN LIBRO. PARTE I. CLAVES DE SU ITINERARIO INTELECTUAL. 1. INTRODUCCIÓN: EL HOMBRE Y SU OBRA. 1. Los primeros años (1882-1909); 2. Los años de formación y los primeros escritos (1909-1926); 3. El período de Meudon (1927-1939); 4. El período americano

[1] Rafael Borrás en Manuel PENELLA, *La falange teórica*. 1. ed, *España Escrita; 5*., Barcelona, Planeta, 2006, p. 2.

(1940-1960); 5. El período de Toulouse (1961-1973); 6. Breve resumen de las principales obras. 2. LA CONVERSIÓN AL CRISTIANISMO: 1. El encuentro con Cristo; 2. El cristianismo de Maritain; 3. La filosofía y la fe. 3. EL TOMISMO: 1. El encuentro con S. Tomás; 2. El tomismo hosco del joven Maritain; 3. Rasgos del tomismo mariteniano. 4. EL PROBLEMA DE LA MODERNIDAD: 1. De Bergson a Descartes; 2. La valoración mariteniana de la modernidad; 3. Modernidad y cristianismo. 4. DE LA ACTION FRANÇAISE A HUMANISMO INTEGRAL: 1. Maritain y la *Action Française*; 2. La condena de la Santa Sede y la crisis de la *Action Française*; 3. El mensaje de *Humanismo Integral*. 6. LOS AÑOS DEL POST-CONCILIO: 1. La época de creación; 2. El campesino del Garona (1966); 3. Las tres interpretaciones sobre Maritain; 4. La continuidad esencial del pensamiento de Maritain. 7. EPÍLOGO. PARTE II. HOMBRE, CRISTIANISMO, MUNDO. 1. LA ANTROPOLOGÍA: 1. El personalismo tomista; 2. Subsistencia, subjetividad y sujeto; 3. Individualidad y personalidad; 4. La libertad; 5. Otras características de la antropología mariteniana; 6. Algunas observaciones críticas. 2. LA LEY NATURAL O LA LEY NO ESCRITA: 1. Introducción: el preámbulo y los tres elementos de la ley natural; 2. El elemento ontológico; 3. El elemento gnoseológico; 4. El elemento teológico: la luz divina impresa en nosotros; 5. Valoración de la propuesta mariteniana. 3 MUNDO Y CRISTIANISMO: LA PROPUESTA DE *HUMANISMO INTEGRAL*: 1. El problema; 2. La cristiandad medieval; 3. La tragedia del humanismo ateo; 4. La nueva cristiandad; 5. Las características de la nueva cristiandad; 6. La estructura de la acción cristiana; 7. Las reacciones a *Humanismo Integral*. 4. EL BIEN COMÚN: 1. Las posiciones tomistas; 2. El concepto de persona: individualidad y personalidad; 3. Persona y bien común; 4. Análisis de la propuesta mariteniana. 5. LA FILOSOFÍA POLÍTICA: 1. Introducción: la experiencia americana; 2. Nación, cuerpo político y Estado; 3. Los derechos del hombre; 4. La democracia.

Considerado por Karol Wojtyla como unos de los pensadores cristianos más importantes del siglo XX, Jacques Maritain ha sido poco y, en ocasiones, mal comprendido entre sus contemporáneos y entre quienes se han detenido a estudiar su obra. Por este motivo, Juan Manuel Burgos ofrece esta sintética biografía intelectual del filósofo francés, en la que recoge las claves necesarias para una correcta comprensión del verdadero Maritain. El objetivo último de esta obra es anular la teoría de los "dos Maritain", la cual defiende la existencia de dos líneas separadas en su filosofía: por un lado un Maritain tomista y ortodoxo, y por otro lado un Maritain creativo, renovador y cercano a la heterodoxia. Burgos entiende que no hay ruptura ni dualidad en su obra, sino una constante fidelidad al tomismo junto con importantes puntos de innovación y creación; no es ruptura, sino evolución.

La conversión al catolicismo produjo un cambio radical en la vida de Maritain tanto en lo intelectual como en lo personal, de modo que para comprender su filosofía hay que comprender primero su faceta de cristiano, porque fue desde la fe donde encontró las respuestas a las preguntas últimas. En la primera parte del libro, además de detenerse en los aspectos biográficos

del personaje, como lo es su conversión, Burgos explica otras cuatro claves de la vida intelectual de Maritain, necesarias, como ya se ha señalado, para una correcta interpretación del filósofo francés. Expone cómo el encuentro con Santo Tomás le permitió establecer la relación entre fe y razón, de modo que ya nunca abandonó el tomismo. Presenta a continuación las características del tomismo mariteniano, el cual fue evolucionando desde una posición totalmente ligada al Santo, hasta una postura mucho más original y creativa. Otro de los puntos clave que Burgos señala es el de la concepción de la modernidad como una realidad esencialmente negativa, por su carácter secularizador, pero de la cual se pueden sacar aspectos positivos, como es el caso del humanismo, un aspecto central de la filosofía mariteniana. El cuarto aspecto clave es el relativo a la condena papal de *Action Française*, a la que estaba ligado Maritain, la cual le llevó a reconsiderar sus planteamientos intelectuales y a iniciarse en la filosofía política. En último lugar Burgos explica la actitud del filósofo en los años posteriores al Concilio Vaticano II, y las polémicas que levantó su aparente vuelta al tomismo más radical.

En la segunda parte de la obra Juan Manuel Burgos expone los grandes temas del pensamiento mariteniano poniendo de manifiesto la creatividad de su pensamiento. Profundiza en la antropología, en la ley natural, en el humanismo integral, en el bien común y en la filosofía política al hilo del comentario de *Humanismo integral* o *El hombre y el Estado*, entre otras obras. Destaca las aportaciones que realiza a la filosofía tomista, especialmente en lo relativo al concepto de persona apuntado por Santo Tomás en el cual diferencia individualidad y personalidad. Esta novedad fue precisamente la que más controversias levantó. Burgos no sólo expone las críticas más significativas que se hicieron a estos planteamientos, sino que las refuta si las cree equivocadas o las confirma si está de acuerdo con ellas. Esta segunda parte puede quedar algo deslucida, respecto a la primera, debido a la repetición de ideas e incluso de citas que ya había señalado anteriormente.

Con esta obra se advierte que Burgos es un profundo conocer de la filosofía mariteniana y del propio Maritain. Procura transmitir los motivos, fundamentalmente la honradez intelectual, que llevaron al filósofo francés a desarrollar su filosofía tal y como lo hizo. Como contrapartida, en ocasiones deja traslucir, más allá de la admiración por el personaje, cierta justificación ante las críticas que se suelen presentar a sus teorías. Además, hubiera sido interesante que, a modo de epílogo, Burgos desarrollara con mayor amplitud una valoración sobre la idoneidad de reconsiderar el pensamiento de Jacques Maritain en la sociedad actual, en relación a la compatibilidad de una sociedad pluralista y democrática con la existencia de valores comunes y universalmente aceptados por el conjunto de la comunidad. A este tema dedica únicamente un párrafo, con el que da por finalizado el libro; el cual, por otro lado, alcanza plenamente los objetivos que buscaba.

[*MyC*, 10, 2007, 185-266]

Desde la publicación de las obras de Bernad E. Doering (*Jacques Maritain and the French Intellectualls*, 1983) y Jean Daujat (*Jacques Maritain: un maestro para nuestra época*, 1981) tan sólo se han publicado dos libros que analicen en su conjunto la trayectoria intelectual de Maritain. Se trata de la obra de Ralph McInerny, *The Very Rich Hours of Jacques Maritain: a Spiritual Life* (2003) y la de Juan Manuel Burgos. Sin embargo, ésta última ofrece un aspecto novedoso respecto a las anteriores: una valoración de la recepción del pensamiento mariteniano en España.

Juan Manuel Burgos, doctor en Física y en Filosofía, ha desarrollado su labor docente en universidades de Roma y de Madrid, como el Instituto Juan Pablo II o la Universidad Complutense, así como en otros centros universitarios de América Latina. Es un profundo conocedor de la filosofía personalista, especialmente de la obra intelectual de Jacques Maritain y de Karol Wojtyla. Miembro del Instituto Internacional Jacques Maritain y Presidente de la Asociación Española de Personalismo, de la que es fundador. Además de numerosos artículos en revistas especializadas, ha publicado obras como *La inteligencia ética. Propuesta de Jacques Maritain* (1995), *El personalismo. Autores y temas de una filosofía nueva* (2003, 2ª ed.), *Antropología: una guía para la existencia* (2003) y *La filosofía personalista de Karol Wojtyla* (2007), hasta el momento, su última publicación.

María José Martínez González
Universidad de Navarra

Goebel, Stefan, *The great war and medieval memory. War, remembrance and medievalism in Britain and Germany, 1914-1940*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007. XVIII+357 pp. ISBN: 0521854156. Studies in the Social and Cultural History of Modern Warfare, 25. £45.

Contents, ix; Illustrations, x-xiii; Acknowledgments, xiv-xvi; Abbreviations, xvii-xviii. Introduction, 1-27; Cap. I. Catastrophe and continuity: the place of the war dead in history, 28-80; Cap. II. Mission and defence: the nature of the conflict, 81-155; Cap. III. Destruction and endurance: the war experience, 156-186; Cap. IV. Chivalry and cruelty: the soldiers' character and conduct, 187-230; Cap. V. Regeneration and salvation: the prospects for the living and the dead, 231-285; Conclusion, 286-301. Bibliography, 302-45. Index, 346-57.

En su *Autobiografía*, G.K. Chesterton dedica un capítulo, el once, "La sombra de la espada", a tratar sobre la Primera Guerra Mundial. En ella, como recuerda en esas páginas, perdió a su admirado hermano. Sin embargo, una parte central de esta reflexión a posteriori del conocido autor británico se centra en la importancia simbólica dada al monumento que habría de conmemorar a los muertos de Beaconsfield. De hecho, hay un momento en el que dice: "Si quisiera escribir un libro sobre el conjunto de este decisivo periodo en la historia de Inglaterra, incluida la Gran Guerra y muchos otros cambios casi tan grandes, le daría la forma de una *Historia del monumento a los*

caídos de Beaconsfield" (Barcelona, El Acantilado, 2003, p. 271). Con esta reflexión parece tocar un tema aparentemente menor, pero a partir de él construye un argumento sobre el mundo en el que vive, sobre sus elementos característicos, sobre el futuro. De alguna manera, la memoria de la Primera Guerra Mundial y sobre todo de las personas vinculadas a ella, constituye la plataforma desde la cual analizar las relaciones entre presente, pasado y futuro. Se consideraron unos momentos históricos concretos como un auténtico hito temporal, como algo tan excepcional que era preciso preservar su recuerdo mediante el establecimiento de una continuidad a partir de diversas formas de conmemoración. En este libro se analiza este esfuerzo por recordar, es decir, esta reinterpretación de lo ocurrido, tanto en el Reino Unido como en Alemania, a través de una saludable e ilustrativa comparación.

Lo más significativo de este proceso de rememoración es que el argumento que sirve para hacer comprensibles esos acontecimientos, para dar sentido a lo ocurrido entre 1914 y 1918, fue la medievalización de la memoria, el argumento central del libro que comentamos. No se trata simplemente de la manifestación de una moda pasajera, superficial, vinculada a aspectos superficiales, sino del análisis de lo ocurrido en el período inmediatamente precedente, del intento de comprensión de la enorme turbulencia espiritual que implicó la Primera Guerra Mundial a partir de elementos procedentes de la Edad Media. Las cruzadas, la caballería, la espiritualidad y la mitología medieval proporcionaron una fuente de imágenes con las que dar sentido y significado al legado de la Gran Guerra. La omnipresencia de la muerte llevó a la necesidad de darle sentido; el duelo trató de hacerse de forma reglada, se intentó justificar lo ocurrido y hacer que tantas muertes no fuesen inútiles, que sirvieran para algo. Como recogía de nuevo Chesterton de una vieja canción: "Tantos hombres, tan bellos / muertos todos yacían; / y miles de seres viscosos / igual que yo vivían" (p. 295). ¿Por qué unos habían muerto -¿los mejores?– y otros seguían vivos? Tratar de entender estas cuestiones requirió de poderosos instrumentos interpretativos y la mejor fuente para ellos se halló en una Edad Media también reinterpretada, actualizada, puesta al día mediante la separación de lo secular y lo religioso. En cualquier caso, era la sociedad la que, a través de mecanismos diversos, buscaría dotar de sentido a una manifestación tan palmaria de modernidad. Como señala el autor: "Yet if mourning was profoundly personal, remembrance –through the establishment of social networks and the formulation of languages of commemoration– was a socially framed, value-laden practice and thus inherently political (in the broadest sense). The challenge is, however, to avoid the pitfall of equating political with politicised. To remember meant to affirm or reassemble community, to aver its legitimacy and morality, but not necessarily to engage in the partisan politics of the day" (p. 5).

Este proceso interpretativo a través del medievalismo –término acuñado por John Ruskin a mediados del s. XIX– arraigaba en el siglo XIX, con el revivir gótico en arquitectura, el romanticismo en literatura, el culto a lo caballeresco en la cultura popular, el revivir artúrico y el movimiento *Arts and Crafts* en el arte y el diseño inglés, el germanismo en el arte y la música alemana. En último término estaba mostrando la insatisfacción ante su propio tiempo, la dificultad para admitir el sentido de los cambios que tanto en Inglaterra como en Alemania se estaban produciendo en ese siglo XIX. El medievalismo no sería tanto la resurrección de un tiempo pasado, sino el proceso continuado de creación de la Edad Media para interpretar un presente insatisfactorio, tanto más cuanto su culminación habría sido la guerra de 1914: "Prior to the 1914-18 conflict, medievalism had essentially been a discourse of identity, fuelled by cultural despair in the era of industrialisation. […] Medievalism as a mode of war commemoration is best understood as a state of mind rather than a state of history, an amalgam of temporal notions rather than a coherent set of intellectual propositions. In fact, medievalist narratives incorporated a set of notations which the historian of today might classify as Germanic, Celtic or classical –notations which were, however, elaborations on the central theme" (p. 14).

Esto plantea una cuestión de radical importancia en la historiografía de nuestros días, cual es la del papel de la memoria, tan difícil de deslindar de la historia pese a sus evidentes diferencias. Y plantea también la importancia del análisis cultural, dado que temas como éste rebasan con claridad los límites habituales. De hecho, el examen de la memoria favorece esta aproximación cultural. Un buen intento es el de nuestro autor, que señala que "the memory constitutes a discursive construct or a cultural representation rather than a mirror or storehouse of past 'reality'" (p. 14). La memoria es una construcción y como tal hay que analizarla, no como la verdad sin matices, en bruto, refractaria al influjo de su propio tiempo. Siguiendo a Jay Assman, Goebel distingue dos tipos de memoria, la cotidiana, la que desaparece al cabo de tres generaciones, y una memoria cultural, materializada en formas y prácticas y referida a un pasado distante, que necesita vincularse a un sistema de elementos que la ayuden, como los ritos, los mitos o los monumentos. Esta memoria cultural es un producto, una creación, una construcción y lo es porque juega un papel preciso, requerido por la sociedad que la pone en marcha. Durante la Primera posguerra mundial se utilizó el medievalismo como factor cohesionador de la memoria cultural, pero como tal construcción la forma de usarla y de representarla fue muy distinta en el Reino Unido y en Alemania, aunque los elementos que se buscaba entender fuesen los mismos, como el papel del soldado individual en un conflicto industrial. De ahí las tumbas al soldado desconocido, que los situaban en la historia, no eran mera carne de cañón, sino que tenían un papel histórico, se

establecía una continuidad con el pasado más lejano. Representar a los soldados del Maine o del Somme con vestimentas medievales facilitaba esta relación. En este contexto, "[h]istorians helped to reinvent the Middle Ages in the early twentieth century, and their scholarship carried weight in an age of scientific 'rationalism'. Scholars involved in commemorative activities managed to create an air of academic credibility or modern *Wissenschaftlichkeit* about narratives of continuity -narratives which were in the main eclectic, speculative and ambiguous, for they represented a state of mind rather than a state of history" (p. 63). De ahí también la recuperación de lo germánico en Alemania o de lo céltico en Inglaterra, como una vía a través de la cual establecer lazos con el pasado y mantener una narrativa teleológica que diera sentido. Estos intentos no supusieron una novedad intelectual del período de la guerra, pues en buena parte, la gramática visual para la épica de guerra se había creado en el s. XIX, recurriendo por ejemplo a los Nibelungos en Alemania, y al ciclo artúrico en Inglaterra, como se reflejó en la nueva decoración del Parlamento británico.

Un elemento central en este proceso fue el intento de adjudicar algún sentido a la guerra a través de la reflexión sobre su naturaleza. Tanto alemanes como ingleses la consideraron defensiva y, por tanto, como una misión plenamente justificable, porque desde ambos lados se la consideraba santa, una cruzada. Esto permitió el recurso a figuras como San Jorge, San Miguel o Ricardo I y además se reforzaba así la conexión con Francia y con el rey cruzado, Luis IX, santo y rey, presente en algunos monumentos británicos. Ambos países estarían en el mismo lado, el correcto, la nueva cruzada dirigida hacia ideales profanos como la humanidad, la verdad, la democracia, la libertad, etc. No era la defensa de la fe, sino de la tradición liberal.

En todos estos relatos justificativos se hacía referencia a heroes legendarios cuya función era la de afirmar el papel del individuo en la marcha y el curso de la historia. En ocasiones, la personalización de la guerra a través de la invocación de personajes históricos iba de la mano de la exaltación de los líderes militares, como Allenby o Hindenburg. Al primero, protagonista de la campaña palestina, se le consideraba el último cruzado tras su conquista de Jerusalén en diciembre de 1917, y se le asociaba a Ricardo Corazón de León. Al segundo, responsable de la principal victoria alemana de la guerra en Tannenberg (VIII-1914), se le vinculaba al simbolismo de los teutónicos, pues en él sufrieron la derrota que, en 1410, supuso su práctica desaparición. Su figura se relacionó también con las cruzadas, especialmente en relación a la orden teutónica, sólo que en este caso la cruzada se dirigía hacia el Este, no hacia Palestina. Los nazis reinterpretaron este hecho y el monumento erigido como expresión de la necesidad de expansión hacia el Este y vieron a los caballeros teutónicos como guerreros raciales en busca del espacio vital. "Both narratives centre on a clash with 'inferior', non-western

lands and peoples. Both conmemorate victories which seemed to have 'corrected' history; Hindenburg reversed Jungingen's defeat while Allenby fulfilled Richard I's dream. […] The respective 'crusades' which they embodied had contrary objectives: […] universal values –justice and freedom; […] German culture or 'living-space'" (pp. 144-5).

Pese a la modernidad de la guerra, a su brutalidad industrial, la retórica medievalizante también se hizo presente mediante una imaginería adecuada que trató de representar la experiencia de combate mediante representaciones más que a través de reconstrucciones de la auténtica experiencia de combate: la mística que rodeaba el hierro y el acero; la evocación de rocas y castillos y, por último, las ruinas medievales. Y si esto era así desde el punto de vista más puramente material, también se puede extender a la consideración de los combatientes, al juego entre caballerosidad y crueldad. La modernización y reinvención de la primera se produjo en la sociedad británica a comienzos del XIX, manifestada como fenómeno estético y romántico, que mostraba otra cara a las fealdades de la modernidad. Un efecto de ello fue la exaltación del compromiso de la generación más joven. El sacrificio de sangre de la juventud británica fue épico, el de la alemana, redentor: "The myth of 'the lost generation' [británico] was an elegy not only for 'the lost generation' but also for the lost sense of historical progress; the Langemarck legend [alemana] was a gospel of catharsis leading to a brighter future" (p. 207). Un ejemplo de esta caballerosidad fue la asociación del combate con el deporte y sus reglas, especialmente en la novedosa guerra aérea. Los duelos se asemejaban a los torneos medievales y los aviadores a los heroes individuales descendientes de los caballeros de lejanos días. Muchos de los pilotos, tras la guerra, recurrieron en sus memorias al esquema de las leyendas artúricas para describir su experiencia.

Una muestra más del complejo análisis desarrollado por el autor es la atención que presta a los elementos que ayudaran a asimilar la omnipresencia de la muerte. La conmemoración se situaba entre la muerte y la vida, recordando la nobleza del soldado y consolando a los dolientes. La dimensión espiritual del medievalismo estableció un dominio sacro, la tierra de nadie entre los vivos y los muertos. Esto se tradujo en formas y prácticas conmemorativas de inspiración medieval-cristiana; a través del concepto de la muerte como un sueño profundo y encantado derivado de las mitologías nacionales y de los cuentos de hadas; así como de las profecías basadas en las sagas germánicas y las formas en que fueron revividas durante el s. XIX. Para el autor, durante la guerra se produjo un despertar religioso y un declive eclesiástico, incrementando la tendencia decimonónica hacia la diversidad o privatización religiosa y hacia el declive de la religión organizada. Pese a todo, las iglesias fueron el eje de la conmemoración al proporcionar un lenguaje accesible y consolador. La religión ayudó a entender la muerte

como un regalo, como un noble sacrificio que proporcionaba la entrada en la vida eterna, aunque estas apropiaciones de la doctrina cristiana tendieron a ser eclécticas y poco ortodoxas. El sufrimiento y resurrección de Cristo era el principal referente, al que se asimilaba a los soldados muertos. No es extraño, por tanto, que uno de los elementos simbólicos de los monumentos conmemorativos fuera la cruz, aunque en Inglaterra se asociara al catolicismo, a la Edad Media y al papismo. De ahí que muchos protestantes lo rechazaran, vinculándolo a la superstición medieval, como ocurrió en el testimonio recogido por Chesterton. Por el contrario, en Alemania no hubo tales polémicas, pues la cruz no provocaba controversia, al ser universalmente reconocida como símbolo de sacrificio, aunque dependió también de la distribución geográfica de las confesiones.

Para el autor, "[m]edievalism in war remembrance, recovering the fallen and the missing soldiers of the First World War and relocating them in the grammar of medieval history, entwined intimate responses with cultural ones. It was the search for images and themes which provided historical precedents for an unprecedented human catastrophe. Here was hope of redemption through tradition" (p. 286). Para ello, cada uno de los dos países adoptó su propia forma de medievalismo, en buena medida a partir de las tradiciones apoyadas en el s. XIX, con Wagner o Scott como intérpretes de ese medievo. Esto tampoco significa que las respuestas fueran nacionalmente homogéneas, pues es preciso tener en cuenta las particularidades locales, regionales, religiosas, de clase, etc. De hecho, por ejemplo, tenían más en común los católicos que los propios países. La memoria nacional no era homogénea sino plural. En cualquier caso, las diferencias se concentraron en torno a tres aspectos: la naturaleza del conflicto, planteado como nueva cruzada en Inglaterra y como defensa nacional en Alemania; en la conducta de los combatientes, guerreros caballerosos defensores de valores cívicos en Inglaterra frente a guerreros de hierro de virtudes militares en Alemania; y, por último, en la actitud ante la muerte, con la esperanza en el más allá británica y la confianza en el futuro germana.

En definitiva, un atractivo análisis cultural comparado que muestra las potencialidades de una mirada que, pese a sus posibles defectos, enriquece de forma muy considerable nuestro conocimiento.

Stefan Goebel es profesor de la School of History de la Universidad de Kent. Es un investigador de la historia social y cultural de la guerra, con una perspectiva comparada, y especialmente entre Inglaterra y Alemania. Este es su primer libro y ha publicado también diversos artículos y reseñas.

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Chaves Palacios, Julián (Coord.), *Historia y Memoria de la Guerra Civil en Extremadura: Badajoz en agosto de 1936*, Badajoz: Diputación de Badajoz, 2006. 311 pp. Ilustraciones. ISBN: 8460987361.

Introducción. Entre la memoria y el olvido, Julián Chaves Palacios, p. 9. Ponencias. La venganza de Franco, "El justiciero", Paul Preston, p. 17. La iglesia y la represión en la guerra civil, Hilari Raguer Suñer, p. 31. Guerra Civil y represión en Extremadura, Fernando Sánchez Marroyo, p. 55. Badajoz objetivo de los sublevados: ocupación de la ciudad y ejecuciones de mandos castrenses y otros cuerpos armados, Julián Chaves Palacios, p. 109. Sobre la columna de la muerte, Francisco Espinosa Maestre, p. 167. Badajoz, ¿por qué?, Justo Vila, p. 173. Acontecimientos en Badajoz desde inicios de 1936 hasta el 14 de agosto de ese mismo año, José Luis Gutiérrez Casalá, p. 191. Represión republicana en Badajoz, Ángel David Martín, p. 205. Zafra al paso de las columnas de la muerte: 7 de agosto de 1936, José María Lama, p. 241. Testigos de la historia: testimonios personales sobre la Guerra Civil. Paloma Alonso Olea (hija del comandante: Enrique Alonso García), p. 255. Engracia Vera Alejo (hija del capitán del ejército de la república: José Vera Murillo), p. 260. Entrevistas realizadas por alumnos de Tercer Ciclo de la Universidad de Extremadura. Fusilamiento en Badajoz del farmacéutico de Feria: Bartolomé Leal Sánchez, p. 267. Vicisitudes de Teresa Manuela Silva Garlito, p. 284. Experiencia familiar de José García Silgado, p. 292. Tragedia del concejal socialista Joaquín Lozano y su familia, por Almudena Mendo Silvestre, p. 297. Mario Neves, un testigo de excepción en la matanza de Badajoz, por Jorge Santillana Barragán, p. 306.

En la caracterización de la España de la posguerra y del primer franquismo la miseria, el hambre o el frío suelen ser imágenes recurrentes. Pero sobre todo el miedo. Un miedo tan profundo y espantoso que aún se percibe en los ancianos que siendo niños o adolescentes hubieron de presenciar los efectos del fratricidio. Aún hoy, casi setenta años después de acabada la contienda, prefieren callar o ser cautos a la hora de recordar; todavía hoy, ya instalada la democracia, temen por posibles represalias a sus palabras. Semejante pánico alojado en las almas de tantos supervivientes no debería pasar desapercibido ante quienes nos aproximamos a nuestra historia contemporánea procedentes de generaciones despreocupadas, criadas en la opulencia y en la convicción de nuestras libertades y derechos. El hecho de que hombres curtidos por la vida y por las dificultades se derrumben y rompan a llorar cuando recuerdan cómo vivieron aquellos años, o que, temerosos, finjan no acordarse de quién acabó con la vida de sus seres queridos, debería servirnos como el mejor indicativo para hacernos cargo del grado de horror que supuso en nuestro país el fenómeno de la represión. Y es que nuestra guerra civil, comparada con otras acontecidas en el siglo XX, se caracteriza por ser relativamente poco cruenta en cuanto a las acciones militares: fue superior el número de víctimas de la represión que el de fallecidos en el frente.

Llegados a este punto, cabrían muchas matizaciones terminológicas sobre el concepto de represión, porque si habitualmente se define como el castigo a hechos subversivos respecto al poder establecido, se entra en el terreno de quién ostentaba esa legitimidad durante la Guerra Civil. Es decir, que las peculiares circunstancias históricas en que se desenvolvió la contienda: el fracaso del golpe, la pervivencia durante tres años de dos Españas en lucha, y las diferentes motivaciones y actuaciones de cada uno de los bandos, hace que tengamos que ensanchar el significado del término de represión para que pueda albergar las diversas manifestaciones que se reprodujeron en España. Así pues, se alude con represión a la violencia desplegada tanto por el bando sublevado como por el republicano, y hace referencia tanto a los saqueos e incautaciones de bienes como a las depuraciones, prisiones y torturas que en muchos casos tenían como fin la destrucción física del enemigo; un trágico fenómeno que adquirió distintos ritmos y magnitudes en función del diferente desarrollo de los acontecimientos en cada territorio.

En ese sentido, la región extremeña ostenta la triste consideración de ser uno de los territorios más castigados por la represión. No sólo por la mayor afinidad popular con la causa republicana, motivada por las graves desigualdades sociales que habían provocado una elevada conflictividad durante el periodo republicano, sino por suponer la zona de paso de la terrible "columna de la muerte" de tropas africanas en su avance hacia Madrid. *Historia y Memoria de la Guerra Civil en Extremadura: Badajoz en agosto de 1936* supone un serio esfuerzo de varios autores por desentrañar el modo en que se desarrollaron los hechos. Resulta esclarecedor del contenido el hecho de que el título haga referencia a Badajoz. Efectivamente, a diferencia de Cáceres, rápidamente sometida por el ejército sublevado, en la provincia de Badajoz la resistencia popular fue mayor, tardó más tiempo en ser reducida y por tanto se produjeron muchas más muertes en ambos bandos. Aún así, las cifras de los represaliados por los republicanos parecen empequeñecerse ante las atribuidas al franquismo, además de que cuenta con mitos de la represión franquista como la tétrica Plaza de Toros de Badajoz, el campo de concentración de Castuera o las minas de los alrededores cuyos pozos, según se cuenta, fueron colmatados con los cadáveres de los desaparecidos.

Es lamentable comprobar cómo las actuales circunstancias políticas, sociales y culturales hacen tan difícil la neutralidad al referirnos a nuestra historia reciente, y cómo toda reflexión aún es susceptible de ser adscrita a una u otra ideología. La batalla ideológica del presente se sirve de los acontecimientos históricos pasados, entrando en controversias sobre responsabilidades o legitimidades. Se discute sobre quién fue el causante último de tantos desmanes, o se persigue demostrar que tal o cual bando fue más

cruento que el otro: unos acusan de exagerar, otros de mentir y ocultar. Si nos limitásemos a entrar en este juego, podríamos catalogar al presente libro como pro-republicano, debido a la mayor atención que reciben las víctimas de la violencia franquista, con la excepción de Ángel David Martín, que supone una especie de contrapunto no sólo por centrarse en la represión efectuada por republicanos, sino por ofrecer teorías diferentes a las más repetidas a lo largo del libro.

Polémicas ideológicas aparte, la mayor atención sobre las víctimas republicanas tiene un compromiso mucho más profundo que el de constituir meramente un arma para determinados planteamientos políticos: un trabajo académico jamás debería reducirse a esa condición. Se trata de un compromiso con la verdad, y es que tampoco se puede negar que mientras que los casos de las víctimas del lado franquista fueron convenientemente investigados por la *Causa General*, y sus familias no sólo fueron reconocidas y retribuidas, sino que pudieron dar entierro a sus seres queridos con todos los honores, la historia de los vencidos seguía presentando lugares oscuros, dominada por el silencio y el encubrimiento, por la irregularidad en el registro de las muertes, la purga de archivos comprometedores y el desconocimiento acerca de la suerte y el paradero de miles de desaparecidos. Al silencio forzado durante el franquismo siguió un olvido consensuado durante la transición, avalado por la Ley de Amnistía de octubre de 1977 que daba impunidad política y jurídica a los delitos cometidos en el pasado.

Pero el olvido no se puede imponer en corazones que durante tanto tiempo han deseado vehementemente conocer la verdad. Así, a la labor de las instituciones sin ánimo de lucro que fueron constituyéndose en España con la llegada de la democracia con el objetivo de analizar estas conflictivas décadas de nuestra historia, se le fueron sumando los esfuerzos realizados desde iniciativas ciudadanas y universitarias, como los de la *Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica*, ya presente en varias comunidades autónomas y que persigue conseguir el respaldo institucional para el esclarecimiento de esta historia desconocida.

El presente libro es un buen ejemplo de logros en este sentido. Tanto la Junta como la Universidad de Extremadura han respondido a la iniciativa ciudadana favoreciendo estudios y actividades, muchas de ellas enmarcadas en el proyecto *Recuperación de la Memoria Histórica en Extremadura durante la Guerra Civil*, que ha dado lugar, entre otros encuentros, al Simposio de noviembre de 2004 cuyas actas constituyen el contenido de *Historia y Memoria de la Guerra Civil en Extremadura: Badajoz en agosto de 1936*. Además de la celebración de Congresos y Jornadas, el proyecto extremeño incluye cursos de verano e incluso campos de trabajo para la localización de fosas comunes. Y dado que el tiempo apremia para los supervivientes de la contienda, los esfuerzos también se dirigen a la búsqueda de

donantes de memoria, algunos de cuyos testimonios también han sido incluidos en el libro. Los descarnados relatos de esta Historia oral revisten de humanidad la fría y aséptica información que se desprende de las cifras, en cuya consideración a veces se relativiza la realidad de las historias que se hallan englobadas en ellas.

En los últimos años la historiografía contemporánea está asistiendo a un gran interés por lo que se ha dado en denominar *Memoria Histórica*. Al margen de las complicaciones terminológicas del concepto, considerado por muchos contradictorio, lo cierto es que se trata de un fenómeno generalizado en lugares donde se ha producido un trauma nacional, como en la Alemania nazi, la Francia colaboracionista de Vichy o todos los países que han conocido una guerra civil en su historia reciente. El *Deber de Memoria* esgrimido por unos es contestado por la acusación de otros de remover viejos fantasmas y fomentar el rencor. Pero los traumas no se solucionan con el olvido desde el desconocimiento, sino más bien con el perdón desde el conocimiento de la verdad. Nadie debería acusar a quienes pretender recuperar la historia de abrir viejas heridas, ya que en muchos casos se trata de heridas que jamás fueron cerradas para algunos.

Julián Chaves Palacios (1957-) es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Extremadura. En su labor investigadora destacan los estudios dedicados a la guerra civil española, que ha publicado en diversas obras de colaboración, artículos y libros, como *Guerrilla y franquismo: memoria viva del maquis Gerardo Antón (Pinto) (2005),* o *Violencia política y conflictividad social en Extremadura: Cáceres en 1936 (2000)*. Actualmente es director del proyecto de investigación "Recuperación de la Memoria Histórica en Extremadura", en el que colaboran la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura, ambas Diputaciones Provinciales y la Universidad de Extremadura.

Katixa Bea Garbisu
Universidad de Navarra

Herrerín López, Ángel, *El dinero del exilio. Indalecio Prieto y las pugnas de la posguerra (1939-1947)*, Madrid, Siglo XXI, 2007. XV+252 págs. ISBN: 9788432312908. 18€.

Índice, ix; Introducción, xi; 1. La actividad de la JARE en México, 1; 2. La protección a los refugiados en la Europa de Hitler, 69; 3. La ayuda de la JARE en otros países, 115; 4. La intervención mexicana y la constitución del gobierno republicano en el exilio. La rendición de cuentas, 153; Conclusiones, 231; Índice de tablas y gráficos, 237; Fuentes, 239; Bibliografía, 241; Índice onomástico, 247.

Si hubiese que definir este trabajo en pocas palabras, podríamos decir que estamos ante una investigación sobre material de archivo, novedoso y clarificador, lo que configura un libro riguroso y especializado. Pero más allá de una definición profesional, estamos también ante la manifestación de un

drama humano, el del exilio, el de los refugiados, el de las miserias y rencores tras la derrota.

Cuando en junio de 1921 la Sociedad de Naciones estableció la Alta Comisión para los Refugiados a cargo de Fridtjof Nansen surgía la primera organización internacional de ayuda, haciendo frente al problema que implicaba el éxodo en Rusia, el de los Armenios y, en general, las consecuencias de la I Guerra Mundial. Sin embargo, con ello no afrontaba un problema nuevo, pues, como se ha puesto de manifiesto en el reciente libro coordinado por Jordi Canal para España (*Exilios: los éxodos políticos en la historia de España, siglos XV-XX*, Madrid, Silex, 2007), los refugiados eran una consecuencia inmediata de cualquier conflicto bélico. Tal vez el cambio se producía en la percepción que la Sociedad de Naciones, con su impulso al pacifismo y a la relación armónica entre las naciones, trató de difundir. Desde esos años veinte otros organismos se sucederían en el apoyo a unos éxodos que, lejos de disminuir, aumentaron de forma considerable, mostrando la dureza de la guerra ya no sólo para los militares, sino sobre todo para los ajenos al combate directo. Estas diásporas, masivas en muchos casos, se han incrementado a lo largo del siglo XX, generando una creciente reflexión sobre sus implicaciones y consecuencias (Jana Evans Braziel y Anita Mannur, *Theorizing diaspora: a reader*, Malden, Blackwell, 2003).

Es en este contexto en el que cabría incluir las organizaciones que, tras la guerra civil española, trataron de proteger a los exiliados que hubieron de dejar su tierra ante el cambio de rumbo político e ideológico de su país. Como en otros casos europeos, una situación de cambio político o de dominio territorial forzó a poblaciones enteras a abandonar sus lugares de origen, en una Europa que siguió conociendo la forzosa emigración derivada de las luchas por el poder (Michael R. Marrus, *The unwanted. European refugees in the twentieth century*, Philadelphia, Temple University Press, 2002).

En esta línea, el libro de Ángel Herrerín se fija en lo referido no tanto a la emigración de las élites políticas e intelectuales, sino que avanza hacia el conocimiento de los anónimos y forzados protagonistas de la huida de su tierra, y lo hace a través del análisis de las fuentes económicas que muestran las vías a través de las cuales se organizó la salida material y el asentamiento en el exilio. Pese a la dificultad que impuso la huida, muestra el libro la estructura de ayuda que se elaboró con fines asistenciales, especialmente a través de una de esas organizaciones, la JARE (Junta de Auxilio de los Republicanos Españoles), entre su creación, en noviembre de 1939 y su incautación por el gobierno mexicano en noviembre de 1942. De todo ese período se analizan los múltiples problemas por los que atravesó, principalmente por razones políticas, dado que la distribución de ayuda se guió, en muchos casos, por filias y fobias ideológicas más que por criterios de ayuda humanitaria. Hay que tener en cuenta, pese a ello, que este conjunto de

iniciativas vivió un tiempo convulso, pues pocos meses después del final de la guerra civil comenzaba la segunda guerra mundial, por lo que el traslado de refugiados se hizo extraordinariamente complicado. No es difícil evocar la escena de la película *Casablanca* (1942) en la que el joven matrimonio trataba por todos los medios de salir de la ciudad rumbo a EE.UU., para imaginar las reales dificultades de los españoles que se encontraron en iguales circunstancias. En este sentido, cabe destacar el análisis de las gestiones y de la recepción que países como la República Dominicana de Trujillo, preocupada por su imagen internacional, con pretensiones de "blanquear" la raza, y esperando recibir las inversiones que ayudasen al asentamiento de los españoles. Sin embargo, éste destino acabó resultando un fracaso y fueron muy pocos los que se quedaron de forma estable. De hecho, fue sobre todo México, el que brindó una mejor y más amplia acogida a los españoles, incluso a pesar de su propia situación interna y de las presiones de ciertos sectores en contra de la presencia de una inmigración claramente marcada por su ideología extremista. Pese a todo, destaca el gran papel realizado por la representación diplomática mexicana bajo el gobierno de Vichy, pues ella se encargó de la gestión de los fondos y del envío de los refugiados hacia América ante una administración, la de Petain, claramente favorable a Franco. En septiembre de 1940 se calculaba en unos 130.000 los refugiados que permanecían en Francia (p. 71), muchos de ellos con la amenaza de la extradición. Esto obligaría a los representantes diplomáticos mexicanos a gestionar un servicio jurídico que hiciera frente a estas peticiones del gobierno de Franco (en marzo de 1941 se elevaba a unas 2.000 peticiones, p. 76). De ahí que un elemento central fuese la decisión sobre quiénes habían de abandonar Europa, estableciéndose la pugna entre los partidarios de enviar a quienes tuvieran más riesgo de ser extraditados, es decir, los altos cargos republicanos; y quienes pensaban que todos tenían que tener iguales oportunidades, priorizando a aquellos que estuvieran en peores condiciones de vida. También aquí surgieron acusaciones de partidismo, y entre quienes más se quejaron de él estuvieron los cenetistas. De hecho, en el barco *Nyassa*, que llegó a México en mayo de 1942, viajaron 396 pasajeros, de los que sólo 3 pertenecían a la CNT y 4 al PCE, por 106 del PSOE, 81 de Esquerra o 60 de Izquierda Republicana (p. 89). Hubo ayudas a refugiados españoles en otros países, como Inglaterra, Portugal, Suiza, Suecia, pero sobre todo a los llegados a otros países latinoamericanos (los de Chile seleccionados, por ejemplo, por Pablo Neruda, cónsul en París, que primó a los pertenecientes a organizaciones comunistas).

Ya desde el comienzo de su andadura, la JARE, inspirada y gestionada directamente por el socialista Indalecio Prieto, chocó con Juan Negrín y el SERE (Servicio de Emigración de Republicanos Españoles/ Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles) y sus servicios anexos,

como el CTARE (Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles). Uno de los primeros motivos de enfrentamiento fue la cuestión del *Vita*, el barco que transportaba un cargamento de alhajas y bienes incautados durante la guerra, y cuyo contenido nunca se llegó a saber con certeza, ni su valor, ni el fruto de su venta, en ocasiones precipitada por el convulso contexto internacional y por el temor a una reclamación oficial desde la España franquista. Este "tesoro", que por azar cayó en manos de Prieto, fue el embrión para la creación de la JARE, cuyos estatutos aprobaba la Diputación Permanente de las Cortes en el verano de 1939. Como señala el autor, "[e]stos fondos eran la base primordial de la JARE y, en las duras circunstancias del exilio, su posesión implicaba un poder excepcional, al que el dirigente socialista no estaba dispuesto a renunciar" (p. 9). Pero además, estuvieron también los recursos generados por los valores que se mantuvieron en poder del grupo gestor de esta organización, así como el material aeronáutico que se había adquirido para la República y que el final de la guerra dejó sin entregar.

Después de analizar con detenimiento estas fuentes de recursos, describe Ángel Herrerín con detalle el destino de las mismas, canalizada a través de la Comisión de Socorros a los refugiados españoles que los solicitasen. Es en aspectos como éste donde se aprecian las desigualdades y el uso político de los fondos de ayuda, pues, como recoge en la tabal y el gráfico de la página 27, la mayoría de estos, un 61% fue a parar a manos de republicanos y socialistas, generalente además pertenecientes a los grupos dirigentes de esas organizaciones. Todavía hoy causa sonrojo la situación y el autor señala: "al calificativo de elitista en el reparto de las ayudas, había que añadir el de tacaño, pero sólo con los más débiles, pues las cantidades […] eran una auténtica miseria" (p. 30). Además de esta comisión, se oganizó también un Comité Femenino, encargado fundamentalmente de la instrucción y educación de los hijos de refugiados de escasos recursos, así como de la organización de albergues y comedores. De entre sus ámbitos de actuación destaca el Colegio Madrid y el haberse ocupado de los niños de Morelia. En tercer lugar se ocupó la JARE del servicio médico farmacéutico, "una de las actividades más importantes de las desarrolladas" (p. 44), pues sirvió para mejorar las maltrechas condiciones de salud de muchos de los refugiados. Además de esta labor asistencial, y en contrapartida por la generosa recepción que tributó México, se procuraron poner en marchas iniciativas agrarias e industriales, canalizadas las primeras a través de los asentamientos rurales que impulsó el presidente Lázaro Cárdenas y las segundas a través del HISME (Gabinete Hispano Mexicano de Estudios Industriales), cuya pretensión era crear industrias. Si algo puede caracterizar ambas iniciativas fue su fracaso, las primeras por carecer de mano de obra cualificada, pues la mayoría de quienes emigraron tenían como profesión tareas del sector secundario y sobre todo terciario (77'84% en total); las segundas, por la incapa-

cidad para culminar actividades que dependían por completo de las ayudas que recibían. Paradójicamente, además, como señalaba Indalecio Prieto en febrero de 1940, tenían que ser estas empresas de "carácter genuinamente capitalista, desechando todo sistema de pseudo-colectivización e imponiendo a nuestra mano de obra el sentido indispensable de la disciplina" (p. 50).

En todos estos casos, tanto los vinculados a la prietista JARE como a la negrinista SERE, las acusaciones de partidismo en la concesión de ayudas fueron constantes. Esto llevó al enfrentamiento continuo entre las diversas organizaciones de refugiados españoles (FME, Fundación México España; AIEM, Asociación de Inmigrados Españoles en México), que recurrían con frecuencia a las autoridades mexicanas. El problema es que en estas controversias "terminaron perdiendo de vista […] el fin último de su cometido: la ayuda a los exiliados españoles. Ambos grupos administraron los bienes, en demasiadas ocasiones, como si fueran organizaciones privadas y manejaron los fondos sin ningún tipo de control por parte del conjunto del exilio español. Estas circunstancias favorecieron que actuaran dando preferencia a los militantes de sus partidos o afines, olvidando que los fondos pertenecían a todos los españoles exiliados" (p. 159). Esta controversia permanente se reflejó con claridad en el proceso de incautación de la JARE por el gobierno mexicano, cansado de los conflictos y de las repercusiones que tenían en su situación interna, así como de la escasa transparencia de Prieto y su equipo en la gestión de los fondos. Tras tres años de gestión a cargo de la CAFARE (Comisión Administradora del Fondo de Auxilio a los Republicanos Españoles), a la que también se acusó de partidismo y elitismo, aunque de forma mucho menos virulenta que a sus antecesoras, los restos de este entramado pasaron a incorporarse al recién constituido gobierno de la República en el exilio presidido por Giral desde julio de 1945. No consiguió este gobierno grandes resultados, pues ni pudo saber los fondos reales de los que se dispuso en los años previos, ni consiguió suavizar las relaciones tensas entre los distintos sectores del exilio. Prieto no obtuvo la aprobación de su gestión al frente de la JARE y, en buena medida, la crisis del gobierno Giral, en 1947, respondió en parte a esta cuestión. Como concluye el autor: "Indalecio Prieto no obtuvo el refrendo a una gestión que resultó ser una moneda con dos caras bien distintas: en el dulce anverso, Prieto recuperó el liderazgo en el seno de su partido, influyó de forma determinante en las instituciones republicanas y, en fin, ocupó el centro de la vida política del exilio español. En el amargo reverso, Prieto se convirtió en el objetivo de las críticas, la ira y el desdoro de todos aquellos que se sintieron marginados por su actuación al frente de la Delegación de la JARE en México" (p. 236).

Ángel Herrerín López es profesor en el Departamento de Historia Contemporánea de la UNED en Madrid y de la Fundación Ortega y Gasset en Toledo. Ha sido profesor visitante en la Universidad de Minnesota. Entre sus libros cabe destacar *La CNT durante el franquismo*.

Clandestinidad y exilio, 1939-1975 (2004), así como un buen número de artículos en libros y revistas.

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Sevillano Calero, Francisco, *Rojos. La representación del enemigo en la guerra civil*, Madrid, Alianza Editorial, 2007. 183 pp. ISBN: 978-84-206-4831-6.

Introducción, 11; 1. La distinción del enemigo, 19; 2. El terror rojo, 43; 3. Madrid, capital roja, 63; 4. Patología del marxismo, 87; 5. Retratos de mujer: "rojas" y "azules", 107; 6. Humorismo del enemigo, 127; 7. El humor que fluye de la radio, 141; 8. La estigmatización de los vencidos, 169. Epílogo. A modo de conclusión teórica, 175; Índice analítico y onomástico, 181.

La percepción que tenemos del mundo depende de un conjunto de categorías a través de las cuales las hacemos comprensibles. Estas formas de ver lo que nos rodea son instrumentos que cada cultura, cada sociedad, crea de forma explícita o implícita y con un evidente sentido práctico. Sus manifestaciones pueden ser palmarias, como en los tópicos o estereotipos, pero pueden llegar a ser extraordinariamente sutiles, como expresó con claridad Victor Klemperer en su *LTI*. En cualquier caso, uno de los caminos que éstas adoptan es el lenguaje, difícilmente comprensible ya como una mero reflejo de la realidad y sí, en cambio, herramienta de percepción.

El libro de Francisco Sevillano nos muestra un ejemplo de esta herramienta, el uso del lenguaje como constructor de una realidad, como proceso de consolidación de la imagen del enemigo tanto en la guerra civil de 1936 como a partir de ella. El "descubrimiento" de la propaganda como instrumento para ello añadió una nueva forma de violencia, hizo más global un enfrentamiento que mostraba la novedad de una guerra en la cual habían desaparecido viejos códigos caballerescos, enterrados definitivamente en las riberas del Somme o del Mosela, cuando las tempestades de acero que aún cobijaban ideales de juego limpio y lucha civilizada dieron paso a un ser humano concebido de forma muy diferente. Como señala el autor: "La yuxtaposición de varias formas de violencia provocó el exterminio del enemigo, haciendo que la violencia extrema fuera no sólo un medio, sino un fin: la depuración de España por la sangre, que muchos entendieron como una contrarrevolución preventiva" (p. 14). En este sentido, la categorización del enemigo no como contrincante, sino como el mal que requería ser destruido –como señalara Carl Schmitt–, generalizó su repercusión más allá de los combatientes y exigió la deshumanización y ridiculización de *todo* aquel que estuviese en el lado considerado incorrecto.

Francisco Sevillano nos muestra este proceso de construcción del enemigo, los "rojos", por el bando nacional. Tal vez lo más llamativo sea la extensión de esta construcción a cuantos ámbitos fuese posible, y la adopción de formas y estilos diversos a través de los cuales influir más. El humor, el drama, el discurso "científico", todo ello fue utilizado para crear un modelo que sirviese para "comprender" lo ocurrido. Además, esta base es la que se utilizó en la posguerra para delimitar el territorio de actuación de una legislación destinada a combatir a los *vencidos*, la categoría que tomó la alternativa a los *enemigos*, tras el primero de abril de 1939. Aquí resalta el autor la concepción de la mujer "enemiga" desde los parámetros nacionales, a la que no sólo se la deshumaniza, sino que se le priva de cualquier aspecto de su condición para así resaltar el ideal buscado por el nuevo régimen: "La mujer nacional-sindicalista tenía que tener un sentido social profundamente cristiano, anónimo, disciplinado, exaltado de fe y de voluntad de servicio, sin más aspiración que la paz procurada por el deber cumplido" (p. 109).

Esta construcción se nos muestra en las páginas de este libro a través de un buen número de textos –procedentes de fuentes diversas: libros, prensa, revistas científicas y populares, radio– sumamente expresivos de la forma que la propaganda adoptó en el bando nacional y reveladores asi mismo de la confianza depositada en la socialización de la población a través de un conjunto de instrumentos encauzados en la dirección requerida por el poder. También aquí asoman las figuras de autores como Juan Tusquets –analizada recientemente por Jordi Canal–, Antonio Pérez de Olaguer, Alberto Martín Hernández "Spectator", Agustín de Foxá, Antonio Vallejo Nájera, Carmen de Icaza, Joaquín Pérez Madrigal, autores de los argumentos utilizados en la difusión de los nuevos principios. Con todo ello se puede tanto definir a quien no comparte los principios propios, como mostrar las características de quien los lanza, es decir, puede sernos útil para conocer el trasfondo que sustenta las convicciones de los nacionales durante la guerra y de los vencedores tras ésta: "bajo los códigos morales subyace una imagen determinada de la naturaleza humana, un mapa concreto del universo y una versión particular de la historia, o lo que es lo mismo, un núcleo de estereotipos psicológicos, sociológicos e históricos, que hace que la opinión pública sea principalmente una versión moralizada y codificada de los hechos" (p. 35).

En definitiva, estamos ante un nueva lectura de unos textos que aportan un mayor conocimiento del trasfondo que guió las conductas de los vencedores en la guerra civil de 1936. Esta lectura en clave cultural del pasado nos aporta nuevos instrumentos de comprensión del pasado y enriquece considerablemente nuestra visión. Sea por tanto bienvenida esta aportación en una trayectoria que está contribuyendo a que podamos entender mejor un tiempo difícil.

Francisco Sevillano Calero, profesor titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Alicante, se ha especializado en la historia de España durante la II República y el franquismo, sobre lo que ha realizado un buen número de publicaciones: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo* (1998), *Ecos de papel. La opinión de los españoles durante la época de Franco* (2000) y *Exterminio. El terror con Franco* (2004). Ha elaborado además una nueva edición de Charles V. Langlois y Charles Seignobos, *Introducción a los estudios históricos* (2003).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Buchanan, Tom, *The impact of the Spanish Civil War on Britain. War, loss and memory*, Brighton, Sussex Academic Press, 2007. X+267 pp. ISBN: 1845191269.

Cap. 1. 'A far away country of which we know nothing'?. British perceptions of Spain and its civil war, 1931-1939, pp. 1-22; Cap. 2. Journalism at war. George Lowther Steer, Guernica and the resistance to fascist aggresion, pp. 23-42; Cap. 3. The masked advance. Politics, intrigue and British medical ais for the Spanish Republic, pp. 43-63; Cap. 4. The lost art of Felicia Browne, pp. 64-82; Cap. 5. Mobilising art. British artists and the Spanish Civil War, pp. 83-97; Cap. 6. The death of Bob Smillie, the Spanish Civil War, and the eclipse of the Independent Labour Party, pp. 98-121; Cap. 7. Loss, memory and the British 'Volunteers for Liberty", pp. 122-140; Cap. 8. My country right or left. John Langdon-Davies and Catalonia, pp. 141-57; Cap. 9. Spain rediscovered. British perceptions of Franco's Spain and the advent of mass tourism, 1945-1975, pp. 158-174; Cap. 10. The Spanish Civil War in British politics since 1939, pp. 175-96; Notes, pp. 197-253; Select Bibliography, pp. 254-7; Index, pp. 258-67.

He aquí una obra que resulta de la acumulación de trabajos previos, bien sean los que ya han sido publicados, bien los presentados en diversos seminarios académicos. De alguna manera se pone de manifesto la continuada construcción del relato histórico a la que hacían referencia Justo Serna y Anaclet Pons en *La historia cultural*. En buena medida estamos ante un ejemplo de una forma de hacer historia en la que no hay un hilo conductor evidente (político, social, intelectual…), sino más bien un proceso, una acumulación que no es erudita, sino interpretativa, enriquecedora y, en buena medida, sin final. Tal vez nunca como en el momento actual estemos más claramente ante una disciplina que asume sus limitaciones y, para evitarlas, enriquece constantemente su relato. Una narrativa fluída que asume su caducidad pero la trata de frenar mediante el convencimiento de lo que puede aportar. No es de extrañar que en ello juegue un papel de considerable importancia la memoria, que en este caso cierra el subtítulo, aunque eso no implique una importancia menor. Más bien al contrario, es la memoria la que preside el conjunto de los textos aquí reunidos, porque no se trata de un

repaso historiográfico a la narrativa elaborada por los historiadores, sino más bien la huella dejada por un hecho histórico en un país, el Reino Unido.

Evidentemente, los factores que intervienen en las percepciones que sobre un conjunto de hechos se consolidan, pueden ser –y de hecho son–, enormemente variadas, y algo de ello hay en el primer capítulo de este libro, apasionante como puede serlo asomarse a curiosear un espacio habitualmente cerrado, oculto a las miradas. Las percepciones británicas sobre la España de la II República y la Guerra Civil parten de una constatación: no era tan desconocida como se dijo, pues el interés hacia ella venía de antiguo. Otra cosa es que esas interpretaciones coincidieran o, incluso, se asemejaran. Para empezar, cabe decir que la visión de España anterior a la guerra estaba marcada por una conciencia de la rivalidad histórica. Pero con la llegada de la II República despertó el interés, tanto entre sus partidarios como entre sus detractores, aunque en buena parte de ellos permanecieron arraigadas ideas comunes sobre el carácter nacional, necesarias para poder interpretar aquello a lo que asistían. De ahí la presencia de imágenes de incompetencia, pereza, crueldad y violencia, o individualismo extremo, aunque se matizase incluso a nivel regional.

Otra visión arraigada era la del carácter rural de España, aunque existían diferencias. Así, para la derecha, los campesinos del norte y el centro eran ejemplo de conservadurismo, mientras que el proletariado urbano era ejemplo de ignorancia. Por su parte, la izquierda prestaba mucha atención al campesinado rural anarquista del sur, ignorando incluso al proletariado urbano y al desarrollo industrial. "These characteristics reinforced the tendency to see Spain as a fundamentally different kind of society from the modern, industrial Britain of the 1930s. […] Both right and left shared these categorizations, though they would draw very different conclusions about which side best embodied them during the Civil War" (pp. 6-7). Sin embargo, ante lo incomprensible, acababan recurriendo a la idea del carácter nacional para tratar de explicar lo que ocurría, resurgiendo con fuerza el componente individualista de los españoles. Todos los cambios producidos desde el inicio de la II República se habían tratado de adaptar a un discurso de lucha entre la vieja y la nueva España, pero el estallido de la guerra puso difíciles las cosas con un anarquismo sin control o la presencia de las mujeres en las barricadas. Hubo que construir nuevos elementos para afianzar la solidaridad con el pueblo español. Esto vino de la mano de la presencia nazi y sobre todo de sus bombardeos urbanos; también se explotó el miedo racial asociado al uso por los nacionales de las tropas marroquíes, asociadas a violación y saqueo.

El discurso de la izquierda fue tendiendo hacia la presentación de la lucha entre la civilización, entre las mejoras de la república y el salvajismo de un reducido sector que luchaba contra el pueblo. Sin embargo, esta visión

era simplista e irreal, dadas las divisiones internas sólo superadas por los intentos unitarios del Partido Comunista. Incluso el desarrollo de una revolución no fue apreciado, aunque el uso de la palabra estaba ya instalado en el análisis sobre España desde 1931 y por supuesto en 1934.

Para el autor, las opiniones de la derecha son menos sencillas de delinear, en parte porque el gobierno conservador era un firme partidario de la no-intervención y paulatinamente favorable a Franco. Había sin embargo diferencias, pues una mayoría no acababa de entenderse el interés por una cuestión que veían como secundaria frente a los problemas de la paz en Europa. En cualquier caso, preferían los métodos de los nacionales frente al riesgo del comunismo o la anarquía. Sin embargo, su actuación tuvo menor repercusión que la de la izquierda salvo algunos individuos concretos en el Parlamento y algunos grupos de presión. Este discurso, como en la izquierda, hubo de adaptarse con el inicio de la guerra: "In almost a mirror image of the left's view, the right glorified the 'old Spain' and presented it as a haven of lawfulmess and natural hierarchy" (p. 17).

Esta necesidad de adaptar la imagen en cada caso, hizo que desde ambas partes se acabase recurriendo a los estereotipos sobre los españoles ya disponibles. Una consecuencia fue la de exagerar la imagen de España como única, exótica y remota respecto al resto de Europa. Sin embargo, el transcurso de la guerra vio cambiar los estereotipos dominantes, culminando, tras la victoria franquista, con un retroceso de las visiones positivas, regresando a los estereotipos tradicionales.

Tal vez uno de los aspectos más llamativos para los británicos en relación con España sea el de la percepción de lo regional. Y en ese contexto, los casos más llamativos eran los del País Vasco y Cataluña. Dos capítulos se dedican a esta cuestión a través del análisis de la figura de dos figuras relevantes. Así, el segundo capítulo se centra en la visión británica del bombardeo de Guernica, especialmente a través del relato de Steer y sus repercusiones, la respuesta por parte de los nacionales, y las críticas que aún perduran, especialmente las relativas a la objetividad de Steer. Declarado partidario de los vascos, la pregunta que se plantea Buchanan es la de si esa inclinación afectó a su relato. Por ello, el objetivo de este capítulo es interpretar las actividades de Steer en los años treinta a la luz de nuevas fuentes, especialmente la correspondencia que mantuvo con el político laborista Philip Noel-Baker. Puede decirse que Steer estaba personalmente en guerra contra el fascismo en parte como resultado de su propio carácter y su formación británica, respetuoso de los valores del juego limpio, la integridad y el apoyo a los desfavorecidos. Además de su capacidad para entrar en relación con los más destacados personajes, le influyó de manera muy directa la muerte de su mujer e hijo, que lo situó de forma más plena al lado de la causa vasca, aprovechando que su terreno de actuación preferido se situaba

siempre en la delgada línea entre el periodismo, la política y la diplomacia. En este contexto tuvo lugar el bombardeo de Guernica, que causó una enorme impresión en el Reino Unido y decidió a la opinión pública a favor de la República y a acciones como la recepción de los niños vascos en suelo británico. Pese a las acusaciones de parcialidad que recibió, siguió tratando de defender la causa vasca, presionando a los políticos británicos, franceses e incluso a la Sociedad de Naciones y al consul de EE.UU. Sin embargo, al rendirse los *gudaris*, su implicación en la guerra civil terminó en buena parte, aunque seguiera viéndola como la lucha contra el fascismo.

Una de las críticas a su obra fue que él mismo reconoció haber falseado noticias cuando trabajaba en Abisinia en 1940-1, argumento que sirvió a los nacionales para considerar falso su reportaje sobre Guernica. Steer también reconoció sus contactos con el servicio secreto en esa época, a lo que hay que añadir su activo compromiso con la causa vasca, que le llevó a colaborar con el Gobierno Vasco y a apoyarlo activamente. Aunque no se puede decir que Steer coreografió la respuesta británica, no hay duda de que sus informes privados influenciaron a la opinión política de la misma manera que sus despachos públicos incidieron en la opinión pública. En un tiempo en el que la izquierda usaba los recursos democráticos de una manera puramente instrumental, Steer era raro en su deseo de ver no sólo el triunfo de las formas democráticas sino también de los valores y las prácticas democráticas.

Por su parte, y en referencia a Cataluña, analiza en el capítulo ocho la figura de John Langdon-Davies, cuya relación con esta comunidad se articuló en torno sobre todo a tres momentos: los años veinte, la guerra civil y el período entre su regreso a España en 1949 y su muerte en 1971. En los tres hubo un libro: *Dancing catalans* (1929); *Behind the Spanish barricades* (1936) y *Gatherings for Catalonia* (1953). En ellos se ve su percepción de Cataluña y el nacionalismo, pero también de la política española. Su primera estancia fue una especie de reacción frente a la mecanización de Europa, de ahí su vínculo con el Pirineo y el mundo rural que transmitió en su libro, una forma de vida y una sociedad de lo que todavía era un remoto rincón de Europa. Admiraba y se sentía cómodo con un nacionalismo irénico, sin ejércitos ni colonias y rural. Durante la guerra, el catalanismo previo se diluyó en el seno de la Europa del momento, que, si bien no le condujo al comunismo –de hecho, acabó repudiándolo después del pacto nazi-soviético–, lo mantuvo como un intelectual de izquierdas y antifascista. De ahí también su rechazo al catalanismo, al que consideraba escasamente cercano a la República. En su libro de este tiempo, los héroes no eran los intelectuales, sino el humilde pueblo de España. También presente en las jornadas de mayo de 1937, criticó al POUM y su visión se vio a su vez cuestionada por Orwell en *Homenaje a Cataluña*, que criticó con dureza a Langdon-Davies. A raíz de estos hechos y de las repercusiones polémicas de ellos, dejó de escribir

sobre cuestiones políticas y se centró en la repercusión de los bombardeos, especialmente en lo que tocaba a su impacto en Inglaterra. En 1949 volvió a España y montó un hotel en Cataluña, en parte como huida de la realidad británica. Pese a su rechazo al régimen de Franco, se acomodó a él, quizá de forma más sencilla que otros británicos por el hecho de que su anticomunismo había crecido. El tono político era cada vez menor, y él mismo constató que tras tres guerras, lo que quería era cierto escapismo. Constató así una creencia: que la esencia de las culturas viviría e incluso florecería a despecho del régimen político existente.

El tercer y cuarto capítulos se centran en la presencia de británicos en actividades concretas durante la guerra. El caso de Felicia Browne es peculiar por haber muerto como miliciana, en combate, según recoge en capítulo cuarto, tras haber asistido al inicio de la guerra en Barcelona. Dibujante y artista, convencida antifascista e integrante del Partido Comunista Británico desde su estancia en Alemania, el 19 de agosto de 1936 partió hacia el frente, en el que realizó varios bocetos de los milicianos, para fallecer el 22 de ese mismo mes. Si figura es un buen ejemplo del compromiso ideológico y del activismo del momento, en el que había que aportar cualquier capacidad al esfuerzo bélico. El capítulo tercero, dedicado al análisis del *Spanish Medical Aid Committee* (SMAC), se vincula al protagonizado por Felicia Browne en su protagonismo femenino, ya que este organismo reclutó y sostuvo a unas 150 personas en España, más de un tercio de las cuales eran mujeres. Su trabajo, especialmente en cuestiones de transfusión de sangre y triaje, despertó el interés de la profesión británica, aunque también se cobró un alto precio en lo que respecta a las bajas de este personal asistencial y en las secuelas psíquicas posteriores. Existe la tentación de analizar esta unidad médica como un elemento ideológico más, pero advierte el autor que se puede caer en la simplificación si se hace así. De hecho, muchos testimonios de quienes participaron consideran que la opción política era un argumento menor, aunque de hecho, ésta estuviera muy presente, generando tensiones con el PCE.

El SMAC fue la primera organización voluntaria significativa creada en el Reino Unido como respuesta a la rebelión militar. Fue el fruto de la colaboración entre miembros de la *Socialist Medical Association* (SMC) y activistas políticos de extrema izquierda, en una diversidad que generó conflictos. Sólo mediante el acuerdo de evitar la política y centrarse en cuestiones humanitarias, se consiguió solventar los roces. La primera unidad salió ya el 23 de agosto, y pese a las actitudes apolíticas, se tendió a contactar con el PCE, aunque los contactos con el anarquismo llevaron a problemas en el hospital de Grañen e hicieron que la unidad pasase a manos españolas y sus integrantes se distribuyeran en las Brigadas Internacionales. A partir de enero de 1937, por tanto, no puede hablarse ya de una unidad británica

sanitaria. Esta medida restó glamour político al voluntariado, pero con ella se ganó en eficacia. Sus integrantes reflejaban bien la situación profesional británica, pero también la cualificación política en la que unían el entusiasmo ideológico con la ambición profesional (que les llevó a realizar publicaciones con sus experiencias médicas) y la juventud. En general, el reclutamiento de voluntarios se ciñó a un perfil profesional y en lo político se acabó pidiendo, al menos, que fuesen anti-fascistas. Los médicos generalmente eran comunistas o estaban cerca, pero no tanto las enfermeras que declaraban en su mayoría estar movidas más por sentimientos humanitarios que por motivos políticos.

Más allá del activismo sobre el terreno, dedica el autor su capítulo quinto al viaje del Guernica a Inglaterra en el otoño de 1938, ya estudiado –y a él se remite– en el libro de Gijs van Hensbergen (*Guernica. La historia de un icono del siglo XX*, Barcelona, Debate, 2005 –ed. original, de 2004–, pp. 105-120). Este recorrido del cuadro le sirve para centrar el análisis en el papel de los artistas británicos en relación a la guerra civil, mucho menos estudiados que los literatos, pero que realizaron grandes esfuerzos por apoyar a la República. Muchos de ellos se agruparon desde 1935 en la Artists International Association (AIA), en la que pugnaron los estilos del momentos como plataforma política, oscilando entre el realismo de inspiración soviética y el surrealismo de Penrose. De ahí que para el otoño del 36 el apoyo a la República fuese ya significativo, a lo que se añadió el impacto causado por la muerte de la citada Felicia Browne. No hubo críticas por la destrucción de arte sacro, e incluso teóricamente se criticaba el arte barroco. Todo ello formaba parte de una pregunta más amplia: ¿cuál era el papel político del artista en general y en las circunstancias concretas de la guerra? De hecho, en comparación con los literatos, fueron pocos y no muy destacados los artistas que participaron de una u otra forma en la guerra. Su colaboración se centró en la cesión de obras mediante las cuales conseguir fondos o en la colaboración en la presión hacia las autoridades y la sociedad británica.

El capítulo sexto trata de la muerte de uno de los más cercanos a George Orwell, Bob Smillie, al que durante mucho tiempo se consideró que había muerto en circunstancias oscuras. A partir del informe realizado por David Murray, representante del Independent Labour Party (ILP) en España, trata de establecer las circunstancias de su muerte y, además, la posición de este partido en el Reino Unido en torno a la cuestión española y a su propia situación en la izquierda británica, así como la posición del POUM. Tras pasar por diversas actividades, a fines de abril de 1937 Bob Smillie obtuvo permiso para trasladarse a París e Inglaterra, pero fue detenido antes de salir de España y encarcelado. En el contexto del enfrentamiento entre las posturas revolucionarias del POUM y el anarquismo y la primacía dada por el PCE a la victoria militar, Smillie –como Orwell, Mary Low o José Robles– era

partidario de simultanear revolución y guerra. Además estaba la cuestión autonómica, muy fuerte en Cataluña y que Smillie, escocés, veía favorablemente.

Prisionero Smillie en Valencia, fue David Murray, miembro del ILP, pero hombre de negocios y buen relaciones públicas, el que se hizo cargo de las gestiones. Hubo presiones para liberar a Smillie, pero la enfermedad y rápida muerte y entierro, que para Orwell eran sospechosas, no lo fueron tanto para Murray. Sólo veía el problema del escaso castellano de Smillie, que le había llevado a contestar cuestiones que le comprometían por no comprender bien las preguntas. Además, le perjudicó la ineficiencia e incompetencia, típicamente españolas, de la detención, que se prolongó mucho más de lo debido. Pese a las sospechas de Orwell, Murray pudo constatar las condiciones flexibles de la prisión y pudo eliminar muchas de las reticencias del escritor respecto a la muerte de su camarada, así como las de la dirección del ILP. Pese a ello, hay inconsistencias en el informe final, que el POUM y otros grupos trataron de explotar arrojando dudas sobre la explicación recibida, lo que inquietó considerablemente a una familia que había recibido la noticia con dignidad y moderación, y que pasó a considerar que la dirección del ILP les ocultaba información. La postura de ésta fue la de tratar de no perturbar a la familia con aspectos oscuros, pero también la de proteger a la República de las críticas, la de mantener las relaciones con los comunistas y además la de conservar la posibilidad de ayudar a otros prisioneros.

Un aspecto controvertido en relación a la guerra civil española y, en general en lo relativo a cualquier conflicto bélico, es el del recuerdo del mismo. En el caso británico, hubo unos 2400 voluntarios que lucharon en España, de los cuales murieron unos 500, generando un intenso sentimiento de pérdida y una memoria intensa sobre esos acontecimientos. Ya en 1991 Hywel Francis advirtió de que no era lícito dejar de lado los traumas, emociones y sacrificios personales y familiares de una guerra que muchos percibían como justa. En el capítulo siete, se trata de afrontar el impacto personal del voluntariado y la cuestión de la pérdida en particular tanto desde el punto de vista del combatiente como del entorno de éste; y cómo la memoria de los voluntarios británicos se elaboró, tanto durante la guerra como después de ésta.

El voluntariado británico hacia la guerra civil fue encauzado en su mayor parte por el PCGB, que obtuvo un claro objetivo político con ello, aunque esto a veces implicase una cierta desatención hacia las personas que llevaban a cabo esa acción voluntaria, que fue declarada ilegal en el Reino Unido en enero de 1937. Además estaba la campaña de los periódicos conservadores, que aprovechaban cualquier resquicio para mantener la retórica de que eran mercenarios a sueldo de Moscú y debilitar su papel e imagen. Estaba claro que, más allá del establecimiento del batallón británico en 1936,

el cuidado de los voluntarios y sus cercanos era algo secundario, pese a que la presión hizo que en ocasiones el propio PCGB procediese a la repatriación de alguno de ellos. Sin embargo, quienes morían sustentaban una retórica de lucha por la causa de la libertad y la democracia, y sus familias eran presentadas como una unidad que aceptaba con bravura y orgullo la pérdida. Sin embargo, esta imagen no era unánime y fueron numerosas las quejas. Por su parte, los supervivientes experimentaron también una profunda pérdida, tanto por los compañeros muertos como por el resultado de las operaciones en las que se vieron implicados. Además esto se complicó con la derrota republicana. Esto se tradujo en traumas, en una intensa camaradería, pero también en una sensación de marginación a su regreso. Pese a las quejas, a las que se procuró aislar, "the Communist Party proved extremely successful at providing meaning for the tragic loss of life in Spain and the suffering of the volunteers' relatives" (pp. 134-5). Así, de los primeros homenajes a figuras concretas se pasó, especialmente tras la batalla del Jarama, a conmemoraciones colectivas, planificadas para obtener el máximo impacto emocional. Estos actos llegaron a su culmen con la retirada de las Brigadas y el retorno del batallón británico en diciembre de 1938. Tal vez lo más llamativo para el autor sea el escaso impulso dado a la creación de memoriales públicos, la mayoría de los cuales se erigieron a mediados de los años setenta.

Los dos últimos capítulos recogen la visión de España y las repercusiones de la guerra en el período posterior a la misma. El capítulo nueve da cuenta del reconocimiento paulatino entre España y el resto de occidente que también tocó de cerca a los británicos, incluso a los antiguos voluntarios pro-republicanos. Esta normalización de relaciones hizo que España pasase de ser un país dictatorial y atrasado a verse con buenos ojos. Durante los años cuarenta, se la veía como una tierra desconocida, remota y de alguna manera ajena, algo incrementado por la impopularidad del régimen de Franco. Sin embargo, esta actitud fue cambiando, sobre todo porque el miedo al fascismo dio paso al miedo al comunismo. Por otra parte, la posguerra mundial y su ambiente de austeridad bajo el gobierno laborista, conspiraban para que el Reino Unido pareciera menos atractivo que España. Norman Lewis, Gerald Brenan, Rose Macaulay, Sacheverell Sitwell, V.S. Pritchett, o Robert Graves, ofrecieron una imagen en general positiva de España, en la que primaba algo común a todos, y es que España era diferente y, por ello, merecía la pena visitarla. Todos trataban de explicar el excepcionalismo español y el mantenimiento de la esencia de su cultura pese a la guerra y a la amarga posguerra. Era todavía un país que podían reconocer, en el que se sentían como en casa y en el que disfrutaban, con unas ciudades que eran como las inglesas del siglo XVII y en la que los tópicos y su curiosidad se centraba casi exclusivamente en el sur. Se mantenía un ambiente en el que el progreso como ellos lo vivían en Inglaterra,

quedaba la margen. La percepción de la diferencia mostraba las atrocidades de la guerra como algo esencialmente hispano. Pese a todo, pronto fue evidente para ellos que España estaba cambiando y mencionaban la condición de la mujer, la emigración a la ciudad y el creciente turismo. Además, apreciaban el declive de lo ideológico tanto en la propia España como internacionalmente.

Estos libros, pese a sus limitaciones, jugaron un significativo papel en el cambio de percepciones británico acerca de España. No sólo presentaron o recordaron España a miles de turistas, sino que mostraron un país que podía y debía ser visitado pese a las reservas que los turistas potenciales podían tener sobre el régimen político. De algún modo, prepararon el camino a la oleada turística posterior. Esta visión contrastaba con la de la izquierda, para la cual se trataba de un país cuyo régimen fascista había que erradicar. Esta actitud comenzó a cambiar a fines de los cincuenta, cuando el franquismo comenzó una política de liberalización económica acompañada de reformas políticas cosméticas. En los sesenta, la ejecución de Julián Grimau provocó un recrudecimiento de las críticas, especialmente en lo tocante a la cuestión de los derechos humanos, pero sin tocar tanto la cuestión del origen fascista. Este refuerzo de lo negativo del régimen contrastaba con la imagen del país como lugar de relajación y placer. Esta contradicción entre la crítica al régimen y la recomendación de vacaciones, se extendía a medios periodísticos de izquierdas, como *New Statesman*, e incluso a políticos de izquierdas, que atacaban al régimen pero iban de vacaciones a España.

En el último capítulo se muestra la continuada capacidad de influencia de la guerra en la política británica, especialmente en las tres décadas posteriores a 1939. Así, al acabar, la memoria de la guerra civil española quedó como patrimonio de la izquierda. De hecho, no podía verse de forma abstracta con 500 británicos muertos en ella y especialmente el PCGB y organizaciones próximas se encargaron de mantenerla viva. De hecho, la imagen de la guerra era la de una causa clara, sin matices, con un blanco y negro muy marcado. Sin embargo, la visión más compleja de Orwell comenzó a tener mayor acogida durante la guerra fría y de alguna manera se mantuvo, dice el autor, hasta la película de Ken Loach, *Land and freedom* (1995). Y es que incluso entre la izquierda la unanimidad no era común. Las primeras pruebas a ese recuerdo se presentaron desde el inicio de las hostilidades en la II guerra mundial. El pacto nazi-soviético puso las cosas difíciles a los comunistas. Ya con la amenaza de invasión alemana hubo quien señaló que la creación de la *Home Guard* le recordaba la creación de las milicias durante la guerra civil, y hubo ex-brigadistas que adiestraron a sus integrantes. Con la invasión alemana de la URSS, el PCGB pudo liberarse de las dificultades previas y utilizó más ampliamente la memoria anti-fascista que le proporcionaba la guerra civil, vinculando la intervención

británica con la lucha contra el fascismo iniciada en España. Sin embargo, para muchos británicos, *su* guerra situó la española muy lejos, pues la realidad propia superó los recuerdos. Tras la derrota de nazis y fascistas, la guerra civil perdió buena parte de su repercusión en la política británica. En el contexto de la guerra fría cundía la idea de que lo ocurrido en España era algo único, una creencia que se apoyaba en tres factores: "first, the 'black and white' clarity of the issues at stake, which compelled many individuals to take sides; secondly, the unprecedented breadth of the international political mobilisation in support of the Spanish Republic; and thirdly, the intense emotive power of the Republic's doomed struggle" (p. 188). Después de 1945 se buscaba la siguiente España y a la vez se veía la ausencia de otra gran causa. Esto hizo que las actitudes hacia la guerra civil griega (1946-9), por ejemplo, fueran muy distintas. Tampoco la situación en China fue similar, pese a las similitudes que se establecieron. A mediados de los cincuenta, la memoria de la guerra civil se fue convirtiendo en una medida inalcanzable del compromiso político, en algo que ya nadie estaba dispuesto a hacer. Tal vez lo único comparable fuese el caso de Hungría, o incluso la reacción ante la guerra del Vietnam. Para los comunistas, haber luchado en España supuso un elemento de mejora en su carrera política, hasta el punto de que hubo quien falsificó esa presencia. Además, la presencia en la guerra fue muy valorada entre diversos dirigentes sindicales como un factor que era recordado en prensa, como refuerzo positivo de una imagen pública. Por el contrario, la actitud de algunos conservadores les trajo consecuencias negativas en su posterior carrera política, en la que se les recordaron sus acciones entre 1936 y 1939. A partir de los sesenta, la referencia a la guerra civil fue retrocediendo paulatinamente, aunque se mantuvo en relación a la situación de Nicaragua o a la guerra de Bosnia e incluso la guerra de Irak en 2005. Ayudó también como elemento para crear una identidad colectiva en Gales cuando se estaba procediendo, bajo el gobierno de Thatcher, al desmantelamiento de la minería.

Tom Buchanan es Reader in Modern History de la Facultad de Historia en la Universidad de Oxford. Autor de *The Spanish civil war and the British labour movement* (1991), *Britain and the Spanish Civil War* (1997), *Europe's troubled peace: 1945-2000* (2005) y editor de *Political catholicism in Europe, 1918-1965* (1996).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Orduna Portús, Pablo M. (coord.); Álvarez Vidaurre, Ester; Imbuluzqueta Alcasena, Gabriel; Labeaga Mendiola, Juan Cruz; Mariezkurrena Iturmendi, David y Miranda Aliaga, Daniel, *Estudio etnológico sobre la artesanía y su significación cultural en Navarra*, Ataun, Fundación José Miguel de Barandiarán Fundazioa, 2006, 202 pp. ISBN 8493468908.

Presentación, Aurkezpena, Agradecimientos, Índice, Introducción, a) Definición de Artesanía y de artesano. Problemática en cuanto a su fijación y alcance. b) Finalidad y objetivos del trabajo. Capítulo 1. Metodología de trabajo. 1.1. Guía de estudio. 1.2. Marco geográfico. 1.3. Selección de informantes. Capítulo 2. La Artesanía en Navarra. 2.1. Clasificación de labores artesanas. 2.2. Figura del artesano. 2.3. Descripción del taller. Estructura y utilidades. 2.4. Materias primas: abastecimiento y usos. 2.5. Producción. 2.6. Ferias y mercados artesanales en Navarra. Capítulo 3. Oficios tradicionales. 3.1. La madera. 3.2. El metal. 3.3. La piedra. 3.4. El cuero 3.5. Elementos vegetales. 3.6. Los textiles. 3.7. La cerámica. 3.8. El vidrio y las vidrieras. 3.9. Cereros. 3.10. Papel cartón y encuadernación. 3.11. Instrumentos musicales. 3.12. Los molineros. Capítulo 4. Ayer y hoy de la Artesanía en Navarra (siglo XX). 4.1. Primeros intentos de asociacionismo. 4.2. Apoyos gubernamentales al sector artesanal. 4.3. Nuevas tendencias y tecnologías en la Artesanía: ¿Implantación o rechazo? 4.4. Difusión del sector artesanal en la actualidad. Capítulo 5. Valoración final. Anexos. Bibliografía. Resúmenes. Álbum fotográfico. Índice de figuras.

En la actualidad gran cantidad de obras pertenecientes al denominado Arte Popular son el fruto de un arduo trabajo artesanal basado en la técnica y la escuela trasmitidas de forma continuada de una generación a otra. Esta actividad ha dado como resultado distintos tipos de material mueble o inmueble, pero en todo caso perdurable, que refleja la adaptación del hombre al medio y a los recursos naturales que le rodean. Por ello, resulta de gran interés su estudio mediante técnicas de trabajo de campo propias de la Etnografía y la Antropología, con el fin de analizar la cultura, entendida como respuesta del ser al mundo y a su trascendencia.

Este libro es el resultado de una investigación etnográfica realizada por miembros del grupo Etniker Navarra bajo la coordinación de Pablo Orduna Portús con el apoyo de la Beca José Miguel de Barandiarán (2003). La investigación se inserta en el proyecto más amplio de la realización del *Atlas Etnográfico de Vasconia* por parte de Etniker Euskalerria. El objetivo de este trabajo colectivo es el estudio de las artesanías tradicionales del siglo XX y el análisis de las transformaciones sufridas en el sector durante dicho periodo. El propósito final es lograr describir desde el punto de vista antropológico los oficios artesanales y considerar su implicación en la construcción cultural y económica de una sociedad como la navarra. A su vez se pretenden considerar las causas de su transformación o extinción con el devenir de los avances tecnológicos y la industrialización. El estudio de campo ha sido realizado en la Alta Navarra, región de la Europa Occidental situada en la Península Ibérica entre los Pirineos, al norte, y el río Ebro, al sur. Con una extensión de 10.421 kilómetros cuadrados, el territorio tiene una población de 600.098 habitantes.

Los autores han centrado su atención en el sector artesanal de 32 localidades de Navarra. El principal criterio de elección de las mismas se

basa en la diversidad geográfica y poblacional de la región (rural y urbana). La metodología de estudio parte de la *Guía para una encuesta etnográfica* (Grupos de actividad. VI. Artesanía y profesiones varias) publicada por J. M. Barandiarán en 1974 y corresponde específicamente a cuestiones referentes a la Artesanía y al comercio tradicional (un total de 27 preguntas). El itinerario de trabajo ha sido completado con una extensa bibliografía sobre la zona de estudio y con documentación de aquellos lugares seleccionados para el trabajo de campo. El material recogido ha sido ordenado y expuesto de acuerdo con una definición consensuada del concepto de artesanía y del de artesano, así como de sus interpretaciones culturales y de la importancia social dada a sus técnicas.

El análisis de las artes populares comienza con la figura del artesano y continúa con la etnohistoria de las manufacturas navarras. También se aborda el concepto de Artesanía y de la figura del artesano en Navarra, así como la descripción de las diferentes redes de ferias y mercados, las imágenes populares del artesano que trabajan en el país y las celebraciones populares y religiosas. Dos largos capítulos se ocupan del marco concreto de estudio. El primero recoge un listado de artesanos activos hoy en día en Navarra junto a la información que han aportado. El segundo expone una interpretación sobre la situación del artesanado en la actualidad y su etnohistoria (asociacionismo, nuevas tecnologías, etc.). Dos subcapítulos se dedican a las nuevas tendencias en el diseño y a su extensión real. El trabajo termina con una valoración de lo observado en el estudio en la que se evalúan los cambios producidos durante el último siglo y la percepción actual de la Artesanía navarra. Para ello se han tenido en cuenta tanto la cultura tradicional de la región como las modificaciones sufridas en los últimos cincuenta años.

La obra posee un triple valor descriptivo, compilador y analítico. Descriptivo en cuanto se presenta como un trabajo antropológico sobre diferentes técnicas y usos artesanales. Compilador debido a que ha sido necesario realizar un estado de la cuestión de las investigaciones sobre la artesanía en Navarra para poder avanzar en el trabajo de campo, lo que ha permitido lograr una profunda valoración etnológico-histórica de la artesanía. De esta manera se han localizado las particularidades propias de la industria artesanal navarra conservadas desde tiempos remotos en el ámbito familiar y laboral. Estas características locales se han transmitido de forma diacrónica pero no se han librado de pequeñas modificaciones que han sido localizadas, analizadas y valoradas a lo largo del libro. Todo ello ha permitido al equipo de trabajo realizar un balance socioeconómico y un estudio de los diferentes cambios de valores en la relación del artesano y su entorno desde mediados del siglo pasado, momento en el que tuvo lugar la consolidación de la revolución industrial en el territorio. Los autores no se han alejado del carácter plenamente etnológico del trabajo aunque hayan aportado una

pequeña revisión histórica del fenómeno. El libro incluye además un registro de artesanos y vocabulario propio del sector (en euskara y castellano local) y documentos significativos para entender estos oficios tradicionales.

Pablo Orduna Portús (coord.). Secretario técnico de la sección navarra del grupo de investigación etnológica Etniker, actualmente ha realizado su doctorado en la Universidad de Navarra, donde se licenció en Historia en el año 2000. Entre los meses de junio y septiembre de dicho año fue investigador becado del CSIC y durante el curso 2000-2001 ejerció como Lector y Profesor en el Spanish and Portuguese Department de la Universidad de California (Santa Barbara, Estados Unidos). Ha participado en varios congresos y cursos sobre Historia Social y Antropología, presentando diferentes comunicaciones y publicando diversos artículos y monografías.

Julián Díez Torres
Universidad de Navarra

Libros recibidos

Anuari 2005-2006. Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi, Barcelona, Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi, 2007.

Tajo Guadiana. Encuentro de arquitectos extremeños actuales, Cáceres, Museo de Cáceres, 2007.

José Márquez Pedrera, Cáceres, Museo de Cáceres, 2007.

Agirreazkuenaga, Joseba et al., *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia (1876-1939)*, Vitoria-Gasteiz, Eusko Legebiltzarra/Parlamento Vasco, 2007.

Álvarez-Valdés y Valdés, Manuel, *Noticia de Jovellanos y su entorno*, Gijón, Fundación Alvargonzález, 2006.

Álvarez-Valdés y Valdés, Manuel, *Jovellanos: enigmas y certezas*, Gijón, Fundación Alvargonzález y Fundación Foro Jovellanos, 2002.

Balsa, Joaquín, *Espacios y convergencias* / *Espaços e convergências*, Cáceres, Museo de Cáceres, 2007.

Barona, Josep L., *José Chabás Bordehore (1877-1963). Tuberculosis y medicina social en la Valencia del primer tercio del siglo XX*, Valencia, Consell Valencià de Cultura, 2007.

Bernabeu-Mestre, Josep, *La salut pública que no va poder ser. José Estellés Salarich (1896-1990): una aportació valenciana a la sanitat espanyola contemporània*, Valencia, Consell Valencià de Cultura, 2007.

Blasco Salas, Simón, *Recuerdos de un médico navarro. Aspectos retrospectivos de la época y médicos durante más de medio siglo*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2007.

Brito Moreira, Alvaro, *Abade Pedrosa. Municipal Museum. Archaeological Collection*, Santo Tirso, Cámara Municipal de Santo Tirso, 2007.

Cabellos i Mínguez, Pilar y Pérez i Vallverdú, Eulàlia, *Destino. Politica de unidad (1939-1946). Tres aspectes de l'inici d'una transformació obligada*, Barcelona, Fundaciò Carles Pi i Sunyer, 2007.

Capdevila i Candell, Mireia, *La República i la guerra civil explicades als britànics (Dos informes de Josep M. Batista i Roca, Pere Bosch Gimpera, Carles Pi i Sunyer i Josep Trueta)*, Barcelona, Fundaciò Carles Pi i Sunyer d'estudis autonòmics i locals, 2006.

Casali, Luciano, *Sobreviure. La dictadura franquista l'any 1943*, Barcelona, Arxiu Històric de la Fundació Carles Pi i Sunyer, 2007.

Caspistegui, Francisco Javier; Larraz, Pablo y Ansorena, Joaquín, *Aventuras de un gentleman en la tercera carlistada. Imágenes de la sanidad en guerra, 1872-1876*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2007.

Cerrillo Cuenca, Enrique y Valadés Sierra, Juan M., *Los primeros campesinos de La Raya. Aportaciones recientes al conocimiento del Neolítico y Calcolítico en Extremadura y Alentejo. Actas de las Jornadas de Arqueología del Museo de Cáceres*, Cáceres, Museo de Cáceres, 2007.

Arriaga, Juan Crisóstomo de, *Sinfonía en fa menor, opus I. Stabat Mater. O salutaris Hostia*, Romanza, Bilbao, Ayuntamiento, 2007.

Arriaga, Juan Crisóstomo de, *Tres cuartetos de cuerda, para dos violines, viola y violonchelo*, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2006.

Arriaga, Juan Crisóstomo de, *Música de cámara*, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2006.

[*Memoria y Civilización* (M&C), 10, 2007, 269-271]

Arriaga, Juan Crisóstomo de, *Música incidental*, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2006.

Arriaga, Juan Crisóstomo de, *O salutaris hostia*, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2006.

Arriaga, Juan Crisóstomo de, *Obertura pastoral*, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2006.

Fernández Acebo, Virgilio, *De talleres Corcho a BSH Electrodomésticos España, S.A.. Siglo y medio de evolución de una industria de Santander*, Santander, BSH, 2005.

Fernández-Aceytuno Gavarrón, Federico, *Españoles en las Indias. Siglo XVI*, s.l., Ed. del autor, [2007].

Hidalgo Brinquis, María del Carmen, *El soporte de la lengua. Nájera 22-26 de septiembre de 2003*, Logroño, Patronato Santa María la Real de Nájera, 2006.

Hurtado Alfaro, Miguel Ángel et al., *La tierra te sea leve. Arqueología de la muerte en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra. Dpto. de Cultura y Turismo. Inst. Príncipe de Viana, 2007.

Jiménez Ávila (Ed.), Javier, *El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres)*, Cáceres, Museo de Cáceres. Consejería de Cultura. Junta de Extremadura, 2006.

León Sanz, Pilar y Barettino Coloma, Dolores, *Vicente Ferrer Gorraiz Beaumont y Montesa (1718-1792), un polemista navarro de la Ilustración*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2007.

Madame de Lambert; Bono Guardiola, Maria José (Ed.), *Los tratados para la mujer*, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.

Maeder, Ernesto J.A. (ed.), *Cartas anuas de la provincia jesuítica del Paraguay 1644*, Chaco, Instituto de investigaciones Geohistóricas, 2007.

Maeder, Ernesto J.A. y Salinas, María Laura (eds.), *Cartas anuas de la provincia jesuítica del Paraguay 1645-1646 y 1647-1649*, Chaco, Instituto de investigaciones Geohistóricas, 2007.

Miranda, Francisco; Balduz, Jesús y Serrano, Fernando, *Villava. Ocho siglos de historia/ Atarrabia. Zorzi mendeko historia*, Villava, Ayuntamiento de Villava, 2007.

Oyaga Jimeno, Fermín, *Medio siglo del judo navarro, 1957-2007*, Pamplona, Ed. del autor, 2007.

Portu, Floren, *Hiria eta Jaia. Hondarribia. La ciudad y la fiesta*, Hondarribia, Alarde Fundazioa, 2007.

Rodríguez González, Antonio, *Paseo epigráfico por el Casco Antiguo de Cáceres*, Cáceres, Museo de Cáceres, 2007.

Saralegui, Francisco José, *Retablo de Navarra 1936*, Pamplona, Eunate, 2005.

Serrano Larráyoz, Fernando, *La oscuridad de la luz, la dulzura de lo amargo. Cerería y confitería en Navarra (siglos XVI-XX)*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2006.

Türk, Egbert, *Pierre de Blois. Ambitions et remords sous les Plantegenêts*, Bruselas, Brepols, 2006.

Vicens-Vives, Jaime; Marín Gelabert, Miquel A. (Ed.), *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006.

Voria, Andrea, *Conversaciones en la ciudad, desde una mirada de género*, Alcalá de Henares, Concejalía de Mujer. Ayuntamiento de Alcalá, 2007.

[*MyC*, 10, 2007, 269-271]

Autores/Contributors/Auteurs

Mª Concepción Bravo Guerreira

Ha estado vinculada como profesora al Departamento de Historia de América I de la Universidad Complutense de Madrid. Entre sus múltiples publicaciones cabe destacar *El Mundo Precolombino* (Barcelona, 2001); *Los Señores de los Andes. Entre el Cauca y Potosí* (Madrid, 1991); *Hernando de Soto* (Madrid, 1987)*; Atahuallpa* (Madrid, 1987); *El tiempo de los Incas* (Madrid, 1986).

Francisco Javier Caspistegui

Profesor Agregado de Historia Contemporánea en la Universidad de Navarra. Ha editado, con A. Ferrary, *Rusia entre dos Revoluciones, 1917-1991* (Pamplona, 1994); con I. Olábarri, *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad* (Madrid, 1996) y *The strength of history at the doors of the new millennium* (Pamplona, 2005); con V. Vázquez de Prada e I. Olábarri, *Para comprender el cambio social. Enfoques teóricos y perspectivas historiográficas* (Pamplona, 1997), y *En la encrucijada de la ciencia histórica hoy. El auge de la historia cultural* (Pamplona, 1998). Con J. K. Walton, *Guerras danzadas. Fútbol e identidades locales y regionales en Europa* (Pamplona, 2001); con M.Mar Larraza, *Modernización, desarrollo económico y transformación social en el País Vasco y Navarra* (Pamplona, 2003); con C. Erro, *De agrícola a industrial. Navarra 1939-2001* (Pamplona, 2005); y con I. Izuzquiza, el libro de José Antonio Maravall, *Teoría del saber histórico* (Pamplona, 2007). Ha escrito *El naufragio de las ortodoxias. El carlismo 1962-1977* (Pamplona, 1997) y, con P. Larraz y J. Ansorena, *Aventuras de un gentleman en la tercera carlistada* (Pamplona, 2007).

Carlos Chocarro Bujanda

Es licenciado en Historia (1994) y doctor en Historia del Arte (2000) por la Universidad de Navarra. Sus trabajos se han centrado en la formación académica de los artistas, el nacimiento de la historia del arte en España en el siglo XVIII, así como en diversos aspectos de la arquitectura española del siglo XX. Es profesor del Departamento de Teoría e Historia de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad de Navarra y desde el año 2000, responsable del Archivo Histórico de Arquitectura de dicha escuela.

Javier Rodríguez Corral

Investigador contratado de la Universidad de Santiago de Compostela y *Academic Visitor* en el *Institute of Archaeology* (*University of Oxford*). Especializado en Sociedades atlánticas de la prehistoria reciente, Teoría Arqueológica y Filosofía de la Historia, se halla en curso de elaboración de su tesis doctoral: Historia y Postmodernismo, bajo la dirección del profesor José Carlos Bermejo Barrera. Entre sus publicaciones destacan «Textos y contextos de la materialidad e imaginación arqueológica». *Gallaecia*, 25 (2006), pp. 305-331; «Cultura, estructura y acción». *Gallaecia*, 26 (2007), pp. 229-252; «Una propuesta de estudio tecnológico de la cerámica castrexa: el caso de Borneiro B». *Gallaecia*, 27 (2008), pp. 205-225; y «Galicia Púnica», *Clio*, 80 (2008), pp. 41-51. Tiene además en prensa: «Protection in Action», *Oxford Journal of Archaeology*; *A Cultura Castrexa*, Lóstrego, Santiago y, como coordinador, *Galicia antes de la Historia*, Lóstrego, Santiago.